# Rusia

# al desnudo

por PANAIT ISTRATI

# Rusia al desnudo

Empresa Editora Zig-Zag. — Santiago de Chile.

PANAIT ISTRATI

# *Rusia al desnudo*

*(El país de los Soviets en 1928-29).*

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA
CHILE

EDITORIAL ZIG-ZAG

SANTIAGO 1935

# INDICE

*Prólogo* .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. 5

*TOMO PRIMERO.—Hacia la otra llama*

*Confesión para vencidos* .. .. .. .. .. .. .. .. .. 12

*En la U. R. S. S.* .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. 33

*El asunto Russakov o la U. R. S. S. de hoy* .. .. 102

*Conclusión para combatientes* .. .. .. .. .. .. .. 137

*TOMO SEGUNDO.—Soviets, 1929* .. .. .. .. .. .. 139

*TOMO TERCERO.—Rusia al desnudo*

*Advertencia* .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. 233

*I Introducción a la vida soviética* .. .. .. .. .. 235

*II La vida trágica de los trabajadores* .. .. .. .. 251

*III La vida trágica de los trabajadores* .. .. .. .. 271

*IV La vida trágica de los trabajadores* .. .. .. .. 303

*V El poder de las tinieblas* .. .. .. .. .. .. .. 325

*VI La "dictadura del proletariado"* .. .. .. .. .. 353

*VII El socialismo dentro de quince años* .. .. .. 403

*Nota epílogo* .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. 411

*CONFIDENCIA: Respuesta a una carta semicerrada* .. 415

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CONTROL

PANAIT ISTRATI

# RUSIA AL DESNUDO

947.083
I91r.E

PANAIT ISTRATI

# RUSIA AL DESNUDO

TRADUCCIÓN DEL FRANCÉS POR

FRANCISCO ALTAMIRA

PRIMERA EDICIÓN

MARIANO LATORRE

INSTITUTO PEDAGÓGICO
BIBLIOTECA
Universidad de Chile

57127

EDITORIAL CENIT, S. A.
MADRID, 1930

# Prólogo

*Los que no han vivido, es decir, los que no han gozado y sufrido intensamente, carecen de autoridad para hablarles a los hombres. Sus palabras no pueden tener más valor que el de un fuego de artificio. Pero aquellos que han sabido vivir, y vivir buscando la verdad y buscándose a sí mismos con fe, tienen derecho a que los hombres les escuchen, aun cuando puedan equivocarse.*

*Este es el caso de Panait Istrati. Su vida es la de un eterno rebelde, la de un vagabundo del mundo. Su pecho ha sido devorado por el fuego de las pasiones, y sigue insaciable; su espíritu ha sufrido todas las decepciones, y sigue teniendo fe; mil veces ha dejado de creer en los hombres; pero nunca en el Hombre... Los vencidos como Istrati, ¿no son los verdaderos vencedores?*

*¡Qué vida la de este hombre! Su padre era griego, oriundo de Cefalonia; su madre, rumana. Los recursos de la familia provenían, principalmente, del contrabando de los tabacos turcos. El pan de su niñez fué ya un pan prohibido y castigado por las leyes de los hombres. La infancia de Istrati, gris, triste, nos recuerda la de Los Tres, de Máximo Gorki. De sus páginas directamente*

autobiográficas, y ellas abundan en la obra de este escritor, que mereció el sobrenombre de "el Gorki balcánico", se desprende un perfume de ternura amarga y dulce a la vez: amargo, cuando recuerda a los crueles que oprimieron su niñez; dulce, cuando su recuerdo va hacia los que acariciaron sus mejillas con bondad. Se comprende que el corazón de Istrati se lo disputen eternamente la amistad fraternal y el odio: los hombres suelen encontrar en el corazón del hombre lo que sembraron.

Impulsado por el demonio de la curiosidad, recorrió varios países: Turquía, Egipto, Grecia, el próximo Oriente. Sin equipaje, astroso, hambriento, sorteando los peligros, defendiendo contra todo y contra todos sus alas de rebelde... Se ejercitó en varios oficios: fué dependiente de comercio, panadero, criado, mecánico, aserrador, mozo de estación, pintor de paredes... Y hasta trabajó en el circo. Y así, hoy al lado de sus compañeros de trabajo, mañana viajando sin billete, solo o con otros vagabundos, aprendió el italiano, el árabe y el alemán.

Un azar le condujo, en 1913, a París. No conocía el francés, y su estancia fué breve. Pero la capital francesa le llenó de entusiasmo y prometió volver para tratar de penetrar en sus secretos. De regreso a Rumania, el rebelde que había en él se alió con otros rebeldes y fomentaron los primeros movimientos revolucionarios. Se hizo sindicalista; publicó su primer artículo incendiario. Habló en un mitin a favor de Rakovski, el líder socialdemócrata rumano, encarcelado por su acción revolucionaria. Y entre los dos hombres, entre el futuro embajador soviético y el futuro escritor de fama mundial, nació una amistad imperecedera.

Estalla la guerra. Istrati se refugió en Suiza. Se ejer-

citó en varios oficios más y hasta trabajó en el campo. Por las noches aprendía el francés y leía a los clásicos con ayuda de un diccionario. Finalmente, descubrió un libro que abrió ante él amplios horizontes: el ciclo de Juan Cristóbal, de *Romain Rolland.* He hizo de este maestro su padre espiritual.

*Después del armisticio le encontramos en Niza, en el paseo de los Ingleses, ejerciendo la profesión de fotógrafo ambulante y leyendo* L'Humanité. *Un día intenta degollarse con una navaja de afeitar. ¿Por qué? ¿Fué en un momento de desesperación? Sin duda. Pero no en un momento de desesperación personal, de falta de fe en sí mismo, sino en los hombres. Sus andanzas por el mundo habían llenado su alma de amargura. La última monstruosidad, la inhumana monstruosidad desencadenada por los hombres, la guerra, le había arrojado en la desesperación. E intentó suicidarse creyendo que ya no quedaba un lugar para él en la vida, entre los hombres que se asesinan entre sí. Pero la muerte no le quiso; la vida le reclamó: se salvó casi de milagro. ¡Qué magnífica obra se hubiera perdido con su muerte!*

*Antes de su intento de suicidio, le había escrito una carta de cincuenta páginas a Romain Rolland. En aquella carta pintaba la tragedia de su alma de hombre. El glorioso autor de* Dantón *descubrió en ella rasgos geniales. Y le incitó a escribir. Una vida como la suya no debía perderse.*

*En 1923 aparece su primer libro:* Kyra Kyralina. *Romain Rolland no se había equivocado: Istrati, novelista, cuentista, obtiene un éxito rotundo. Y el mismo éxito acompaña a sus obras sucesivas, y especialmente a sus* Relatos de Adrián Zograffi, *que es él mismo, Panait Istra-*

*ció en varios oficios más y hasta trabajó en el campo. Por las noches aprendía el francés y leía a los clásicos con ayuda de un diccionario. Finalmente, descubrió un libro que abrió ante él amplios horizontes: el ciclo de* Juan Cristóbal, *de Romain Rolland. He hizo de este maestro su padre espiritual.*

*Después del armisticio le encontramos en Niza, en el paseo de los Ingleses, ejerciendo la profesión de fotógrafo ambulante y leyendo* L'Humanité. *Un día intenta degollarse con una navaja de afeitar. ¿Por qué? ¿Fué en un momento de desesperación? Sin duda. Pero no en un momento de desesperación personal, de falta de fe en sí mismo, sino en los hombres. Sus andanzas por el mundo habían llenado su alma de amargura. La última monstruosidad, la inhumana monstruosidad desencadenada por los hombres, la guerra, le había arrojado en la desesperación. E intentó suicidarse creyendo que ya no quedaba un lugar para él en la vida, entre los hombres que se asesinan entre sí. Pero la muerte no le quiso; la vida le reclamó: se salvó casi de milagro. ¡Qué magnífica obra se hubiera perdido con su muerte!*

*Antes de su intento de suicidio, le había escrito una carta de cincuenta páginas a Romain Rolland. En aquella carta pintaba la tragedia de su alma de hombre. El glorioso autor de* Dantón *descubrió en ella rasgos geniales. Y le incitó a escribir. Una vida como la suya no debía perderse.*

*En 1923 aparece su primer libro:* Kyra Kyralina. *Romain Rolland no se había equivocado: Istrati, novelista, cuentista, obtiene un éxito rotundo. Y el mismo éxito acompaña a sus obras sucesivas, y especialmente a sus* Relatos de Adrián Zograffi, *que es él mismo, Panait Istra-*

ti. ¡Qué acento humano, al lado y aun dominando lo exótico y pintoresco! Los libros de Istrati son traducidos a veinte idiomas. Pero el triunfo no le vence, como a tantos otros. Lejos de entregarse a una vida comodona, burguesa, siente en su espíritu las nuevas inquietudes ideológicas. No olvida que ha sido un proletario, un perseguido. Cuantos perseguidos llaman a su puerta, y ellos abundan en estos tiempos de terror blanco, de bohemia política, encuentran el pan y el agua de la solidaridad, de la fraternidad. Finalmente, Istrati reitera su adhesión a la causa del proletariado: se hace comunista.

En París ha mantenido excelentes relaciones con Rakowski. Este, destituido de su cargo de embajador, se dispone a salir secretamente para Moscú. Panait Istrati salta en su "auto" y entra así en Rusia, acompañando al gran revolucionario y al gran diplomático en desgracia, que iba a conocer muy en breve el destierro, el más amargo de los destierros, decretado por aquellos mismos con los cuales luchó toda su vida...

• • •

Se llevan escritos montones de libros sobre la Rusia de los Soviets. Que el tema interesa hoy como ayer, al día siguiente de la revolución bolchevique, lo prueba el éxito creciente que obtienen dichos libros. Y es que ningún país del mundo presenta el interés de la Rusia actual, donde se forja, no sólo un pueblo, sino quizá una nueva Humanidad.

Pero la mayoría de esos libros son simples relatos de viaje, más o menos pintorescos. No queremos dudar de la buena fe de los autores; pero tenemos derecho a sonreír

con un barrunto de escepticismo cuando, a través de las páginas no asistimos más que a visitas oficiales y a conversaciones con directores y jefes que constituyen el armazón burocrático del régimen, pero que no siempre son la expresión del pueblo. A Rusia no hay que ir con el propósito deliberado de atacarla o de defenderla, sino simplemente con el de observarla y comprenderla. Pero comprender a Rusia, a toda Rusia, quiere decir tener en cuenta su pasado y su presente, su situación en la economía y en la política mundiales, sus virtudes y sus defectos, sus dificultades, las naturales y propias y las que le crea el odio de la burguesía mundial; quiere decir también convivir, no sólo con los dirigentes, sino sobre todo con los dirigidos, con los obreros y los campesinos de las diferentes Repúblicas de la Unión.

Panait Istrati ha llenado todas estas condiciones y otras más. Ya en 1918, encontrándose en Suiza, fué uno de los primeros en saludar públicamente y con entusiasmo el nuevo régimen. Después ha seguido paso a paso las peripecias de su evolución, hasta el día de su llegada a Moscú, en noviembre de 1927, en calidad de invitado oficial. El espectáculo de Moscú en fiesta, en plena fiesta del aniversario, le emborrachó de entusiasmo y le impulsó a dar su adhesión al comunismo oficial. La Prensa comunista, la misma que ahora le llena de improperios y de calumnias, y hasta le acusa de haberse vendido a la Policía rumana—un solo hecho bastará para relegar esta acusación al lugar que se merece: los libros de Istrati pueden leerse legalmente en todos los países menos en el suyo—, registró esta adhesión con gritos de entusiasmo. Se precipitó demasiado... Terminados los festejos oficiales, Istrati decidió quedarse en Rusia, recorrer toda la

Unión hablar directamente con los obreros y los campesinos, ver por sus propios ojos la realidad soviética. Le esperaba una horrible decepción. Sin perder de vista y sin negar todo lo bueno que tiene Rusia, ha sabido ver también lo malo. Y tras dieciséis meses de estancia en la Unión, ha regresado a París amargado, con el corazón destrozado, dando gritos de dolor y de protesta, no contra el pueblo ruso, sino contra la casta burocrática, que le niega el derecho de pensar y casi de vivir, que ha convertido a la democracia obrera en un espejuelo, que persigue, encarcela y destierra a todos aquellos que no se someten. Istrati dió su adhesión sentimental en 1918, y la reiteró efectivamente en 1927, al comunismo de Lenin y de Trotski, al comunismo que prometía salvar al pueblo ruso y a la Humanidad del caos; pero a ese comunismo de la casta burocrática actual, que conduce a la revolución hacia su termidor, no le dió su adhesión. Y si se la dió equivocadamente, ahora, con conocimiento de causa, con plena responsabilidad de sus actos, se la retira. Por encima de la verdad de unos cuantos, de una casta, de un partido, está la verdad de todo un pueblo, de toda una clase, de la Humanidad entera. Y esa es la verdad que defiende Panait Istrati en este libro que publicamos hoy, el más completo—no creemos que nadie lo ponga en duda después de haberlo leído—de cuantos se han escrito hasta hoy sobre esa sexta parte del Mundo que concentra las miradas del Universo.

*Los tres libros que publico bajo este título:* RUSIA AL DESNUDO, *han sido escritos en colaboración, pero cada uno de manera muy distinta. Si los publico únicamente con mi nombre, es, en primer lugar, sólo temporalmente, y también, porque los firmo con ambas manos, no para apropiarme sus ideas, sino para asegurar su difusión.*

*Pues lo espantoso, en todas las épocas, y sobre todo en la nuestra, es que un hombre cuyo "nombre" no es conocido, no puede hacerse oír, aun cuando tenga cien veces razón. Ahora bien; yo quiero que se oiga lo más lejos posible la voz de mis amigos, voz que con frecuencia completa y aun contradice a veces a la mía; voz que inclusive puede no ser una en su diversidad...*

*Aun cuando no fuese más que por suscitar el debate, prohibido en Rusia y en esta* Internacional, *cuya salvación queremos.*

*P. I.*

TOMO PRIMERO

# Hacia la otra llama

## Después de seis meses en la U. R. S. S.

UNIVERSIDAD DE CHILE

# Confesión para vencidos

Vencidos son todos aquellos hombres que, al declinar su vida, se encuentran en desacuerdo sentimental con los mejores de sus semejantes. Yo soy uno de esos vencidos. Y puesto que existen mil maneras de encontrarse uno en desacuerdo sentimental con sus semejantes, he de precisar que se trata aquí de esa penosa separación que arroja a un hombre al margen de una clase, al cabo de una vida de aspiraciones comunes a esa clase y a él, que, sin embargo, sigue fiel a la necesidad, que le ha impulsado siempre, de combatir por la justicia.

Porque la necesidad de justicia es un sentimiento, no una teoría. Esto lo sé hoy, después de haberlo experimentado en un vasto plano y con mil pruebas en mi apoyo. Salvo raras excepciones—excepciones magníficas, a veces, pero que en nada modifican el drama—, todos aquellos que llegan a la rebeldía por la teoría se marchan por la teoría, ni más ni menos que quienes llegan al mismo terreno impulsados por los apetitos del vientre, o por la ambición, y que se alejan por el mismo camino. El sentimiento, en cambio, es la fuerza que abarca toda la vida y la esparce a todos los vientos. Quizá hubiera que definirlo mejor. Pero si yo tuviera que definirlo todo, ¿no habría sido mejor que siguiera de pintor de paredes?

Hace veintisiete años que, por vez primera, y en una callejuela de Braila, oí hablar de justicia. Mi ciudad acababa de verse rudamente sacudida por inmensos remolinos populares: unos tras otros habían caído en el viejo puerto los

elevadores de raíles y los elevadores flotantes, amenazando con el hambre a los 6.000 descargadores de cereales, que con sus familias y sus parientes formaban las dos terceras partes de la población de la ciudad.

—¡Justicia!—gritaron 40.000 pechos.

—¡Progreso!—respondió el prefecto, rodeado por tres compañías de soldados.

Yo no era descargador del puerto, ni lo era ninguno de mis parientes. Más aún: mi madre se ganaba la vida limpiando la porquería de los que habían comprado los elevadores. Así y todo, la respuesta del prefecto me hirió para el resto de mis días. Por eso, precisamente, fuí a escuchar la respuesta de un orador socialista, que hablaba de justicia. Como quiera que los descargadores gritasen: "¡Tiremos al Danubio los elevadores!", él dijo:

—¡De ningún modo! En primer lugar, porque os lo impedirán amenazándoos con los fusiles, y luego, porque, aun cuando lo consiguiérais, otros elevadores vendrían a sustituir a los destruídos: es la técnica moderna. Pero esta técnica que hoy os hiere tiene que convertirse un día en propiedad vuestra y servir a los intereses de todos los que trabajan, como es de justicia.

—Bien—dijeron los hombres—. Dejemos que las cosas sigan su curso.

Y ha sido una larga espera, que todavía dura, en Rumanía, como en el resto del mundo. Mientras tanto, es preciso vivir y luchar. Para vivir pueden encontrarse varios medios; pero para luchar no existe más que uno: arremeter contra el adversario. Y mi adversario era, es y será el adversario de mi clase, aquel que construye los elevadores en su beneficio personal, hace pasar hambre a mi clase, y, cuando clama justicia, la hace ametrallar.

Hace apenas un lustro, cuando andaba yo por los cuarenta años, todavía formaba parte de los hambrientos a quienes se ametralla. Y si hoy no me hacen pasar hambre, seguirán ametrallándome. Pues, suceda lo que suceda, des-

pués de esta disputa, que inicio severamente con mi clase, de lo que no cabe duda es de *que seguiré disparando sin cesar, de frente o por la espalda, contra todos aquellos que hacen pasar hambre a los hombres y encima los ametrallan.*

Y el día en que, como ya me ha ocurrido, llegue a encontrarme, con la mayor cortesía, sentado a la mesa de uno de esos causantes del hambre, con uno de esos ametralladores, que sepa que lo único que deseo es instruirme para poder atacarle mejor.

*Si llego a apartarme de esta línea de conducta, que los míos me fusilen en la calle sin juzgarme.*

Y ahora vamos a ver hasta qué punto soy un vencido, hasta qué punto me aparto de los míos, *sin dejar, ni por un momento, de combatir a los enemigos del hombre libre.*

Me aparto de mis amigos los comunistas precisamente en aquello que constituye su orgullo en Rusia: *la edificación del socialismo.* No deja de ser triste para nuestra vieja amistad, pero así es.

No discuto esta *edificación*, e incluso admito que sea *socialista*, aun cuando no se trate más que de empresas "modelos", que funcionan mal y seguirán funcionando mal mientras sigan dirigiéndolas comunistas ineptos. Y aún habría que perdonarnos que fuésemos incapaces. Que traten de hacer de mí un ministro, y en seguida responderé que no existe un solo departamento en el que mi gestión pueda ser de algún provecho; pero que me encarguen de la dirección de la pintura de una obra, y seguramente sabré salir del paso, demostrando mi competencia. Y del mismo modo seré útil siempre y dondequiera que me hagan comprender el funcionamiento íntimo de un resorte.

Pues no es la clase obrera la culpable cuando ignora lo que nunca le han enseñado. Pero los jefes que se imponen a ella son dignos de la horca cuando comprometen su porvenir haciéndola poner el carro delante de los bueyes, a toda costa, por todos los medios.

Pero aquí tenemos que abrir un paréntesis.

Antes de saber que los teóricos desbocados se habían puesto a edificar el socialismo endiablado y a toda costa, *por todos los medios*, era partidario yo de la urgencia de apoderarse del poder. No se trataba de una convicción libresca, sino de una cuestión de temperamento, precisamente. Formado al margen de la somnolente acción socialdemocrática, que de manera tan odiosa había de empujar al proletariado a la guerra mundial, me he sentido atraído siempre por una especie de sindicalismo de fronda. Este sindicalismo se vió ilustrado, en el movimiento revolucionario rumano, por tres figuras, dos de ellas verdaderamente imponentes: Al. Const., nuestro jefe, condenado a muerte y desaparecido del mundo; Stefan Gheorghiu, nuestro máximo orador popular, que murió tuberculoso, y C. Manesco, excelente organizador, hoy desilusionado y vencido. Yo, gravitando en torno suyo, entre dos viajes a Egipto, representaba algo así como la quinta rueda de un carro. Pero entre los cuatro no dejábamos de fastidiar a Cristián Rakovski, líder del partido socialdemócrata, que nos detestaba cordialmente.

La aparición del *bolchevismo*, después de Zimmerwald y Kienthal, me subyugó por su firmeza, su precisión y su arrojo. Me adherí en seguida, al día siguiente de la revolución de octubre, sin tener en cuenta que por aquel entonces me encontraba en Suiza, y que aquel gesto podía costarme caro. Puede leerse la adhesión pública a que me refiero en *La Feuille* (desaparecida), del valiente Juan Debrit, de Ginebra. Fué aquel mi primer artículo escrito en francés. Era, si se quiere, una respuesta a una conferencia que Birukoff, de regreso de Rusia, acababa de pronunciar en Ginebra. Enviado, sin esperanza de que se publicara, a *La Feuille*, apareció en primera página bajo el título *¿Tolstoísmo o bolchevismo?*, y firmado por P. Istr. Este artículo es para mí mucho más valioso que cuanto he escrito desde entonces, pues, sea lo que quiera de la III Internacional y de la edificación socialista de los comunistas rusos, el *bolchevismo* que yo saludaba en aquellas líneas hablaba al mundo obrero por boca de Lenin, y éste no perecerá mien-

tras haya revolucionarios a quienes envían a la muerte el capitalismo criminal, y a Siberia los execrables comunistas.

Con esta rebeldía en el corazón, y libre de los fantasmas wilsonianos, desembarqué en París en la primavera de 1920. París, ciudad de la luz y hogar de la civilización occidental.

¡Qué pobres tontos somos! Aún creía yo en esa palabrería. Quiero decir que tenía fe en el soldado que salía de las trincheras, y en una suprema *élite* del pensamiento francés, de tradición revolucionaria. Acababa de leer el magnífico libro de Barbusse "El Fuego", y llevaba en el alma a Romain Rolland. Disimulando, pues, mi bolchevismo, creí por un momento en esas dos fuerzas de la Francia civilizadora.

—¡Ah!—me decía—; quizá la dolorosa experiencia de las caras rotas, unida al arrojo del escritor revolucionario, logren salvar al mundo sin necesidad de la terrible operación bolchevista.

Pero me equivocaba de medio a medio. El soldado en cuestión, orgulloso con su prima de desmovilización y con su cruz de guerra, cubierto de gloria por sus heridas, a poco me saca un buen día un ojo, en la plaza de la Estrella, por no haberme descubierto ante una mascarada guerrera. Era el camino abierto ante el fascismo naciente.

Y en cuanto al escritor francés de tradición revolucionaria, la cosa es un poco más larga de contar.

En primer término, yo mismo he tenido la desgracia de meterme a escritor. Al principio me produjo una gran alegría. ¡Hola, hola!, ¿conque París puede hacer milagros como éste: sacar a un vagabundo del polvo del camino y hacer que se le abran todas las puertas, todas las posibilidades? Esto no es un hecho banal. Pero no corramos tanto... No se trata sólo de mí. Existe una inmensa familia de desheredados, entre los cuales yo no soy el mejor ni el peor, que vale mucho más que yo, no por lo que escribe, sino por la hulla que extrae del abismo sin lograr calentarse. Es esta

familia la que escribe esas terribles letras que, si no sois de piedra, os impiden dormir y engullir vuestra comida.

"¡Oh tú que has subido a la luz, piensa en nosotros, que permanecemos en las tinieblas!"

¡Cómo! ¡Qué duda cabe! No sólo pensaré en vosotros, sino que todo lo mío, salvo mi mujer, será vuestro. En fin, y sobre todo, lucharemos en común, ahora que mi voz va a hallar eco en el espacio, y que existen tantos amigos que se proclaman vuestros amigos.

¿Ha sido un mal pensar así? Pues ¿qué es un hombre que *llega*? Un triunfador más. ¡Y qué hermoso y qué humano sería triunfar menos personalmente y contribuir en mayor medida a hacer que reine un poco de justicia sobre la tierra! ¡Qué hermoso y qué civilizado!

Ahora bien; fué por aquel entonces, en que había tanta alegría en mi corazón, cuando se produjo un hecho anodino, un drama oscuro, uno de esos dramas que son la vergüenza de la humanidad, en no sé qué departamento de Francia. Es el siguiente:

"Un obrero del campo, al volver un sábado por la noche con su jornal en billetes de Banco, lo deja sobre la mesa. Un muchachuelo de cuatro años, su hijo, coge el módico jornal y lo arroja al fuego. El padre se apodera de un hacha y, de dos golpes, le corta las manos al pequeño. La madre, que estaba bañando a un niño de pecho en la habitación contigua, corre, atraída por los gritos del hijo, ve la horrible escena y cae muerta. El niño de pecho se ahoga en la bañera. Los gendarmes han encontrado al padre corriendo entre las tinieblas, loco, por el campo."

Esta noticia ocupa menos de veinte líneas en la tercera página de *Le Journal*. Ocurrió el hecho hace cuatro o cinco años. Desde entonces he dejado de leer los sucesos, pero hoy mismo, 4 de julio de 1929, mis miradas vuelven a caer sobre la primera página de *Le Journal*. Reproduzco lo que dice, sin cambiar una palabra:

"*Una madre, enloquecida por la miseria, mata a hachazos a tres pequeños e intenta suicidarse cortándose un pie y una mano.*"

"*Rennes, 3 de julio.*—En la comuna de Breal-sous-Montfort acaba de desarrollarse un horrible drama. En la aldea de Launay-la-Porte vivía una humilde familia compuesta del marido, M. Colombel, el obrero agrícola; de su mujer y cuatro niños. El mayor de éstos trabajaba en una propiedad, mientras los otros tres (una niña de seis años y dos gemelos de tres) vivían con los padres.

"En la casa reinaba la miseria. Impulsada por la necesidad, la mujer de Colombel había cometido últimamente un pequeño robo. Condenada a dos meses de cárcel, se había sentido vivamente afectada.

"Entonces decidió acabar con su penosa existencia y arrastrar a la muerte a su hijita y a sus dos gemelos.

"Ayer noche, cuando éstos acababan de dormirse en su lecho, la madre empuñó un hacha, se inclinó hacia las tres cabecitas hundidas en el almohadón, y, blandiendo el arma tres veces, abrió el cráneo a sus tres hijitos. Saltó la sangre, y la muerte fué instantánea.

"La Colombel se encarnizó entonces contra sí misma, tratando de suicidarse. Se cortó el pie, se segó completamente la muñeca izquierda, e intentó degollarse con un cuchillo. Por último, se desmayó.

"La horrible carnicería no se descubrió hasta esta mañana. La criminal madre yacía en medio de un charco de sangre, al pie del lecho en que se encontraban tendidas sus tres víctimas. En el suelo encontraron la mano que se había cortado.

"La Colombel ha sido trasladada al Hotel-Dieu, de Rennes, en estado desesperado."—(*Le Journal.*)

Algunos lectores me dirán que estoy fastidiándoles, y me preguntarán adónde quiero ir a parar. A lo siguiente:

El sentimiento del bien y de lo bello es infinitamente más poderoso que el del mal y lo feo. Constituye la base de la vida. A él le debemos no ver quemar a un caballero de La Barre "por no haber saludado, en tiempos de Voltaire, el paso de una procesión", cuando todavía nos rompen la cara

por no saludar un trapo pendiente de un palo. El daño es, desde luego, menor. Este sentimiento del bien y de lo bello no alcanza a los satisfechos de la vida. Este no inspira más que a los pequeños, a aquellos que viven en las tinieblas. Para ellos constituye el pan y la sal cotidianos.

El bien y lo bello, si fueran evocados en una Asamblea de la Sociedad de Naciones, no conseguirían conmover el corazón de una mecanógrafa; pero en la puerta de Clignancourt levantarían a diez mil almas. Y lo mismo sucedería en mi país, en los oscuros Balcanes, o en la inmensa Rusia. Las *élites* humanas, temblando de frío en las chozas y alimentándose con un puñado de maíz, respiran con avidez pensamientos generosos.

De todas las naciones pródigas de tales pensamientos, es Francia la más conocida. Ella envenena nuestra adolescencia con sus dos siglos de filosofía y literatura. Creemos en ella. Absorbemos sus palabras. Nos dejamos llevar del entusiasmo. Y, a veces, venimos, en tren o a pie, a pedirle cuentas.

Yo llegué a París, por vez primera, en 1913. Inmediatamente, Yonesco, el zapatero, me cogió de la mano y me llevó al Louvre. Me enseñó el pequeño mendigo que se mata los piojos. Permanecí en París tres meses. Quería vivir su historia y su arte. Lo dejé borracho de felicidad y casi mendigando, prometiéndome volver, aprender su idioma, vivir, vivir en este país de generosos pensamientos.

He cumplido mi promesa, pero el señuelo se ha desvanecido.

Hace un par de años, encontrándome una noche en compañía de algunos franceses, ricos y cultos, uno de ellos me preguntó repentinamente:

—¿Conoces París?

—Un poco.

—¿Qué?

—Los museos, los monumentos, las buhardillas...

Estallaron en risotadas. Se burlaban de mí.

—¿Has visto a la mujer que cohabita con su perro?

—No.

por no saludar un trapo pendiente de un palo. El daño es, desde luego, menor. Este sentimiento del bien y de lo bello no alcanza a los satisfechos de la vida. Este no inspira más que a los pequeños, a aquellos que viven en las tinieblas. Para ellos constituye el pan y la sal cotidianos.

El bien y lo bello, si fueran evocados en una Asamblea de la Sociedad de Naciones, no conseguirían conmover el corazón de una mecanógrafa; pero en la puerta de Clignancourt levantarían a diez mil almas. Y lo mismo sucedería en mi país, en los oscuros Balcanes, o en la inmensa Rusia. Las *élites* humanas, temblando de frío en las chozas y alimentándose con un puñado de maíz, respiran con avidez pensamientos generosos.

De todas las naciones pródigas de tales pensamientos, es Francia la más conocida. Ella envenena nuestra adolescencia con sus dos siglos de filosofía y literatura. Creemos en ella. Absorbemos sus palabras. Nos dejamos llevar del entusiasmo. Y, a veces, venimos, en tren o a pie, a pedirle cuentas.

Yo llegué a París, por vez primera, en 1913. Inmediatamente, Yonesco, el zapatero, me cogió de la mano y me llevó al Louvre. Me enseñó el pequeño mendigo que se mata los piojos. Permanecí en París tres meses. Quería vivir su historia y su arte. Lo dejé borracho de felicidad y casi mendigando, prometiéndome volver, aprender su idioma, vivir, vivir en este país de generosos pensamientos.

He cumplido mi promesa, pero el señuelo se ha desvanecido.

Hace un par de años, encontrándome una noche en compañía de algunos franceses, ricos y cultos, uno de ellos me preguntó repentinamente:

—¿Conoces París?

—Un poco.

—¿Qué?

—Los museos, los monumentos, las buhardillas...

Estallaron en risotadas. Se burlaban de mí.

—¿Has visto a la mujer que cohabita con su perro?

—No.

—¿Y a los hombres que se ayuntan unos con otros?

—Tampoco.

—¿Y la casa privada donde van no pocas esposas "honradas", con la cara cubierta, a hacerse violar?

—Tampoco.

—¿Y el burdel en que se acuestan en un ataúd?

—¿En un ataúd?

—Como lo oyes.

—Quisiera ver ese horror.

Los coches tomaron la dirección de la rue de Provence. Una fachada discreta. A nuestra entrada, un timbre suena ruidosamente, dando la señal de alarma. Nos hacen visitar la casa y su mercancía a 50 francos por persona.

La mercancía no tiene nada de extraordinario: una treintena de prostitutas para todos los gustos.

—Todas son *obligatoriamente francesas*, señores—insiste el ama.

Que Dios proteja a los pueblos, y Francia a sus prostitutas.

—Vamos a ver el ataúd.

Una habitación con las paredes cubiertas de paño negro. Al lado de una de ellas, el ataúd, un verdadero ataúd, a ras del suelo. Es de dura madera, con el interior lujosamente acolchado y provisto de un pequeño almohadón para que la mujer apoye en él la cabeza.

Separan las cortinas. Imágenes de burdel. Después, otras habitaciones: "persa", "árabe", "china", "japonesa", "turca", de diferentes colores: "rojo", "verde", "azul", "amarillo", hasta llegar a la sala de la "flagelación", que es una especie de subsuelo inquisitorial, no menos macabro que la habitación del ataúd. Hay una cruz en medio—¡pobre cruz!—y, al pie de la misma, un simulacro de hoguera. Cadenas. Látigos. Se sujeta a la mujer o al hombre, según el desequilibrio cerebral del "cliente" millonario, y se les da de latigazos, aun cuando el látigo no sea el mismo: inofensivo para la mujer y terrible para el hombre.

Llegamos, por último, a la piscina. Suntuosísima. El ama nos enseña el hermoso decorado del muro.

—Ha sido pintado por un primer premio de Roma, señores.

¡Bravo por el primer premio de Roma!

Pregunto:

—¿Puede usted decirme, señora, cuánto ha costado construir este burdel?

—Cuatro millones.

Voy a dejar de fastidiar a ciertos lectores, pero antes quiero sacar la conclusión:

Cuando una civilización construye burdeles por valor de cuatro millones de francos, mientras que sus campesinos, enloquecidos por la miseria, matan a sus hijos a hachazos, esta civilización no tiene derecho a existir, aun cuando sus escritores se conviertan al catolicismo y sus abogados se transmuten en obispos, al cabo de siete años de penitencia. Una civilización como esa, si le queda un poco de pudor, debe enterrar sus bibliotecas, desmontar y retirar sus más nobles monumentos, y, seguidamente, hacer que su primer obispo-abogado repique la campana mayor de Nuestra Señora. De lo contrario...

De lo contrario, *todos los medios* son buenos para destruirla.

Y ahora, perdonadme este paréntesis.

Sí: no sería la primera vez en la historia que una civilización pereciese en medio de la ignominia y que se la obligara a limpiar letrinas a latigazos. El látigo se yergue hoy ante ella, terriblemente amenazador. Este látigo se llama el bolchevismo.

Este bolchevismo ha pasado por sus pruebas. Perfectas. Irreprochables. Ha llevado a cabo un buen trabajo. No existe un solo trabajador, manual o intelectual, que pueda dejar de aplaudirlo.

Cuando visitáis el paradisíaco Livadia y veis a doscientos setenta mujiks ocupando el palacio imperial en que Rasputín metía sus dedos en la salsa y se los hacía lamer después por la zarina; cuando os enteráis de que esta misma zarina hacía olvidar, como casualmente, por desgracia, en

una estación perdida de las inmensas estepas, los vagones abigarrados de soldados prisioneros, que se convertían poco a poco en mil esqueletos cubiertos de moscardones; cuando veis y sabéis eso, nada más que eso, trabajadores, no podéis menos de ser bolcheviques.

Yo lo soy. Y quiero, a costa de mi vida, contribuir a destruir las civilizaciones zaristas, con sus Rasputines, sus cuarteles, sus burdeles decorados por un primer premio de Roma, sus engañosos monumentos y sus hipócritas bibliotecas; quiero contribuir a destruirlas por *todos los medios*. Pero aguardad un poco...

Al cabo de miles de años de miseria y de martirio, creo que mi clase... Pero, ante todo, ¿sabéis de qué clase se trata? ¿De la de la fábrica? ¿De la de los campos? Sí y no. Yo he visto, y todos han visto, a obreros y a campesinos cambiar de clase como de calcetines, por su capacidad o por la estafa, lo cual poco importa, ya que para mí, mi clase no es un obrero, ni un campesino...

Desde el instante en que hay que dividir al mundo en clases, eso quiere decir, a todas luces, que separamos a seres que difieren entre sí. Pero que difieren ¿en qué? ¿En que los unos explotan y los otros son explotados? ¿En que los unos comen y los otros no? Y aun cuando así fuera, ¿qué vais a hacer de las clases cuando una pase a ocupar el lugar de otra, como ocurre desde hace millares de años, con clases enteras, al día siguiente de las revoluciones, y, diariamente, con algunos hombres? ¿Creéis, acaso, os pregunto, que eso resuelva el problema de mis pintores de brocha gorda, que me ven comer a mí cuanto me apetece, mientras que ellos siguen reventando de miseria? ¿Creéis que a la milenaria humanidad doliente le importa un bledo que Pedro el Mísero se arrastre en la mina o que dicte sus órdenes sentado en un cómodo sillón?

No. Por eso, precisamente, dice el admirable mandamiento socialista que hay que suprimir las clases y, con ellas la explotación del hombre por el hombre. Obra inmensa, ja-

más realizada, y que corresponde realizar, históricamente, a la clase obrera.

¡Sea en buena hora! De tal manera es esto noble, que yo bendigo a mis padres por haber sido unos miserables y por haberme traído al mundo miserable. Bendigo, asimismo, la existencia por los cuarenta años de miseria con que me ha colmado. Pues desde el momento en que el destino (o la historia) nos ha escogido a nosotros, a los miserables, para confiarnos una misión que ninguna clase, en el triste pasado, ha sido capaz de realizar, ¿qué recompensa más grande puede encontrar nuestro milenario sufrimiento, qué gloria tan deslumbrante, en la eternidad de las eternidades?

Después de tantos siglos de castigo, creo, pues, que mi clase se ve atribuir bruscamente un papel en cuyo primer plano se encuentran la virtud, la justicia, la dignidad, la honestidad, la fraternidad, el desinterés, la abnegación. Todo esto es necesario. Todo, so pena de vernos cubiertos para siempre de ignominia, tras haber hecho pasar al mundo por el sable y por el fuego sin que nada cambiase. Todo, porque nos proclamamos, con justicia, herederos de un martirologio que cuenta con demasiadas víctimas para que podamos olvidar la inmensidad del sufrimiento en cuyo nombre nos erigimos en justicieros implacables, y para que nos permitamos cometer las mismas iniquidades que acabamos de denunciar a la faz del universo.

A nosotros, los bolcheviques, nos están prohibidos la ligereza, la diversión, la comodidad, la injusticia, los abusos, los favores, todo aquello que hemos tachado de crimen y condenado a morir. Y cuando uno de los nuestros—por lo menos de nuestra generación—se permita tales cosas, debemos, inmediatamente, llevarlo a la picota y colgarle del pecho un letrero concebido en estos términos:

*¡Detén el paso, transeúnte, y llora a este hombre, a quien habíamos tomado por un camarada! En el preciso instante en que, con las manos enrojecidas de sangre,*

*queríamos darle al mundo el ejemplo de lo que debe ser la Vida Nueva, ha cometido el crimen, en su calidad de juez, de mandar a un inocente a Siberia, a fin de poderse apropiar su ración de manteca* (1).

Debemos dar pruebas de este estoicismo si queremos justificar nuestros crímenes y conservar alguna posibilidad de salvación.

Pero esto no es posible a toda una clase. ¿Por qué? Sencillamente, porque siente los mismos deseos y los mismos apetitos que la otra clase. Si es ella la molida y no la que muele, no es por la pureza de su alma, sino por la imposibilidad en que se halla de apoderarse de la muela. ¿Se me acusará, acaso, de traidor, por esta afirmación? Nuestras madres son unas santas, pero es porque no han podido hacer de nosotros unos mariscales. Y esto es tan cierto, que no conozco a ningún "revolucionario" dictador, o simplemente pudiente, que no haya hecho de su hijo un "intelectual".

Dicho en otra forma: creo que todos, sobre poco más o menos, somos lo mismo. ¿Cómo es, pues, que los espacios vomitan más alientos generosos que estupideces la T. S. H.?

Porque sólo somos lo mismo sobre *poco más o menos*. Esto, en primer lugar. Y, en segundo, porque la inmensa mayoría de la humanidad se compone de sedientos de justicia. Los sedientos de justicia y aquellos que tienen derecho a llamarse mejores, llenan los aires de clamores que conmueven los espíritus, crean las corrientes revolucionarias y consiguen con frecuencia hacer retroceder a la hidra soldadesca e imperialista. Unos y otros caminan, cogidos por la mano, y van ganando terreno al enemigo actual de la humanidad: al capitalismo.

Desgraciadamente, entre estos *hombres mejores*, que re-

---

(1) No exagero; en Rusia se ha dado muerte a más de un hombre para quitarle los zapatos.

presentan *la buena fe y el progreso*, y la masa que reivindica su derecho al sol, el acuerdo es tan sólo aparente. Los primeros manifiestan escrúpulos y no quieren obrar sino dentro de los límites de lo posible, mientras que la masa que sufre no se para en escrúpulos ni en límites. Reclama a toda costa lo que se le debe y se muestra dispuesta a obrar *por todos los medios*.

Yo tengo la desgracia de ser el bastardo que une la conciencia del hombre de buena fe a la sed de justicia de la masa a que pertenece, y cuyo martirio le es conocido de sobra. Me sostengo en una posición que me enemista con todo el mundo, y, sobre todo, con una especie humana que, consciente o inconscientemente, engaña a todo el mundo, hace más hondo el abismo que separa a unos hombres fáciles de aproximar, y se dice capaz de realizar, por sí sola, todas las aspiraciones de la clase obrera, cuyo testimonio invoca, y a la que querría monopolizar.

Esta especie humana la personifica un tipo muy frecuente de *militante revolucionario*, difícil de identificar en un gran movimiento de masas, ya que ocupa todos los grados, desde el apóstol hasta el bribón. Alardea de estoicismo y pretende ser superior a la masa y más decidido que el hombre de buena fe. Se convierte en el agitador providencial. En una época en que las conciencias que sienten escrúpulos se aíslan voluntariamente de la multitud que reclama justicia a toda costa, este *militante* responde a una necesidad social, ni más ni menos que un sepulturero en tiempos de peste. No se hace de rogar. No tropieza con la menor competencia. No hay nadie capaz de hacerle frente. Es, por otra parte, temerario. Allí donde la gran figura revolucionaria teme fracasar, él no teme nada. Todo contribuye a su triunfo, incluso la derrota, pues sabe sacar inmediatamente una ventaja de ésta en su provecho personal.

Conozco esta especie y la persigo desde hace veinticinco años. Sus rasgos me son hoy familiares. Sin embargo, no quiero referirme aquí más que a los argumentos, cuya detestable acción es verdaderamente inconsciente.

Los hay de dos clases: los *moderados* y los *fanáticos*; unos y otros, igualmente nefastos. Los primeros han hecho el juego a la socialdemocracia. Los segundos se han introducido en el comunismo.

La socialdemocracia de antes de la guerra ha dejado de existir y su militante se ha hundido con ella. Aquellos que hoy se encuentran, son, salvo raras excepciones, gente que ha conseguido sentarse a la mesa de la gran familia. Si hacen el becerro, es con la esperanza de ver alargarse un día la mesa y multiplicar las sillas.

No sucedía lo mismo antes, cuando no existía la mesa. No existían más que algunos asientos de amanuenses o de ladradores, rudamente estrechos. Había que dar pruebas de gran prudencia si uno quería hacerse notar, en su casa o en la casa de enfrente, y, de un modo o de otro, realizar el deseo de todo buen socialdemócrata: la entrada en el divino Parlamento, Edén de la patria agradecida, en aras de cuya salvación debía morir en breve el cotizante disciplinado.

Los sindicalistas, bolcheviques en gestación por aquel entonces (*¡abajo el parlamentarismo! ¡Acción directa!*), no éramos del agrado de esta "élite" de primera categoría, que daba órdenes en nombre de la clase obrera, acaparaba la tribuna y la Prensa, y nos excomulgaba y asesinaba, con el evangelio seudomarxista en la mano. El militante avisado, dotado de buena voz e imbuído de marxismo, representaba entonces exactamente el mismo papel tiránico que su comparsa comunista de hoy. Sólo él representaba la "conciencia revolucionaria", las "aspiraciones", la "ideología" del proletariado. Nosotros éramos "traidores", o poco menos.

La masa escuchó y siguió a aquel militante hasta la gran matanza, que constituyó la desgracia para la una y la dicha para el otro.

Pero todo esto pertenece a la historia.

Pasemos a la actualidad.

Esta es mucho más trágica.

Más que nunca, la "conciencia de clase" constituye el monopolio de aquellos que tienen la sartén por el mango. Pues hoy el proletariado posee una sartén, una inmensa sartén, cuya fritanga excita grandes apetitos. Y aquí es donde me separo del militante "revolucionario", y donde estoy dispuesto a combatirlo.

Una vez más: no niego su sinceridad. Dentro de un momento, cuando penetremos en Rusia, se verá hasta qué punto me había entregado a él y qué confianza y cuánta fe había puesto en él. Pero la historia se repite, se precipita, y marcha en línea recta hacia lo irreparable. Y eso es lo que hay que impedir *por los medios más leales*.

Sí: no puede tratarse más que de un combate leal, aun cuando la partida no sea igual, aun cuando los unos tengan las manos vacías y los otros estén en Siberia. Sin embargo, no es posible obrar de otro modo. *A pesar de todo, la U. R. S. S. debe seguir siendo, para el proletariado mundial, lo que en realidad es: la fortaleza invencible contra la cual tendrá que aplastarse un día el capitalismo.* Será un criminal digno de la horca el obrero que la ataque un día con el arma en la mano. El hundimiento de esa muralla entregaría al mundo que sufre a la más negra de las reacciones.

Pero una vez hecha esta afirmación, categórica, definitivamente, tengo derecho a volverme hacia la caterva burocrática y gritarle: ¡gentuza! Gentuza que, ayer moderada, hoy fanática, enarbolando ayer el "marxismo", hoy el "leninismo", nos enseñas la misma cara estúpida, te revelas tan intratable, hundes tan profundamente tus garras en la nuca de la masa encadenada y saboteas la más bella de las obras de justicia social.

Aún hay más—y es éste un horror que las luchas sociales no habían registrado nunca—; hoy asesinas. Con el hambre, con la prisión, a veces con el látigo, asesinas al obrero (*¡al obrero!*) que se niega a hacer el becerro ante el poder tiránico.

¿Puedo tener miramientos contigo, innoble bribón? ¿Puedo olvidar que fuí a ti de la manera más desintere-

sada y que faltó muy poco para que me hundieras en tu bolsillo? ¿Puedo—por darte gusto, o, según se dice, para no "ofrecer armas a la burguesía"—desinteresarme de la masa que arrojas por tierra, de su porvenir que apuñalas y de sus mejores combatientes, a los cuales destierras, encarcelas y hundes en el hambre, en nombre de una elástica doctrina que sólo tú pretendes conocer? ¿Puedo aceptar *sin reservas* la extensión por el mundo de tus métodos de convicción de la clase obrera y escribir que sólo tú tienes razón, que sólo tú tienes derecho a hablar, que sólo tú debes construir el socialismo?

Pero, tratándose de la U. R. S. S., habría que saber, además, si debemos distinguir al *militante-canalla* del *burócrata*, o confundirlos a los dos en el mismo tipo de malhechor. Pues ocurre lo siguiente: en Rusia no entráis en una institución, en un tranvía, en un local, sin tropezar con este cartelito y esta invitación: *Camaradas, participad en la lucha contra la burocracia.*

Es impresionante. Conmovedor. Sacáis en seguida la conclusión de que debe existir un *aparato dirigente* en lucha contra un *aparato burocrático*. Uno sabe que ese aparato dirigente no es otro que el partido comunista, mientras que los burócratas son, sin duda, hombres llegados de todas partes y puestos al servicio del Estado proletario. Estos últimos son, pues, gente sin fe, sin ideal, sin convicciones, toda vez que se os dice que hay que combatir su tendencia a crearse situaciones personales, en detrimento de la comunidad, así como su sabotaje de cangrejos roedores.

Es un cartelito llamado a entusiasmar a un hombre como yo. Y si hubiera salido de Rusia al cabo de seis semanas, como todos los delegados que asistieron al décimo aniversario, hubiera escrito artículos ditirámbicos a este respecto. Hubiera respondido, en rigor, a mi naturaleza. Sé lo que es un hombre de fe. También sé que la tierra no está llena, ni mucho menos, de esos hombres. Pero el partido comunista debe contar con legiones de ellos, des-

sada y que faltó muy poco para que me hundieras en tu bolsillo? ¿Puedo—por darte gusto, o, según se dice, para no "ofrecer armas a la burguesía"—desinteresarme de la masa que arrojas por tierra, de su porvenir que apuñalas y de sus mejores combatientes, a los cuales destierras, encarcelas y hundes en el hambre, en nombre de una elástica doctrina que sólo tú pretendes conocer? ¿Puedo aceptar *sin reservas* la extensión por el mundo de tus métodos de convicción de la clase obrera y escribir que sólo tú tienes razón, que sólo tú tienes derecho a hablar, que sólo tú debes construir el socialismo?

Pero, tratándose de la U. R. S. S., habría que saber, además, si debemos distinguir al *militante-canalla* del *burócrata*, o confundirlos a los dos en el mismo tipo de malhechor. Pues ocurre lo siguiente: en Rusia no entráis en una institución, en un tranvía, en un local, sin tropezar con este cartelito y esta invitación: *Camaradas, participad en la lucha contra la burocracia.*

Es impresionante. Conmovedor. Sacáis en seguida la conclusión de que debe existir un *aparato dirigente* en lucha contra un *aparato burocrático*. Uno sabe que ese aparato dirigente no es otro que el partido comunista, mientras que los burócratas son, sin duda, hombres llegados de todas partes y puestos al servicio del Estado proletario. Estos últimos son, pues, gente sin fe, sin ideal, sin convicciones, toda vez que se os dice que hay que combatir su tendencia a crearse situaciones personales, en detrimento de la comunidad, así como su sabotaje de cangrejos roedores.

Es un cartelito llamado a entusiasmar a un hombre como yo. Y si hubiera salido de Rusia al cabo de seis semanas, como todos los delegados que asistieron al décimo aniversario, hubiera escrito artículos ditirámbicos a este respecto. Hubiera respondido, en rigor, a mi naturaleza. Sé lo que es un hombre de fe. También sé que la tierra no está llena, ni mucho menos, de esos hombres. Pero el partido comunista debe contar con legiones de ellos, des-

de el momento en que él, por entero, os invita a luchar contra este mal social: la burocracia.

¡Pues no! Esta invitación no es más que un artificio de militante-canalla; él mismo es un *burócrata*. Son las dos caras del mismo hombre innoble, que con una mano fabrica "consignas" y con la otra vota "en la línea", es decir: *por el mantenimiento de lo actual, que estima es lo mejor, ya que él ocupa un buen cargo.*

He conocido comunistas sinceros que tomaron en serio el deber de "tomar parte en la lucha contra la burocracia" y que han querido llegar hasta el extremo de su deber, atacar al corazón, la raíz del mal. *No han conseguido más que perder su pan.* Y resulta muy triste oírles. Sus desventuras son dignas de figurar en una gran novela de costumbres soviéticas.

No importa. A pesar de la despiadada verdad, que responde a las engañifas oficiales con dolorosas revelaciones, el militante-burócrata, llamado en Rusia "militante responsable", sigue su camino, con el rostro hacia adelante. Es el amo de la tribuna y de la Prensa. Sólo él puede hablar. Sólo él puede escribir. Se fabrica una mayoría y una presidencia, como se fabrica un comité de redacción y una censura. Así nadie puede contradecirle.

Sin embargo, consciente del descontento que existe bajo la ceniza y al que es preciso buscar alguna válvula de escape, monopoliza asimismo la contradicción y fabrica a su medida los contradictores. Así nacieron y crecieron estas dos entumecencias de la Prensa soviética: la *samo-kritika* (crítica de sí mismo) y el *control mass* (el control de las masas).

¡Qué farsa más innoble! ¡Y aun si no fuera más que innoble! Pero es también hábilmente engañosa y, a veces, sangrienta. Pues, por un lado, ha sabido impresionar, desenmascarando los abusos y reventando los tumores; pero, por otro lado, ha condenado a muerte a pobres corresponsales obreros que han creído en la eficacia de esta "obra de saneamiento" hasta el extremo de convertirse en mi-

sioneros de ella; han declarado guerra sin cuartel a los grandes y pequeños funcionarios corrompidos, y se han hecho asesinar como moscas. Bien es verdad que los asesinos han sido ejecutados; pero esto no ha resuelto el problema para las víctimas y menos aún para la obra de saneamiento.

Entonces han surgido los *rabcors* (corresponsales obreros) fabricados en serie. Estos, comprendiendo que el mal no está en los pies, sino en la cabeza, a la que está prohibido tocar, se han creado un oficio lucrativo olfateando al cabeza de turco, condenado a servir de pasto, y denunciándolo. Sus inútiles esperpentos literarios, que hacían sonreír a los iniciados, se publicaban en todos los periódicos, y, pomposamente, en la oficial *Pravda*, que les dedicaba, una vez por semana, una página entera; bajo este arrogante título: *control-mass*. Tanto "control" de las "masas" había allí como mosquitos en el Polo Norte y voluntad de desarmar en la Sociedad de las Naciones.

En mis incesantes viajes de un extremo al otro de la U. R. S. S., he encontrado con frecuencia no pocos de estos *rabcors*. Entre ellos, he encontrado algunos raros individuos que me han hablado con ardor, pero a los cuales se les hace dura la vida, pues cometen pifia tras pifia. Otros, muy difíciles de descubrir, son unos infelices que no se atreven a afrontar vuestra mirada. Los demás son animalejos que se mueven a vuestros pies. Por uno de estos bribones me enteré de un hecho bastante interesante, a mi llegada a Sukhum, en el Cáucaso, en noviembre de 1928.

Candidato a la celebridad y sabiendo cuán pronto habían llegado a triunfar aquellos de sus colegas que han sufrido el martirologio del oficio, el *rabcor* sobornó a un borracho y le enseñó la manera de hacerle una ligera herida en la espalda con un puñal. Esto ocurría en una noche oscura, y sin testigos. El borracho fué demasiado lejos. Al día siguiente encontraron al *rabcor* medio muerto, en medio de un charco de sangre. La Guepeú, emocionada, se dió a buscar al kulak criminal o al vindicativo di-

rector de empresa; pero sólo encontró al borracho, lo cual le fastidió mucho, pues denunció la "combina".

—¡A poco más lo dejas muerto!

—Me equivoqué. Estaba bebido.

Echaron tierra al asunto.

Esto no es más que un hecho corriente en medio de la inmensidad de los dramas cuotidianos, mucho más horribles y sintomáticos. ¿Cuándo y dónde se ha oído hablar de semejantes medios para triunfar en una carrera? Un Alberto Londres, que no es más que un burgués, se estremecería de vergüenza. Y no es posible encontrar a un periodista, en cualquier otro país, que sea capaz de pensar en ellos. Sin embargo, se ha encontrado un comunista en el país que aspira a un máximum de moralidad cívica. Pero el hombre sólo en parte es culpable. La vergüenza alcanza al régimen que crea condiciones en que pueden nacer y desarrollarse semejantes carreras.

Y aquí llegamos al corazón del mal.

La U. R. S. S. es el país menos burgués del mundo, pero que más aspira a la burguesía, al ejemplo de todas las naciones que salen lentamente de la vida patriarcal, como, por ejemplo, los Balcanes. Por esto, precisamente, creo que ha sido una verdadera desgracia que la más grandiosa de las tentativas para edificar el socialismo haya sido emprendida en Rusia.

El ruso, al igual que el ucraniano, que el georgiano, que el tártaro o el armenio, que no se paran en doctrinas, es hombre de corazón, lleno de ternura, rico en amor y melancolía. Todos ellos aman intensamente a su lengua, a su tierra, a su cielo. (La prueba de ello la encontramos en todas las canciones populares y en todas las literaturas de estos países). Y ellos mismos lo prueban entonando su rapsodia en mitad de un banquete comunista, a par de la *Internacional*.

¿Cómo diablos queréis que estos pueblos abandonen sus isbas para hundirles, al día siguiente, en los rascacielos americanos, sobre los cuales no canta el ruiseñor, donde

el hombre es un animal mecánico y donde la existencia no es más que una manera de matar la vida?

Digamos que ha habido dos millones de comunistas atiborrados de doctrinas, sin corazón y sin cerebro, autómatas del fordismo y de la americanización, para los cuales los sentimientos no son más que prejuicios burgueses y el amor un simple coito; pero todavía quedan 150 millones, toda una humanidad, que viven y quieren vivir cultivando cada vez mejor aquello que existe de más eterno y conmovedor en nosotros.

¿Debe impedírseles que vivan?

—¡Al contrario!—me dirán, recordándome la Constitución soviética—. Esos pueblos disponen ahora de sí mismos.

Contesto: Sí, disponen de sí mismos, a la manera de aquellas jóvenes de la Edad Media que eran libres de toser a su gusto, pero que se hacían encerrar en un convento en cuanto se negaban a casarse con el hombre elegido por sus padres.

Una noche tuve una larga conversación con una campesina inteligente (besarabiana o griega, no puedo precisarlo, pues con ello podría hacerla mandar a Siberia). Esta mujer me dió una versión de cómo una madre soviética puede disponer de sus hijos, que constituyen toda su vida.

—Nosotros no somos comunistas—me decía—, porque no sabemos a ciencia cierta lo que es el comunismo. En nuestro pueblo, los comunistas son unos intrigantes. Todo se reduce a la "política". Y desgraciado del que no piensa como ellos.

"Nosotros nos encontramos al lado de los bolcheviques desde el comienzo. Mi marido se batió durante la guerra civil, formó parte del primer soviet y murió a consecuencia de sus heridas. Yo no soy más que una pobre madre que quiere criar a sus hijos—este chico y esta chica—lo más honradamente posible. Aquí no hay ningún adversario del régimen, ningún contrarrevolucionario. No hay motivos

para que se nos quiera mal. Y, sin embargo, se nos priva de toda posibilidad de ganarnos el pan. ¿Por qué? Porque les digo a mis hijos que no deben inscribirse en la *Juventud comunista*, y porque ellos son de mi misma opinión. Pues los tales *Comsomols* pasan cantando y escupen en las ventanas de la casa paterna, insultan a los ancianos e intrigan entre sí todavía más que los mayores. ¿Es eso ser comunista?"

Sepa el lector que testimonios como el que acabo de aportar, así como otros muchos que podría mencionar, en favor o en contra del régimen, no intervendrán en este libro sino muy raramente, por pura casualidad y sin que signifiquen otra cosa que ésto: que quiero expresarme de una manera mejor que de otra. Contrariamente a mis predecesores, simpáticos a los Soviets, no aporto aquí una colección de testimonios en pro o en contra, copiosamente adobados de imparcialidad. El testigo soy yo. Desconozco la imparcialidad. Y no practico la simpatía o la antipatía, sino el amor o el odio.

Lo que aquí aporto son *convicciones* que me cuestan muy caras y que pueden costarme un día la vida. (Y sería justo, pués no he adorado en mi vida sino aquello que me ha costado muy caro). Hoy, cuando la vida me asesta golpe tras golpe, capaces de abatir a un hipopótamo humano, me aferro más que nunca a mi amor y a mi odio. De aquí nacen mis convicciones, hijas de mi fe en los hombres, a quienes amo, a quienes odio y a quienes tanto quería servir.

Recuérdese que a mi llegada a Rusia di de bofetadas a la peste egoísta y cautelosa de este innoble Occidente. Esas bofetadas, al ir yo, dieciséis meses más tarde, a solicitar mi visado, me las pasó por las narices el señor embajador de Francia en Moscú, y a seguido, con mucha dignidad, y sin exigirme nada, me autorizó a volver. Pero conservo el mismo lenguaje para con esta peste, que no sacrificaría un solo cabello de su cabeza por la salud de una humanidad loca. Pero... Pero ahora no soy más que

un vencido. Aquellos en quienes creía—con la firmeza de una piedra—poder apoyarme, tampoco son más que una peste, una peste capaz de sacrificarlo todo *por la salud de su cara doctrina, aun aplastando a los inocentes.*

¿Cómo queréis que mida los términos, que consulte mi incomprensible cuaderno de notas, que contente a todo el mundo y a mi padre? Sólo sí sé una cosa: sólo sé que una aplastante mayoría de hombres de mi clase ha llegado al Poder; que, después de llegar a él, se ha puesto en seguida a tragar, y que, con la boca llena, arroja de su mesa y deja morirse de hambre a todos los hermanillos que no son de su opinión. Y, siendo esta la verdad—y ya veremos hasta qué punto lo es—¿qué pueden importarme los testimonios, los documentos, la imparcialidad, la simpatía y demás zarandajas?

¿Qué me importa, tampoco, escribir o no escribir un libro a este respecto? Una página, una línea, un gran grito lanzado a todos los vientos, bastarían. Pues el dolor, lo mismo que la alegría, surgen por sí solos de la tierra para vivir en la eternidad.

Cuando no tenía yo más que dieciocho años, me pasaba las noches—solo, con dos o con diez—buscando lo sublime en los libros o en el corazón del hombre. Aún hoy sigo lo mismo, con la pequeña diferencia de que en aquel momento el libro estaba escrito por los Balzac, y cuando lo había sido por una Madama de Staël, todavía era cosa sagrada, mientras que hoy, los Balzac practican el homosexualismo literario y las Madama de Staël anuncian la aparición de sus libros de la siguiente manera:

¡Ah, hombre, si supieras!...
No habría mujer que te resistiera.

Pero, señora: ya sabemos que no puede usted resistirnos hasta el mismo vientre. ¿Y qué? Al fin y al cabo, todos practicamos el mismo sacerdocio, ¿no es verdad?

¡Ah, inmoble Occidente, mi pobre señor Massis (1), aun cuando sea usted católico desde la cúpula de sus Academias hasta el ataúd de la rue de Provence!...

Sí, el mundo se muere por todos lados, por arriba y por abajo. Sin embargo, si hay una razón de que se muera por arriba, donde ha dado cuanto podía dar, protesto a la faz del cielo contra la inmoralidad de abajo, que llega antes de tiempo. No protesto contra la masa. Ésta, mísera de ella, ha tenido hambre siempre y no ha pensado en lo sublime más que a través de su vientre. Hay que absolverla. Pero, ¿cómo absolver a aquellos que salen de su seno, que se proclaman su "élite", que se imponen salarios limitados para la galería y acaparan, ahogan, aplastan, roban, violan, matan en silencio?

¿No significa esto, y para siempre, la quiebra moral de una revolución?

Me es imposible hacer el balance de esta inmoralidad. Llenaría volúmenes y más volúmenes, y comprendería a toda la jerarquía, de la cúspide a la base, en la U. R. S. S. y en la *Internacional*; unos, por haber engañado; otros, por haber visto hacer y callarse; todos, porque, sabiéndolo todo, se lo callan a los ojos del mundo, que tiene, por lo menos, derecho a la esperanza.

Entre estos últimos, culpables por complicidad, el más culpable, porque ocupa uno de los puestos más elevados en la estima mundial, es Máximo Gorki.

Máximo Gorki ha salido de los de abajo —más que muchos otros— y tenía el deber de permanecer lo más cerca posible de ellos. No lo ha hecho. Y he aquí la prueba de ello:

En Rusia (y lo mismo puede decirse del resto del mundo) no hay necesidad de conocer el idioma del país para enterarse de lo que sucede. Ni tan sólo se necesita conocer, como yo conozco, dos dialectos hablados por dos pueblos que figuran entre sus Repúblicas: el moldavo y el

(1) Autor de *La Defensa de Occidente*. (N. del T.)

griego. Puedo decir, incluso, que la Verdad es accesible hasta a un sordo-mudo cuando éste quiere buscarla.

Lo difícil de obtener en Rusia, cuando uno es extranjero y semioficial, es la *confianza* de la gente. Pero una vez en posesión de esta llave maravillosa, todas las puertas de la verdad se abren ante uno como por encanto. Entonces, ya en ruso, en turco, en chino o por medio de signos: las personas más diversas, *e incluso las oficiales*, os dicen la verdad, sin aguardar a que sepáis su lengua, pues, en tal caso, habría que aprender doscientas.

Ahora bien: Gorki no tenía necesidad de aprender nada, ya que lo sabía todo. Y toda la humanidad que lee sabe que lo sabía, pues él mismo lo ha dicho, y de manera capaz de estremecer a cualquiera. Pero, en aquella época, la gente oficial tenía derecho a cometer actos culpables. De entonces acá han dejado de cometerlos, pues han instaurado, conscientemente, la injusticia en el país. Han corrompido a grandes capas sociales, y particularmente a los miserables, con el fin de fabricarse las mayorías y poder gobernar. Su corrupción es de las más inhumanas: *si queréis comer, aun cuando sea mal y poco, tenéis que estar en la "línea", y denunciar, incluso, al camarada hermano que no esté en la misma*.

Así ha llegado Rusia a esta ignominia jamás conocida hasta ahora en el mundo: *arrojar a media clase contra la otra media, comprometiendo a la que come y ladra, y desmoralizando a la que ayuna y rechina los dientes*. Ha hecho algo peor todavía: ha asesinado el porvenir, pues los cuadros del *Comsomol*, los cuadros de la juventud, están enteramente podridos.

Cuando se juzgó al Comité de Juventudes de Leningrado, acusado de fraude, de despilfarro, de violación, de orgía, e incluso de crímenes de derecho común, un juez preguntó a un testigo:

—¿Cómo se las arreglaban para no reclutar más que una escoria social semejante?

—A los adherentes no se les exigía más que una cosa: que permanecieran en "la línea"—respondió el testigo.

*Con estos adherentes* es con los que se constituyen las mayorías "disciplinadas"; es decir, que aprueban siempre. *Con su ayuda*, y en nombre del proletariado, se hunde en el hambre y se llenan las prisiones de Siberia de trabajadores, a los que se califica de "traidores", y que son los únicos revolucionarios en esta Unión Soviética que recibe hoy, en el seno de su parlamento supremo, el *Taik*, a Máximo Gorki.

Desde mi salida de Rusia hasta la publicación de estas líneas, han transcurrido nueve meses. Fácil me hubiera sido hacer publicar este libro a las seis semanas de regresar a París. No he querido hacerlo. Conservaba algunas esperanzas, y, sobre todo, la esperanza de oír tronar la gran voz de Máximo Gorki.

En Moscú, en su hogar, durante las tres horas que pasé en su intimidad, no quiso hablar. Su rostro sincero, dominado por unos ojos que pueden ser lo que quieren, permaneció hermético. Nadamos en la banalidad. Pero lo que Gorki no me debía a mí, se lo debe al mundo que le estima. Se lo debe, sobre todo, a aquellos que se hacen aplastar por todas las mayorías: a esos vagabundos, que son siempre los vencidos, ya que no a la clase obrera, que da y sostiene a sus propios tiranos.

Pues llegará el día en que los vencidos tengan derecho a hablar, por encima de todas las clases, y ese día habrá voces terribles que interrogarán a Máximo Gorki, que no podrá responder ya, para desgracia de su memoria.

Tal es mi confesión.

# En la U. R. S. S.

## Sobre el viaje

No hay que esperar que refiera detalladamente y de una manera pintoresca, aun cuando valdría la pena de hacerlo, todo lo que he recorrido, visto, sentido y pensado, entre el 15 de octubre de 1927, fecha de mi salida de París, y el 15 de febrero de 1929, fecha de mi regreso. No me es posible hacerlo, por varias razones, la principal de las cuales es que no me encuentro con ánimos para ello. Fuí allá con unos pensamientos y unos impulsos que murieron en el camino.

Además, aun cuando no me faltasen ganas de hacerlo, me detendría un temor: veríame obligado a dar los nombres, los hechos, los dramas íntimos y las diversas localidades, y entregaría así a una persecución despiadada a miles de inocentes. Y aun cuando se tratara de verdaderos culpables, me negaría a denunciarlos, pues no es contra los pequeños roedores contra quienes me levanto, sino contra los grandes, y, sobre todo, contra sus métodos de "revolucionar" el mundo.

Por último, me veo también paralizado por el lugar que ocuparían estas denuncias, lo cual me impediría llevar a cabo una obra útil, como trato de hacer en estos tres volúmenes.

Piénsese en este viaje, de más de veinte mil kilómetros—por ferrocarril, en barco, en automóvil, a caballo—, que comenzó en Alejandrovsk (pequeña localidad de pescadores lapones, situada a la entrada del Océano Glacial del Norte, en el golfo de Kola, sobre Murmansk), y que

me condujo al pie de la Acrópolis. Entre estos dos extremos, he hecho dos viajes de Moscú al Cáucaso, tres a Ucrania, cuatro de Moscú a Leningrado, y después a la República Moldava, a Crimea, al Volga.

Tendría que llenar cuatro volúmenes de regulares dimensiones: 1.°, Moscú, Leningrado, Carelia, el Norte de Rusia; 2.°, Ucrania, Moldavia, Crimea; 3.°, el Volga, sus ciudades, su delta, la región del Caspio, y 4.°, Transcaucasia.

En todos estos volúmenes, para conseguir lo que me propongo, no es menester, ni mucho menos, que haga "literatura". Los acontecimientos, los hombres, sus relatos, sus tragedias, y un poco de mí mismo, bastan, pues *todo lo he vivido*. No he pasado como turista. Aun cuando no permaneciera más que un mes, una semana, un día o nada más que una hora, he vivido por doquier, pues me he entregado a los hombres, y, generalmente, éstos se han entregado a mí tales cuales eran: buenos o malos, héroes o pillos. Hemos comido, bebido, cantado, bailado y hasta a veces dormido juntos. Hemos llegado casi siempre a sentirnos borrachos de esta comunión. Raramente he negado mi tiempo, mi intimidad y mi calor al más innoble de entre ellos, pues aun el más innoble encierra a veces un grano de sublimidad, y, por consiguiente, merece un poco de nuestro corazón.

He visto rincones donde unos hombres que habían vivido siempre juntos, sin conocer unos el corazón de otros, exclamaban de repente en medio de la alegría general:

—Nunca nos hemos querido tanto como desde que se encuentra usted entre nosotros. Vuelva usted. Quédese aquí.

Y se arrojaban los unos en brazos de los otros. No siempre estábamos borrachos. Estábamos, sí, ebrios de vida, de sufrimiento, de esperanza. ¡Ah, vosotros, vosotros que me arrancásteis la promesa—cuando no la hice espontáneamente—de volver y construirme una isba entre vosotros: quizá no os vuelva a ver nunca!

Todo es ilusión. ¿Pero no es esto toda la vida?

## Una pregunta

Teniendo presente lo que impropiamente ha dado en llamarse mi *cambio*, o, como han escrito ya en Moscú, en la *Litteraturnaia Gazeta*, "la doble cara de Panait Istrati (1), podría hacérseme, ahora que entramos en Rusia, la siguiente pregunta:

—¿No estaba usted al corriente de todos esos asuntos antes de visitar la U. R. S. S., o inmediatamente después? Pues era usted conocido más bien como *bolchevizante*.

Y yo contestaré:

*Bolchevizante*, es decir, partidario del poder para la clase obrera y de la destrucción del capitalismo, sigo y seguiré siéndolo en las condiciones que se verá cuando se haya leído este libro. Esas condiciones son un elogio del bolchevismo a lo Lenin, a los Trotski, a lo Dzerjinski, así como de todos los héroes de la revolución de octubre que no se han convertido en los asesinos de su propia obra.

Añadiré que no existe ni *cambio* ni "doble cara", por la sencilla razón de que, después de haber vivido dieciséis meses en la U. R. S. S., y cuando hubiera podido escribir y publicar holgadamente, por lo menos, seis artículos *bolchevizantes*, sino cincuenta, y muy bien pagados, no se me podrán enseñar tres que puedan considerarse tales, ni una interviú, ni un discurso que hayan sido revisados y corregidos por mí. Esta reserva es desconocida para los *Amigos de la U. R. S. S.*, de los cuales soy en Francia uno de los dos vicepresidentes de honor.

"Doble cara". ¡Pobre gentuza! Caras tengo yo treinta y seis mil; ahora, que no para las *Litteraturnaia Gazeta*.

Y, respecto a la pregunta en sí: *¿Estaba al corriente?*, responderé: *No*. No existe una décima parte del proleta-

---

(1) Después de mis interviús de febrero y marzo de 1929 en *Les Nouvelles Litteraires* y en *Monde*.

riado comunista internacional que sepa con exactitud lo que sucede en Rusia, pues de lo contrario, todo el partido desertaría y se formaría en seguida otro partido bolchevique sobre nuevas bases honradas, y que no concedería a los jefes poderes ilimitados.

¿Cómo quieren ustedes que esté enterado el pobre obrero de la fábrica—pobre cotizante disciplinado y lector con el cráneo repleto de mentiras—, cuando un servidor de ustedes, gozando de la amistad de un Rakovski, y leyéndolo, sobre poco más o menos, todo, no sabía nada, *ni*, por otra parte, *quería saber nada?*

Y los dos teníamos razón, el obrero de la fábrica y yo: la revolución está tan alta, en los cielos, que no será con esas hojas de col de la oposición como se conseguirá hacerla descender entre los hombres y demostrar que hoy no es más que un mito, *pero un mito que posee las virtudes del ave Fénix*. Y referente a los informes suministrados por los enemigos del proletariado, así como por los libros de los honrados escritores burgueses, los primeros no pueden ser tenidos en cuenta—ninguno de nosotros puede morder esas escorias—, y los segundos no están al corriente de nada y se dedican a hacer poesías, o, pasando al lado de lo esencial, se dedican a dar palos de ciego en el aire.

Sólo la oposición y su jefe, Trotski, serían capaces de aclarar la opinión de las masas; pero, hasta hoy, todavía no han dispuesto de medios que estuviesen a la altura del desastre. Por otra parte, los miembros de la oposición se entienden mal, muy mal, y forman capillitas, acerca de las cuales no nos llega más que el rumor. Finalmente, no pocos de los oposicionistas son gente tan inútil y comprometida como la gente oficial. Trostki—el bolchevique de conciencia inalterable, de prestigio intacto, el más capaz de todos, el que mayores dotes posee—deberá tener mucho cuidado con los enfermeros que le rodean un día, cuando haya que curar las llagas de una revolución que no es más que eso: llagas. Estimo el destino de este hombre

y tengo confianza en él. No es posible que deje de aprovechar la espantosa experiencia que tiene ante los ojos y que conoce como nadie.

De su oposición no sabía ni quería saber nada antes de visitar Rusia. Me decía: "¡Bah!; en todos los charcos hay ranas. No debe tratarse más que de una simple cuestión de poder, de una escisión provocada por la muerte de Lenin". He seguido diciéndome esto mismo, en Rusia, durante meses enteros, y ya se verá en qué circunstancias.

Respecto a Trotski, veía muy bien que parecía envuelto, desde hacía varios años, por un silencio cada vez más opaco. Pero ¿cómo iba a pensar que le preparaban el camino de Alma-Alta, el de Estambul, y el epíteto de "contrarrevolucionario"?

Puedo decir que no nos conocemos personalmente, y que hasta el presente no le he escrito una sola carta, ni desde aquí, ni durante el tiempo que permanecí en el Caspio, a unos dos mil kilómetros de su Bastilla. Digo todo el bien que pienso acerca de él, de la manera más desinteresada.

Pero nos hemos estrechado la mano una vez, y a buen seguro que le sorprenderá mucho saberlo. Fué, si no me engaño, en Bucarest, en 1911 o en 1912. Nina Arbore, hermana de la doctora Ecaterina Arbore, a quien había de encontrar más tarde de Comisario del Pueblo de la Moldavia soviética, vino un día a preguntarme:

—¿Quieres conocer a un pájaro viajero?

—¿Quién es?

—Un desterrado de nota: León Trotski, ex presidente del Soviet nacido de la revolución de 1905, y el orador y publicista más brillante de la Rusia revolucionaria de nuestros días.

—¡Cómo que si quiero conocerlo! Corramos.

Me condujo al hotel High-Life, en la plaza de la Episcopia. León Davidovitch, con su cabeza clásica, sus ojos feroces y con una blusa negra, permanecía en pie, apoyado contra la cama, en una modesta habitación. Como no

conocía ningún idioma europeo, me quedé mirándole como un becerro. Sin embargo, le pregunté por qué llevaba blusa negra.

—Porque soy un pesimista—me respondió en tono burlón.

## La salida. Cristian Rakovski. Siebeje

Ya he hablado en otra ocasión de esta salida precipitada y del embajador cesante con el cual hice el viaje a Moscú. Pero aquí estoy en mi casa y puedo completarme, añadir nuevos detalles, cosa que no podría hacer en ningún *Monde* del mundo, que os llama con los brazos abiertos y os da con la puerta en las narices tan pronto como queréis seguir siendo un hombre.

¡Ah libertad, libertad! Por ella daría toda mi sangre.

A petición de la revista *Ogoniok*, de Moscú, hice en 1927 un "retrato" de Rakovski, que encontraron excelente, que estuvieron a punto de publicar, pero que no llegó a publicarse, en un momento en que Rakovski era todavía embajador, pero en que su desgracia había sido ya decidida en las alturas. Y eso que mi artículo no contenía ninguna polémica, pues me encontraba entonces a mil leguas de pensar nada malo de la gente oficial. ¿Qué decís de este entremés? Me dirijo al obrero. Quiero preguntarle a él si encuentra bien semejante tiranía.

Por lo que a mí se refiere, sepan los oposicionistas que si lo que quieren preparar es una segunda edición de este bolchevismo, encontrarán en mí un enemigo implacable, un enemigo solitario que morirá por aquello que considera el primer bien del hombre: el de poder expresarse cara al cielo, como camarada o como adversario. Lenin permitió a todos sus adversarios que se expresasen, y, de todos ellos, Gorki es el que le ha dicho las cosas más crueles y más abominablemente injustas y vergonzosas.

Quizá se me replique que semejante libertad pudo co-

tarle la vida, en un momento dado, a la revolución. A esto contesto: *vuestra tiranía la ha asesinado mucho más*. Y no será el ingreso de otro Gorki en la cofradía de hoy lo que la resucite, por mucho que os disguste.

Es una verdadera desgracia que tenga que hablar con tal dureza a hombres que, después de todo, son víctimas de un sistema cuyo advenimiento no cabe reprocharles; pero no puedo dejar de hacerlo. Ya me conocían. No tenían más que no haberme invitado a las fiestas del aniversario. Y el primer culpable de ello ha sido Rakovski, al cual le pregunté antes de nuestra salida lo que era la Rusia soviética, y que me dió la siguiente respuesta de diplomático:

—Si te contentas con mirar a la superficie, no quedarás satisfecho. Pero si sabes ver, amarás nuestra revolución.

¡Arreglado estaba! ¡Como si la revolución pudiera confundirse con la fealdad humana! Hubiera preferido que me hubiera dicho sinceramente la verdad, la verdad que yo no podía ver por mis propios ojos y sin ayuda del cielo. Pero todos esos bolcheviques son mudos como tumbas, aun cuando sean amigos y camaradas de uno.

Y Rakovski no constituye una excepción. Jamás he podido obtener de él la menor declaración, una de esas declaraciones de que hoy he sido cien veces confesor. En Francia le perdonaba su silencio. Era embajador. Yo, uno de esos que no saben callarse. Pero es que permaneció encerrado en el mismo mutismo durante todo el viaje. En cierta ocasión, cuando entrábamos en Alemania, le hice la siguiente pregunta, ante la cual una franca respuesta hubiera bastado para revelarme la verdadera actitud de la oposición y la suerte que en breve había de correr:

—¿Ha sido Francia la que te ha arrojado, o son los tuyos quienes te destruyen?

Por toda respuesta, sacó su reloj y dijo:

—Llegaremos a Francfort hacia las once de la noche. ¿Tienes mucha hambre?

O, lo que es lo mismo: "Guárdate la lengua para comer embutido con coles en Francfort".

Y, sin embargo, más de una vez me había dado verda-



BIBLIOTECA

deras pruebas de un sólido afecto, corriendo en mi socorro cuando me veía envuelto en la penuria de "cuentista oriental" o recibiéndome en una perfecta intimidad.

En nuestro compartimento diplomático, viendo un día la manga de su camisa rota de tan vieja, una mezcla de estupefacción y de admiración me impulsó a hacerle la observación siguiente:

—Bueno, Cristián: ya sé que un bolchevique como tú no conoce el empleo de los fondos secretos. Pero, ¿tan exiguo es tu salario que tienes que llevar una camisa como ésta?

Volvió a defenderse:

—¡No dices más que tonterías! Deja en paz a mi camisa.

Una vez, en la Embajada, me había dicho:

—Cuando no sea nada y tenga que ganarme el pan como un médico que ha olvidado la medicina, no dejarás de ayudarme si eres rico, ¿verdad?

Precisamente acababa de concederme un anticipo a cuenta de mis derechos de autor por los libros editados en Rusia, los cuales, no poseyendo, como no poseía, un contrato, no se me debían. Hizo esto bajo su responsabilidad. Yo había tomado su reflexión por una broma. ¿Cómo era posible que la Rusia soviética pudiera privarse de un diplomático como Rakovski?

¡Pobre de mí! He comprendido mejor esto cuando, un año más tarde, me enteré de que el embajador de la víspera hacía que su mujer vendiese los objetos de su modesta casa de Moscú para comprar pan.

Pero ya volveremos a encontrarlo en su destierro de Astrakán, donde pasé ocho días en su compañía, y donde atrapé, lo mismo que él, la malaria.

Conservo de este viaje memorable el hermoso recuerdo de nuestra llegada a Siebeje, estación fronteriza soviética entrando por Riga, vuelta que dimos a fin de evitar el paso por Varsovia.

¡Qué hermoso recuerdo! Y maldita sea la vida que afea

todas las bellezas, de que tan ávida se muestra nuestra alma! ¡Cuántas veces no lanzaré este grito durante este viaje que vuelvo a resucitar ahora sobre el papel! (Y menos mal que no quiero volver a pasar por todas partes, revivirlo íntegramente, pues en ese caso rompería mi pluma).

Se ha escrito mucho, y a veces con gran emoción, sobre la entrada del tren en Rusia, cuando pasa bajo el famoso arco rojo con el terrible mandamiento, que parece una predicción, realizada en parte, del porvenir: *¡Proletarios de todos los países, uníos!*

¡Oh, mis hermanos en infortunio! Uníos de una vez e id en masas compactas a miles y miles, a ver eso. Uníos e id a que vuestros corazones palpiten un momento ante la entrada majestuosa del tren rojo, en tierra roja, por debajo del arco rojo con letras de fuego.

Si alguna vez una orden, nacida de las entrañas de un amigo, os ha impulsado y conmovido, es ésta:

*¡Proletarios de todos los países, uníos!*

Uníos y dejaos de mandar delegaciones de imbéciles que no ven nada y nada os traen. Pero id solos, sin guía, sin jefe, y sentiréis mucho más que todos los jefes del mundo, aun cuando seáis tan tontos como vuestros pies.

Pues no es la inteligencia sin corazón la que realiza esos milagros, sino los dos juntos, o, mejor aún, el corazón solo. ¡Y vaya si tenéis corazón, hasta dejarlo por toneladas en todas las trincheras, entre los alambres con pinchos, y en todos los engranajes de vuestros presidios mecánicos!

Esos arcos de gran triunfo y esas letras flameantes de las fronteras soviéticas, han sido construídos y pintados con la sangre generosa de vuestros millones de corazones. Y si es necesario que un día no quede en pie nada de cuanto habéis construído y soñado con construir allá abajo, entonces, desde el primero hasta el último mercenario que sea capaz de lanzarse al asalto de la Rusia roja, para devorarla, no pasará bajo esta anunciación de vuestro destino sin caer fulminado por el terror.

Aquí se encuentra cuanto continúa viviendo, detrás de las revoluciones que asesinan los hombres.

# En Sofijskaia Nabierejnaia

*Llegamos a Moscú* una hermosa mañana. En la estación, nada demostraba, por parte del gobierno, la menor de las atenciones debida a un gran embajador, aun cuando estuviera en desgracia. No había, por ejemplo, ni un solo coche; no ya uno de esos automóviles cerrados que pasean a la gentuza burocrática y en los cuales tanto había de pasearme yo mismo, sino un vulgar coche. Nada. Y la mano del antiguo presidente del Consejo de los Comisarios del Pueblo de Ucrania, que tantos documentos había firmado en Ginebra, en Londres y en París, no fué estrechada por nadie.

El guardia de Corps de Rakovski, un letón de atléticas proporciones y muy inteligente, salió en busca de un taxímetro, mientras los *towarichtchi*, fotógrafos-reporteros, dirigían sus objetivos hacia nosotros.

Cristián no se prestó a ello.

—¿Por qué te esquivas así?—le pregunté—. Hacen eso para ganarse el pan.

—No saben, en esta ocasión, lo que hacen—me respondió—. Les evito una reprimenda y el que estropeen unas cuantas placas.

En espera de que la institución por la cual había sido invitado, la *Voks*, se ocupara de mí, acompañé a Rakovski a *Sofijskaia nabierejnaia*, donde se encuentra la residencia de los diplomáticos, un imponente palacio, donde vivía antaño un rey del azúcar.

—No estarás mal aquí—exclamé yo al entrar.

Mi amigo se contentó con sonreír. ¿Preveía ya los aguazales de Astrakán, que en breve habían de destruir su salud para el resto de sus días?

Nos llevaron directamente al comedor, donde no tardaron en servirno el excelente té que tanto me gusta, acompañado de un copioso desayuno ruso. Seguidamente, Rakovski me introdujo en un suntuoso salón. De una habita-

ción contigua vi surgir a un hombre grueso y de corta estatura, que se movía con abandono; de plácido rostro, pero cuyos ojos incoloros se fijaban en mí con obstinación. Iba en pantuflas, sin cuello, y llevaba una chaqueta y un pantalón de cuatro perras gordas. Lo tomé por un criado.

—Es Litvinof—me murmuró Cristián—. Su mujer da lecciones para poder vivir.

Me sentí ganado de una profunda admiración, la misma a que estaba preparado ya mi corazón por cuanto había oído decir sobre la austeridad de costumbres de los jefes bolcheviques, austeridad—no hay que engañarse—que ha sido real y llevada hasta un grado que desconocen los hombres de Estado burgueses, y que, hasta cierto punto, sigue siéndolo.

Fuí presentado a Litvinof. Nos estrechamos la mano. Y esto fué todo. Bien es verdad que no podía haber nada más, pero estos diplomáticos, que saben las veces que suelen beber diariamente tales o cuales de sus colegas antípodas, no saben lo bastante los ciclones de amor que desencadenan en el alma de un hombre de la calle cuando responden a un Chamberlain lo que había de responderle un día Litvinof en Ginebra:

—Ustedes, los bolcheviques, no piensan más que en los ganapanes que les escuchan.

—Exacto. Son los intereses de esos ganapanes a los que precisamente queremos servir.

Esto le contestó, sobre poco más o menos. Fué una respuesta auténticamente bolchevique. ¿Por qué no manifestar, también, un poco de calor, cuando se es un hombre tan grande y tan simple? Los ganapanes no sólo disponen de un vientre. Estaba escrito que sólo Lenin había de ser ese psicólogo.

Durante más de una hora, asistí, como un extraño, a su frío coloquio, y me aburrí lo indecible. En sus rostros no había el menor rasgo que pudiera traicionar un sentimiento de fraternidad. Eran dos máquinas idealistas, dos máquinas de precisión. ¿Qué darán al mundo?

¿Pan?

La despiadada tenaza de la vida, lanzada a todo vapor, muerde cada vez más en el pobre corazón humano. Entre el grito ronco del hombre de allende el Atlántico, que no quiere más que vivir, y el gemido metálico de la criatura feroz, que no quiere más que vencer, no queda lugar para el sueño. Ni para el amor. Ni para la piedad.

Estás conmigo o contra mí, pero no te metas entre mis piernas. Es la lucha final tragándoselo todo, los medios y el objetivo.

Es preciso andar; sí, es preciso.

Yo ando. Voy con la criatura feroz. Pero sin dejar un solo instante de gritarle al oído que lo que de ella espera el mundo, es la *Justicia*, no la *Victoria*.

## Preludios de fiestas y divagaciones de un hombre solitario

Moscú estaba en ebullición, y no encontraba ya modo de ofrecer alojamiento ni a un ratón que fuera. Y había lo menos dos mil ratones, llegados de todos los rincones de la tierra. Todas las razas. Todos los apetitos.

El Estado más grande del mundo, al mismo tiempo que el más pobre, arruinaba su tesoro para hacer frente al acontecimiento. ¿Podía ser de otra manera, ni podemos hacer remilgos a este respecto? No pretendo sino decir la verdad en el tono de confesión del comienzo, y se me creerá tanto más fácilmente cuanto —ésta es la ocasión de decirlo— que yo mismo tomaba parte en la fiesta.

Bien es verdad que nos encontrábamos ante una colosal tentativa de bolchevización sentimental, basada esta vez en la "generosidad de los espíritus independientes", que habían sido invitados para que vieran al proletariado en pleno trabajo. En modo alguno suscribo semejantes tentativas, y explicaré por qué; pero deben ser aceptadas como un hecho

desde el instante en que admitimos que no es posible realizar el socialismo en un solo país, que es menester tratar de propagarlo por todas partes, y aprovechando todas las circunstancias. El décimo aniversario era una de estas circunstancias.

Los huéspedes invitados con no poca precipitación, eran lo que el mundo de los "espíritus independientes" de hoy les ofrecía de más cómodo y a la altura de los gobernantes bolcheviques; los invitados no podían ver más que lo que se les hacía ver, y decir lo que era de rigor.

Aquí reside la equivocación. Tanto de un lado como del otro, se interpretaba al revés la moral de la máxima rumana, que declara *que aquel que hace lo que puede dice lo que sabe*. Los comunistas hicieron todo lo contrario de lo que podían. Y esto no tenía que darles el resultado esperado. Pero los invitados decían lo que no sabían. Y esto tenía que darles el consiguiente resultado: a un ladrón, ladrón y medio.

Cuando un Estado proletario—que debe ser ante todo moral, y que si es el más pobre es porque quiere serlo—emplea toda su fortuna en la estafa, no puede encontrar en su camino más que estafadores. Y aquí no sólo nos referimos a las fiestas, sino a toda la táctica comunista.

Los astutos idealistas de todos los *Politbureau* y de todos los *Comintern*, pueden jactarse de su sabiduría política y doctrinal, de su ciencia para el levantamiento de las masas; mas para construir necesitan empezar por aprender a fabricar ladrillos, y la clase obrera no puede hacer ladrillos como no sea en el tejar y bajo la dirección competente y responsable de los ingenieros. De esto se trata y no de otra cosa. Pueden recomendarme cuanto quieran a Marx y a Lenin: yo sé que se trata de esto, lo sé por una experiencia y una comprensión de la vida, de que no pueden hablar aquellos que se han pasado la existencia hojeando libros y falsificando el sentido de los mismos.

La clase obrera lo hace *todo* y *todo* se le debe. De acuerdo. También las ovejas se lo deben todo a sí mismas. Sólo que para hacer felices a las ovejas, basta con exterminar

a todos los carniceros de la tierra, comprendiendo al hombre. Pero la exterminación de todos los consumidores de ovejas humanas no bastaría para hacer felices a éstas. Sería preciso enseñarles, por una parte, cómo se fabrica esa complicada hierba que constituye su medio de subsistencia, y, por otra, preservarlas de la metamorfosis inminente de la oveja humana en lobo humano, o inhumano, que no es el caso de los borregos.

Todo el problema se encierra en esto. Y esto no se soluciona excitando los apetitos al grito de:

—¿Quién quiere estar con nosotros? Este es el comienzo de la felicidad.

—¡Yo, yo!—contestará un negro llegado de los confines del Africa para asistir al *Congreso mundial* de los pueblos y razas oprimidos.

—¿Tú? ¡Qué amable eres! *Pojalouista*.

Cogéis a ese negro, lo hartáis, lo exhibís en todos los retablos, le hacéis repetir todas las idioteces, y a seguida, para despertar la admiración del canibalismo mundial, lo instaláis en el trono sangriento de los Romanof y lo fotografiáis.

Todo eso han hecho en Moscú. Yo lo he sabido demasiado tarde. De lo contrario, me hubiera marchado en seguida. Yo veía, como todo el mundo, a un negro de una impertinencia digna de todas las bofetadas. Precipitábase en todas las tribunas, se gargarizaba con todas las palabras altisonantes del comunismo de parada, lanzaba rugidos de bestia a los sones de la *Internacional* y nos obligaba, constantemente, a seguir su ejemplo y a hacer uso de la palabra gritando la victoria de la U. R. S. S.

Era un espectáculo que daba náuseas.

Un mes antes de mi salida de Rusia, al entrar en casa de un fotógrafo de la Tverskaia en busca de unas fotografías para mi pasaporte, vi un gran cuadro. Era el negro. Estaba sentado en un suntuoso sillón, con la cara llena de risa, separados los brazos y las piernas, y en una postura indecente. Examinándolo mejor, distinguí, encima de su

cabeza, y destacándose en relieve, la corona y las águilas imperiales.

—¿No es eso el trono del zar?—le pregunté al fotógrafo.

—Justamente—me respondió éste.

Yo no salía de mi asombro. Pero no fué esto todo. Deseando informarme, me enteré de que el negro en cuestión, miembro del "Partido de Lenin", y tesorero de una organización comunista de negros, había metido mano a la caja de la misma y se había hecho excluir, sin necesidad de ser "oposicionista".

Después de esto, e incluso antes de esto, cierta princesa rusa, bastante bien instalada al lado de un "sabio" comunista "en la línea", podía escribirle a una gran conciencia amiga (para espiarme y después confesármelo, dándome toda clase de excusas), que corrían por Moscú toda clase de rumores sobre mí. No por eso dejaré de manifestar mi convencimiento de que el trono del zar, diez años después de la muerte del tirano, puede ser quemado, si se quiere, en medio de una plaza pública, pero no transformado en un objeto de mascarada mundial. Asimismo, estoy convencido de que, ser princesa, e incluso poetisa, no quiere decir nada, aun añadiendo a estas cualidades la adhesión al comunismo que se estila hoy.

Y en resumidas cuentas, yo no creo que la clase obrera tenga nada que ganar sufriendo que en Moscú se ofrezca hoy el trono del zar a las posaderas de un negro ladrón, y mañana la corona del mismo zar a un gran escritor francés, uno y otro igualmente "en la línea", y que fotografíen a ese negro ladrón y a ese gran escritor, cada cual con un despojo del zar: el negro, bajo su trasero, y el escritor, en sus manos y exhibiéndolo muy alto, en la portada de las revistas, como para decir al proletariado que, puesto que no pueden darle trigo, se contente con eso, que siempre es algo, en espera de tiempos mejores.

No. No es así como debe ser, a mi juicio, un revolucionario.

## En torno a las fiestas del décimo aniversario

*Al llegar, supe que a los huéspedes menos considerables y menos considerados los ponían, dos, tres y cuatro en una misma habitación, pero que, en cambio, los instalaban en los grandes hoteles. Esto me hirió. A mí no me gusta la camaradería impuesta. Demasiado he tenido que sufrirla en otro tiempo. En consecuencia, hice que dijeran a la* Voks *que me conformaba con una buhardilla, en el más pequeño de los hoteles, a condición de encontrarme solo. Si no era posible, ¿qué le íbamos a hacer?*

*Me concedieron esa satisfacción.* Al principio dispuse de una buena habitación en el *Hotel Internacional*, que daba a la Tverskaia. Tenía como vecinos, a mi derecha, a Francis Jourdain y a León Moussinac, que ocupaban la misma habitación. Moussinac estaba enfermo en cama. Jourdain, con expresión cómicamente preocupada, deambulaba, atontado por las visitas que le habían hecho ya y por los discursos en ruso, en alemán y en otros idiomas que había tenido que escuchar pacientemente. En Rusia fuimos buenos amigos, siempre de acuerdo. ¡Qué sabíamos nosotros!

Pues hay que ser justos: un país, y sobre todo un país como ese, no os invita para enseñaros la caja de la basura. Es una estupidez acusar a los comunistas rusos por su encarnizamiento en enseñaros lo bueno que han realizado, y sólo lo bueno. ¿A qué habíamos ido allí, mantenidos, alojados y paseados como pachás, entre Leningrado y Tiflis, a costa de la princesa harapienta? No era, seguramente, para que instalaran ante nuestros ojos sus pantalones zurcidos, a guisa de recuerdos transportables.

Otra cosa es cuando, declarándoos dispuesto a defenderlos a costa de vuestra vida, les pedís cuentas y les rogáis que os digan cuánto cuesta a los trabajadores soviéticos esta edificación de parada, sin omitir el mantenimiento de la formidable jauría de ladradores de la *Internacional*

Pero, hombres dispuestos a defenderlos a costa de su vida, no se hubieran encontrado veinte entre los dos mil invitados a los festejos de octubre. Esto saltaba a la vista. Fuera de algunos hombres íntegros y verdaderamente abnegados, devotos de la causa de Rusia, cuyo modelo, a mi juicio, era el excelente escritor alemán Arturo Holitscher, en compañía del cual recorrí el Cáucaso, los demás no eran más que un hatajo de aprovechados circunstanciales.

Precisamente por esto, el Congreso mundial, desde su apertura, no me entusiasmó lo más mínimo, cosa que declaré inmediatamente escribiendo el artículo *En torno a un Congreso*. Entregado al representante de *l'Humanité*, donde habían cometido la ligereza de publicar como artículos *líderes* algunas entusiastas impresiones de mi llegada, aquel tímido artículo llenó de confusión al pobre redactor. Pierre Naville se apoderó de él y lo hizo publicar en *Clarté*, con una introducción en que, cogiéndome por las piernas, me arrojaba a la cabeza del órgano oficial del partido francés. Esto produjo un rápido efecto de frialdad en nuestras carantoñas de novios jóvenes.

Y, sin embargo, dicho artículo era un elogio de la U. R. S. S. Pero no podía dejar de observar que sus huéspedes le engañaban. La multitud de razas que se apretujaban en el vasto palacio de las columnatas, bajo el fuego enceguecedor de las lámparas y el ruido de los aparatos parlantes, formaba ese mismo caos que se observa en una reunión electoral de gran estilo, con la diferencia de que aquí, a lo menos, podíamos contemplar, en medio de la presidencia, el dolorido rostro de la demasiado resignada Krupskaia, la compañera de Lenin, la única criatura de todo este Congreso que no merecía semejante compañía.

¿Sociedad de los amigos de la U. R. S. S.? ¿Por qué no? Como decía el otro: ¿apoyaríais el dedo en un botón, colocado en vuestra habitación de París, para matar a un mandarín en China y enriqueceros en una noche? Claro está que ser presidente de una sección mundial de los "Amigos de la U. R. S. S." no enriquece a nadie, pero siempre depara ocasión de hacer un gran viaje gratis y percibir, ade-

más, algunos derechos de autor. Uno representa uno de los centenares de alfileres-banderitas rojos, por medio de las cuales la presidenta Kameneva conocía, sobre un mapa colocado en su despacho, las ciudades del mundo que poseen una sección de tales amigos. Bien es verdad que la mayor parte de dichas secciones han dejado de existir ya, como ocurre en Atenas, donde la sociedad se fundó y se fundió, ante mis ojos, la misma semana. Esto no es obstáculo para que la banderita roja siga flotando en el mapa. Y cuando dichas secciones existen, efectivamente, en las ciudades representadas, es todavía peor, pues cuestan muy caras y no producen más que papelotes, que los "Amigos" se cruzan entre sí, de un extremo al otro del mundo, a costa del camarada obrero.

Un periódico parisino escribió que yo había sido elegido miembro de la presidencia de este Congreso mundial. Esto hubiera constituido un gran "honor" para mí, pero creo que se equivoca dicho órgano. De todas maneras, yo no he acudido nunca, como tampoco al Congreso, al cual, por otra parte, sólo la presidencia y pesados oradores asistían rigurosamente, mientras los congresistas pasaban el tiempo en la cantina.

En el Hotel Internacional dije al portero que mi puerta estaba abierta para todos los que quisieran venir a verme. Se tomaban toda clase de precauciones para defenderme contra los "importunos". Los importunos no os hacen pagar nunca demasiado caro el descubrimiento de un hombre o de un hecho, mientras que un aislamiento casi absoluto puede haceros perder el objeto de vuestra vida. Bien es verdad que todo depende del valor de ese objeto.

La práctica de la puerta abierta me ha confirmado, en la U. R. S. S. mucho más que en cualquiera otra parte, la rectitud de este razonamiento. Y si a veces me ha abrumado de minutos aburridos, no por eso he dejado de recoger el grano que había sembrado. Gracias a esta práctica, y a mi manera de acoger a un hombre, conozco hoy las pulsaciones

de la vida por encima de las paredes de mi habitación, si es que puedo decir que tengo una habitación.

La que ocupaba en el Hotel Internacional no me proporcionó más que un desfile de personas amables, en su mayor parte periodistas, que solicitaban artículos de todas las notabilidades europeas presentes. Pero no pasaban de ser amables. Yo, que no abrigada grandes dudas de que las cosas pudieran ser muy diferentes, esperaba, sin embargo, oír una campanada contraria al repique oficial y ver surgir caras menos sonrientes.

Pero no fué así, en aquella habitación. Y pocos días después de mi llegada la abandoné, para que me expidieran a Leningrado con otros invitados. Una semana después, de regreso en Moscú, encontré mis bagajes amontonados en un cuartucho. Entonces me alojaron en el *Hotel Passage*, que se convirtió en mi hotel predilecto durante mi estancia en Rusia, y cada vez que volvía a Moscú. Pero vale la pena de que diga cómo se presentó a mis ojos el mundo soviético, desde los primeros días, en el Hotel Internacional.

Mi testimonio aquí ha de inclinarse apasionadamente a favor de los Soviets, y destruirá, con justicia, no pocas leyendas. ¡Dios, y qué triste resulta tener que conceder con cuenta gotas lo que yo creía que era un himno a la *Nueva Vida!* Pues, de no cegarle a uno la mezquina parcialidad política, tiene que reconocer que los Soviets—mientras persiguen un objetivo determinado—fueron en esta ocasión nobles, generosos y sinceros, como solamente puede serlo la infancia de una vida nueva. Pocos lo comprendieron así, y de todos aquellos con quienes hablé, el más emocionado, sin sentirse por eso beatamente seducido, era Francis Jourdain, contrariamente a la nube de los saltamontes democráticos, que no habían venido más que a roer, con su hambre canina, su insensibilidad, su falso entusiasmo y su ingratitud.

He conocido casos en que las exigencias y la perfidia de los visitantes eran tales e iban tan lejos, que la mejor respuesta hubiera sido darles un puntapié en el trasero. Pero

los rusos, llenos de paciencia, bondadosos, y a veces simplemente por evitar el escándalo, cerraban los ojos, daban satisfacción al bribón, y cumplían con su deber. ¿Verdad que sí, mi honrado camarada Guenkin, a quien no volveré a ver más?

¿No ha habido que pagarles las maletas, los enseres, e incluso las máquinas de escribir que los imbéciles se dejaron robar durante el viaje, a pesar de todos los consejos y de todas las advertencias que se les habían prodigado? Y en el *Hotel Krasnaia*, de Karkov, donde los embrutecidos de toda una delegación angloamericana habían dejado sus zapatos en el corredor, ya entrada la noche, para no encontrar un solo par a la mañana siguiente, ¿no hubo que calzar a una veintena de cretinos, a quienes divertía la aventura hasta el punto de bailar el charlestón en calcetines, en espera del zapatero?

Bien es verdad que semejante robo en el hotel más lujoso de la capital de Ucrania era rocambolesco y tanto más incomprensible cuanto que no hubo medio de echarle mano al Rocambole. Esto no volvió menos loco al pobre guía, responsable de la delegación, el cual hubo de transportar al hotel toda una tienda de zapatos a fin de que cada cual pudiera elegir los que le convinieran, y después arreglárselas para encontrar la respetable cantidad de dinero que exigía aquel gasto imprevisto en su presupuesto.

He dicho que los Soviets fueron generosos. Pero no tanto que pretendieran comprar las conciencias. Esto es falso e injusto. Nadie, ni durante los festejos ni durante mi estancia, vino a proponerme el más mínimo comercio, y si me pongo yo mismo como ejemplo, es porque fácilmente podrá observarse hasta qué extremo se me consideraba de la familia, hasta qué punto había declarado yo mismo formar parte de ella, y cuán precisa les era mi adhesión.

¿Se les abonaban derechos de autor a aquellos que tenían obras traducidas al ruso? Sí, y en las condiciones más normales. Y, a mi juicio, era ésta la menor de las de-

licadezas, por no decir la reparación de un error. Lo mismo hubieran procedido con M. Vladimiro Dekobra, si hubiera estado allí, y, en tal caso, el propio Romain Rolland no se hubiera encontrado en posesión de la cantidad de rublos que representaban los derechos de este escritor, que está a la cabeza de la estupidez literaria soviética en lo que a traducciones respecta. Aun cuando no les plazca a Lunatcharski y al propio interesado.

Respecto a los artículos, que eran insistentemente solicitados, se procedía también de la manera más correcta y retribuyendo a sus autores con la misma normalidad. No se trataba de una consigna excepcional, sino de la aplicación de una norma que sigue siendo la de todos los países del mundo, cuando se produce un acontecimiento y asisten a él publicistas extranjeros. Añadiré que había que andar y esperar mucho en torno de las ventanillas antes de ver el color del dinero.

Los jóvenes entusiastas, ayer obreros en la fábrica, hoy periodistas a la caza del gran reportaje, venían a reclamar imperiosamente el artículo que se les había prometido.

—¿Qué quiere usted que le diga? Acabo de llegar. Lo ignoro todo aún.

—Diga todo el bien que piensa de nuestra revolución y el mal que ha dejado en sus cochinos países capitalistas de los cuales llega. Y además, usted—usted, *towarichtch X*—es de los nuestros; conocemos su rebeldía y debe sentirse aquí como en su casa.

—Sí. Eso sí que puedo decirlo, pero en unas cuantas palabras.

—Eso es: un simple autógrafo. Su saludo a nuestros Soviets.

Vamos allá con los autógrafos: *No os conozco todavía, no he visto nada aún; pero ya he visto que sois grandes, magníficos; si no por lo que habéis hecho ya, al menos por lo que pensáis hacer si se os ayuda. ¡Viva la Unión Soviética! ¡Viva la revolución mundial!*

Escritos así, y a veces incluso más categóricos todavía,

los he hecho a docenas. He dado, asimismo, dos o tres articulitos y otros tantos trozos literarios viejos y neutros, durante los dieciséis meses de permanencia en Rusia, porque era imposible obrar de otra manera y porque pensaba lo que escribía entonces.

## Octubre rojo

Cuando los gusanos hayan acabado de roer mi esqueleto —mis ojos que tanto han visto, mi corazón que tanto ha amado, toda mi carne, tan frenéticamente devastada por las pasiones—, sepan los hombres de entonces que me ha sido dado vivir por anticipado su propia existencia, en mi *Octubre Rojo*.

¿Sospechas, acaso, pobre miseria humana, los tesoros de generosidad que encierras en los pliegues de tu mezquino forro? Si hubiera que juzgarte con arreglo a tu egoísmo, merecerías que te quemaran viva. Pero yo, que me he hundido en tu barro, purificado en tus cascadas, alimentado de tu tierra y bebido en todas tus fuentes, en las más frescas y en las más amargas, conozco tu generosidad devoradora, y te absuelvo. Te acepto y confío en ti.

Pues en mis horas pobladas de valiente soledad, cuando pienso en los amigos a quienes quiero y en aquellos de quienes me he separado; en las mujeres que he acariciado y en aquellas a las que no acariciaré nunca; en los dolores físicos que he sufrido y en los que me esperan, me digo: "Pobre miserable... ¿Qué tirano ha puesto algún empeño en hacerte mejor, aun cuando no fuese más que durante una buena existencia, ni quién puede decir que hubiera perdido totalmente el tiempo? Es verdad: te hicieron levantar las Pirámides. ¿Por satisfacer qué vanidad? No lo sé. Pero puesto que he dado tantas vueltas en torno de esos feos montones de piedras, he llegado muchas veces a preguntarme si no habían sido erigidos a fin de reser-

var a los Faraones el placer de ver un día a las escuálidas inglesas trepar estoicamente, con un *fellah* (1), tirándoles de un brazo y otro empujándolas por sus pretendidas nalgas. Y respecto al objeto a que se refirió el poeta, que escribió sobre las Pirámides que con *su masa indestructible han fatigado al tiempo*, creo que el tiempo hubiera podido pasarse muy bien sin esta fatiga, ahorrándosela, de paso, a los veinte mil esclavos que trabajaron para los ingleses.

"Miserables esclavos... A cuatro mil años de distancia, ya no se os hace erigir Pirámides. Pero construís túneles y "metros", en donde se os obliga a viajar, como si vuestra existencia tuviera que ser negra y privada de aire y de sol, cada vez que recorréis el camino, a la ida y a la vuelta, entre vuestras buhardillas católicas y vuestros presidios fordistas, que es lo único que hacéis, al fin y al cabo, de un extremo al otro de vuestra siniestra vida. Y si hacéis algo más, es divertiros vulgarmente durante vuestros domingos de esclavos, o emborracharos los días de fiesta de vuestra esclavitud, durante los cuales organizan para vosotros estas diversiones: los robos oficiales llamados *carreras*, en las que perdéis el pan de vuestros hijos; los deportes modernos, que no son más que grandes empresas nacionales, donde dejáis los restos de vuestras cortas inteligencias; macabros desfiles por delante de "la eterna llama" de vuestros amos, por delante de su víctima "Desconocida", por delante del cadáver de uno de vuestros ilustres verdugos, cuando os precipitáis en masas compactas para aclamar al bienaventurado instante en que se os permite prosternaros gloriosamente de narices contra el suelo.

"Tristes parias... No os hacen hacer más que eso. Pero ¿qué tirano se ha inclinado sobre vuestras cunas, y, después, sobre vuestros rostros quemados, para deciros: el hombre no es un bruto; su primer deber consiste en ser bueno, justo, humano? ¡Desgraciado aquel que no lo sea! Pues vivir para la Comunidad es realmente vivir, y vivir

(1) Campesino de Egipto.

sólo para uno mismo, es morir. ¿Quién ha tratado de probarnos que el trabajo conduce a otra cosa que al hambre, la explotación del hombre, a la fortuna; el crimen organizado, a la gloria? ¿Qué sátrapa ha construido para vosotros alegres casitas al pie de las montañas, mientras construía al lado el inevitable presidio moderno donde Taylor os dicta la manera mejor de trabajar como idiotas, de vivir como imbéciles y de procrear como onanistas?

¿Qué dictadura ha tratado nunca de convenceros, dándoos un ejemplo, de que el Poder no es más que un cargo honorífico para aquel que lo detenta y un título de reconocimiento hacia aquellos que le obedecen; que las dignidades públicas no encierran más que pesadas responsabilidades y que, ejerciéndolas deshonestamente, están seguros de verse apedreados; que incluso las Artes y las Letras, vocaciones sagradas, no son esas putas de "sleepings" o esas góndolas de quimeras para el entretecimiento de la Comunidad y para la masturbación gloriosa del artista, sino la función moral más alta del hombre, de la cual depende la salud de la Humanidad?

Luego, antes de abrogarse el derecho de condenar a la hez humana a ser quemada viva, ¿qué tiranía le ha ofrecido nunca todos esos ejemplos?

Ninguna. Ninguna, a excepción del *Octubre Rojo*.

En 1917 sopló como una especie de ráfaga nacida de los sangrientos abismos de la generosidad popular, unida a la flor y nata de los hombres.

Un día le pregunté a Rakovski:

—¿Cómo habéis podido, un puñado de bolcheviques, encontraros en todas partes, batiros contra tantos enemigos y vencer en esta sexta parte de la tierra?

—No hemos sido nosotros quienes nos hemos encontrado en todas partes; ha sido la *rebelión*. Ha sido ella la que se ha batido y la que ha vencido. Nosotros no hemos hecho más que darle su expresión, su cara, y entregarnos a ella en cuerpo y alma. Ve a ver a los museos de la revolución los primitivos cañones que los mujiks se con-

truían solos, durante la guerra civil, que estallaban por los dos extremos y que espantaban al enemigo, como no lo ha hecho ninguna *dicke Bertha*.

En aquella época, el bolchevique era un héroe, un titán, un dios. El primero de todos, era el último en alimentarse, y no conocía el descanso. Su pecho sentíase devorado por el brasero de la fecundación, que debía ennoblecer la vida. Para él, nada; todo para la Comunidad. Y hasta de crímenes de injusticias y de innobles barreras entre los hombres. Estos, aun cuando hubieran debido perecer en sus tres cuartas partes en el cataclismo de este impulso generoso, tenían el deber de arrancarles a sus propias entrañas el niño que debía dejar de ser para siempre un monstruo humano.

Esto fué el *Octubre Rojo*.

Yo he visto festejar su décimo aniversario y he llorado de alegría. He llorado, sencillamente.

Mezclado a la muchedumbre, sin invitación especial ni asiento reservado, he luchado como todo el mundo por conquistar un peldaño que me permitiera abarcar el conjunto de la plaza Roja, donde estaban todos reunidos, donde todos los gustos veíanse colmados, sin exceptuar la estupidez.

Esta encontraba su cuenta en la exhibición, oficialmente organizada, de las ridículas mascarillas de Chamberlain, de Briand, de Mussolini, ante las narices del cuerpo diplomático. Si lloraba, esta mascarada no podía, sin embargo, sino hacerme llorar de despecho, así como el gran despliegue de las fuerzas militares rojas, cuya verdadera fuerza era exactamente lo contrario de lo que nos enseñaban. Pues el bolchevismo no ha triunfado en la U. R. S. S. gracias a los furiosos cosacos armados de irresistibles lanzas; y el día en que no tengan más que lanzas para atravesar el corazón de los hombres, sus días estarán contados.

Afortunadamente, nos encontrábamos allí con la idea, con el sentimiento, con el impulso del porvenir. Veíamos

allí la imagen de lo que será el mundo el día de su liberación total, pues por la plaza Roja desfiló millón y medio de seres humanos, mostrando otros tantos rostros, que el fuego de la generosidad transfiguraba como no hubiera podido hacerlo ninguna exaltación religiosa. Aquellos seres morirían hasta el último, por que la llama que los devoraba ganara a toda la tierra. Y la humanidad no hubiera sabido resistirles.

Partiendo a millones, a decenas de millones, como podían contarse aquel día en toda la *Unión Soviética*, partiendo con las manos vacías y los rostros llameantes, no hubiera habido ejército capaz de contenerlos, y todos los egoísmos se hubieran fundido ante la llama de su generosidad, si es verdad que nada resiste a aquel que hace el don de su vida.

Deambulé, muy entrada la noche, por todo Moscú en fiesta. Ya no veía al ejército ni a los oficiales por parte alguna; y, sin embargo, los torrentes humanos continuaban afluyendo hacia la plaza Roja. En un grupo que precedía a un carro simbólico, que representaba al globo terráqueo con las ligaduras de verdaderas cadenas, sobre las cuales daba martillazos, con todas sus fuerzas, un niño, hasta romperlas, reconocí a un obrero rumano, que había hecho la guerra civil en Ucrania.

—¡Cómo!—le dije—. ¿Ya no se acuesta esta noche?

Me saltó al cuello y me abrazó.

—No, hermano mío; ni esta noche ni nunca. ¡Qué grande es lo que hicimos aquel día del *Octubre Rojo* de 1917!

## Al día siguiente del octubre rojo

Nada se libra—¡vive Dios!—de la suciedad, de cuanto sale de las manos del hombre. Pobre, pobre mundo... ¡Si el diablo pudiera llevársete pronto para que no se hablara más de ti!

No más tarde del día siguiente de estas grandes jorna-

das del aniversario, reventó ante nuestros ojos uno de los tumores de la revolución: Ioffé se saltaba la tapa de los sesos en señal de protesta contra los malos tratos de que habían sido víctimas sus amigos los oposicionistas, durante los festejos. Este lamentable suicidio de un bolchevique, que nos era conocido desde las jornadas de Brest-Litovski, heló nuestros corazones. Luego había, también, al lado de los festejadores, trágicos perturbadores?

Ya nos dimos cuenta de ello, el mismo día de la gran parada, cuando la oposición dejó oír su voz y fué casi aplastada. Habíame encontrado personalmente mezclado a la pelea que se produjo debajo del balcón donde me encontraba y desde el cual los jefes oposicionistas trataron de dirigir la palabra a la muchedumbre. Yo pude escabullirme a tiempo, en el preciso instante en que los guardias a caballo se abrían paso entre la muchedumbre y en que, con dureza digna de verdaderos guardias rojos, disolvían a unos manifestantes tan rojos como ellos mismos. Nos enteramos de que en Leningrado la cosa había tenido mayor importancia: había habido verdaderos combates entre hermanos, durante varias horas.

Una seria duda se apoderó entonces de mi espíritu: ¿qué era, después de todo, aquella oposición? ¿Qué quería? ¿Y por qué no le permitían que se expresara desde la tribuna o en los periódicos?

Otro hecho, todavía más indignante que el anterior, vino a escandalizar a todos los delegados o invitados honrados. El poder hacía publicar, expresamente para nosotros, un periódico de circunstancias, impreso en tres idiomas: francés, inglés y alemán. Este periódico nos ponía, de un modo somero, al corriente de cuanto ocurría por el mundo. Pero nos hablaba mucho más extensamente de la oposición "trotskista" y de Trotski, con un odio tal, que nos dejó asombrados. Por primera vez leíamos los calificativos de "traidores", de "blancos", de "contrarrevolucionarios", de "mencheviques", etc. Nos referían un cuento insulso sobre una supuesta "imprenta clandestina" creada por

Trotski en cuya dirección había colocado a un ex oficial vrangeliano.

Esto me sacó de quicio. Con el periódico en la mano, me fui a buscar al "comandante" del equipo, del cual formaba parte, y le dije:

—Es una vergüenza que publiquen ustedes tales mentiras para que las lean los extranjeros. Si son ustedes inocentes y el asunto de la imprenta y de su oficial blanco es verdadero, deberían fusilar inmediatamente a Trotski. Y ni siquiera lo han detenido ustedes.

¿Cómo iban a detenerlo? La "imprenta" en cuestión se reducía a una multicopista, y el oficial vrangeliano a un agente de La Guepeú. ¡Qué fraternal porquería!

Pero en aquellos momentos no entreveíamos esta porquería más que a través de estos incidentes, que no eran para nosotros sino cuestioncillas políticas y costumbres revolucionarias rusas: divergencias de opinión sobre los problemas de los *kulaks*, sobre la industria pesada o ligera, el régimen político interior y la opresión cordial. Los pocos oposicionistas con quienes entonces mantenía relaciones me hablaban de estas cosas con mucha prudencia, pues me veían aceptarlo todo lleno de confianza. Se deslizaban entre nosotros, silenciosos, melancólicos, escuchando mucho, hablando lo indispensable para eludir una respuesta categórica, y sin permitirse denigrar a nadie ni nada. Hubiérase dicho que eran extranjeros o sombras con las bocas cosidas. Ahora los comprendo mejor, y sobre todo aquellas miradas tristes que clavaban en mí los mejores de ellos cuando me oían decir:

—¡Por fin creo que podré trabajar aquí con mucho mayor provecho que en Francia! Estamos en nuestra casa. Vamos en línea recta hacia el gran objetivo: la revolución mundial. Yo acabaré aquí mis días.

Este lenguaje no era capaz de granjearme la confianza de aquellos que conocían la situación mucho mejor que nosotros. Pero ya tenía mis momentos de reacción, con motivo de las visitas al galope, las insoportables arrega

kilométricas y el incienso de la *Internacional*, que me abrumaban literalmente.

Siempre he sentido una profunda adversión hacia la parada, cualquiera que sea. Y durante aquellos días de fiesta no asistíamos a otra cosa. Y si los primeros días pudo impresionarme, al cabo de una semana estaba ya fatigado. Fábrica tras fábrica, museo tras museo, hospital tras hospital, escuela tras escuela, banquete tras banquete. Y, por todas partes, los mismos interminables discursos. Y en no pocas circunstancias—reuniones, congresos, conferencias—, cada orador era saludado, al final, con la misma música, que todo el auditorio tenía que escuchar de pie. La primera vez me sentí oprimido por la emoción. Aquello era sencillamente grandioso. A la segunda vez, ya no sentí nada. Había sentido la víspera cuanto hay que sentir. A la tercera vez ya no pude más, y me aburrí.

Los hombres poseen, respecto de los animales, la superioridad de convertir en seguida en cosas banales lo que constituye la grandeza de la vida.

Hubo otro aspecto de la *parada* que contribuyó, también, a alejarme. Observé que por todas partes a donde nos llevaban, los comités de recepción estaban compuestos, generalmente, de personas insoportables. Mientras los unos os conquistaban con su franqueza, su simplicidad y su pureza, los otros tracionaban su falsedad y su arrivismo.

Más de una vez me he encontrado ante verdaderas asambleas, a las que la gente oficial no había dejado penetrar más que a esta canalla llena de sucias intenciones y que manifestaban un entusiasmo de encargo. Sus declaraciones de amor me ponían enfermo. Y era menester, de mejor o peor talante, contestarles en el tono empleado por ellos.

Empecé a esquivar de la compañía de mi equipo y de su "comandante". Prefería vagabundear solo o con un acompañante simpático. La calle, con su muchedumbre, llevando un pan bajo el brazo, con el rostro natural, franca la mirada, la conversación sincera, me reconfortaba. Después me encerré en mi habitación, a donde venía no

poca gente a hablarme de una serie de cosas, sin dar aún rienda suelta a sus lenguas. Había dado, así, el primer paso.

No pasó desapercibida esta actitud. Y me observaron:

—No le hemos invitado a usted para que se encierre en su habitación ni para que se aisle de su grupo. Es preciso verlo todo, como todo el mundo.

Contesté:

—No tengo ninguna prisa. Su "todo el mundo" se marcha. Yo me quedo. Considérenme como a un ciudadano soviético. Si ustedes lo desean, dejo inmediatamente de ser un "invitado". Dispongo de medios para vivir.

Las Ediciones del Estado, en efecto, me pedían que firmara un contrato concediendo la exclusiva, ofreciéndome un anticipo de mil rublos. Tenía mil rublos más en el bolsillo. Además, mis ocho libros se vendían por decenas de miles de ejemplares. La película realizada con *Kyra Kyralina*, sin consultarme, por Voufkou, constituía una pequeña fortuna, que no se me había abonado aún. Luego podía vivir muy bien sin necesidad de la protección oficial.

Pero tenía que aguantarme todavía por espacio de tres semanas. Organizábanse magníficos viajes al Cáucaso: Moscú-Ucrania, Georgia, el Mar Negro... Me invitaron a formar parte en uno de ellos, en compañía de diecinueve delegados más, y siempre a costa de la harapienta princesa.

En la estación nos esperaba un vagón *miakhki*, del cual no debíamos separarnos más que al final del magnífico sueño. Dos "comandantes", que debían servirnos de guías recorrían todo Moscú a fin de reunir, a la misma hora de salida, a todos los plumíferos.

¿Creéis que no había motivos para ponerse a gritar *viva el comunismo?* ¡Qué lástima que no pudiéramos gritar todos en la misma lengua! Nos hubiéramos entendido como se entienden los ladrones en la feria.

## Un compañero de ruta

Nada quiero decir de este primer viaje a la Transcaucasia, pues teniendo que hacerlo de nuevo un año más tarde, y de manera extraoficial, hablaré de él entonces. Pero le debo uno de los más bellos encuentros de mi vida, y al explicarte, lector, en qué consistió ese encuentro, haré una nueva digresión, pero te demostraré, si acaso eres misántropo, que la vida vale la pena de ser vivida, aun cuando haya instantes en que te obligue a chillar como si te hubiera picado una víbora.

Mi historia no tiene mucho que ver con Rusia; pero, de todas formas, se me acusará de no haber hecho más que tantear, explorar el terreno. Sí, mis buenos señores del lápiz rojo y con un cerebro lleno de leche cuajada, sí: a mí me gusta explorar el terreno. Traten de explorarlo también ustedes, con su corazón flácido como una boñiga blanda: al primer contacto con la hierba en llamas de ese terreno, se quemarán ustedes el culo. Pues los campos preferidos de mi fantasía los ha arado el diablo con su inmensa y pesada cola y los ha fecundado Dios con su ardiente simiente. Todo llega profusamente, menos la flor muerta de vuestros pensamientos de eunucos.

Pero, entre este todo, es el amor al hombre, la pasión por el amigo, lo que crece allá abajo, como un roble, cuya copa rozará los astros, y cuyas raíces se hundirán en el fuego de la tierra.

Hombre con el rostro llameante de deseos... surcado por las angustias... pletórico de generosidad... Hombre que surgiste en mi camino con tu existencia milenaria: yo no soy más que un infiel, pero cuando tomo tu rostro entre mis manos y lo contemplo, hasta tal punto bebo tu fuerza, que puedes volver después a tu valiente soledad y pensar en nuestro encuentro durante toda tu vida. Pues en ese minuto te he vaciado como tú mismo me has vaciado. Me

has dado tu masa de amor, con la que no sabías qué hacer, y yo te he dado la mía, que me abrumaba.

¿Existe algo más en la vida? Para mí, no. A menos que sea la amargura de la separación, absurda como una máscara sobre un rostro humano.

He aquí ahora el hermoso encuentro;

En medio de un hormiguero de invitados, entre los cuales me daba a buscar, en vano, unos ojos que denotasen vastas pasiones, surge un buen día un hombre en mi habitación. Es grande. Su cuerpo, de asceta carnal, parece ser víctima de un combate, unas veces jovial y otras sangriento, con las garras de todos los deseos. La luz que flota en su rostro destrozado es la de un hombre cuya fe le quema las entrañas. Sus ojos, desmesuradamente abiertos, son movibles como el mercurio. Su mirada penetra, atrae y aleja mil cosas en un minuto. La boca ha mordido en todas partes, escupido cuanto ha mordido, y continúa mordiendo. La nariz se abre y se cierra, constantemente, ante todos los olores.

El hombre empieza a hablar. Quiere ser banal, como lo exigiría la circunstancia que nos une, pero hunde en mi rostro las lanzas de su mirada, e inmediatamente sus palabras abordan la universalidad, mientras que sus brazos descarnados se alargan para coger las quimeras.

Me doy cuenta en seguida de que tengo que habérmelas con un hombre más fuerte que yo en no pocos dominios, y sobre todo en el de las visiones del pasado y en el de las conjeturas sobre el porvenir.

Encontrábame en cama, seriamente enfermo desde hacía tres días. Le tiendo la mano. El la coge. E instantáneamente dejo de sentirme enfermo.

—Espérame—le digo—; quiero acompañarte. ¿Quién eres?

—Soy el cretense.

—¿Luego me conoces?

—Sí. Tú eres el cefalonita. Después de los cretenses

los cefalonitas son los hombres de Grecia a quienes más quiero. Son superiores en raza a los demás.

Y me describió a aquellos hombres de raza, mientras caminábamos: los de Grecia, y los de toda la tierra. Sacábase todo aquello como se saca una cerilla del bolsillo cuando éste está lleno.

—¡Qué lástima!—le dije—. Tenemos que separarnos dentro de un par de días.

—Se estremeció, y esto me gustó.

—¿Adónde vas?

—A Transcaucasia.

—Yo también voy, como tú.

Y partimos.

En el vagón-dormitorio, tendidos los dos en los asientos del mismo compartimento, las inmensas estepes nos hundieron en su nada, poblada de cuentos inverosímiles. Transcurrían las horas de marcha voluptuosa. Parábamos en las estaciones para alimentar a la bestia. Bajamos, aquí o allá, a fin de hartarla o de engañarla.

El cretense estaba ocupadísimo: lectura, escritura, reflexión, sueño. No hablaba con nadie. No respondía a ninguna alocución, a pesar de las insistencias. Era refractario a las visitas a las fábricas u hospitales. A cada instante se escabullía para recorrer los museos, las viejas iglesias, la calle. Pero lo que más ardientemente buscaba era el documento humano, el héroe. ¡Con qué fuerza se arrojaba sobre todas las ilusiones, para descubrir, a veces, una radiante realidad! Jamás he conocido un hombre dotado de mayor sed de pureza y de heroísmo que él.

Nacido de un campesino cretense, con puño de hierro y con la caja de caudales llena de libras esterlinas, habíase abrevado de toda la sabiduría antigua, de toda la ciencia moderna, y después se había separado de su padre, de su clase, de la propia sensatez para adherirse al bolchevismo, en sus comienzos entonces, y todavía heroico.

—Es el porvenir del mundo—me decía—. El bolche-

vismo no es el comienzo de una *civilización nueva*, sino el fin de esta en que vivimos. Por eso precisamente hay que ayudarle a precipitar en el *abismo* a esta vieja cocota cargada de pretenciosas *frivolidades*.

"Todo son frivolidades hoy. Y lo que no lo es, resulta todavía peor: un peso muerto que impide todo nacimiento. Yo a poco más perezco bajo ese peso. Las cinco décimas partes de lo que me hicieron aprender, me son nocivas; las cuatro décimas, inútiles; sólo la décima parte me sirve de una manera bienhechora.

"Visita a todas las *grandes conciencias* de nuestro tiempo. Salvo raras excepciones, no son más que arlequines. Saldrás de tus visitas con las manos vacías.

"Sí; el bolchevismo está llamado a destruir toda esa mezcolanza de falsos valores.

"Lo único que temo, es que no sepa responder a su misión; que empiece a comer y a ponerse pesado antes de tiempo. Su desaparición prematura entregaría al mundo a la más asquerosa masturbación intelectual.

"Apretemos las correhuelas de este látigo e impidamos que se reblandezca. Y que haga reventar todas las pieles, así la del filósofo como la del ogro.

"Después, ya veremos".

No he hecho más que resumir, de manera un tanto coja, un vasto pensamiento largamente madurado. El día en que mi cretense se decida a hablar él mismo, con pruebas en su apoyo, ese día encontrarán ustedes lo que se merecen, señores. Pues existe en el bolsillo de su chaleco todo aquello que ustedes no han conseguido meterse en el cráneo, y ante lo cual tendrán ustedes que ceder.

¡Ah, ignominioso mundo, gobernado por hombres fríos! Ni siquiera está regido por los hombres de negocios, que por lo menos serían ardientes creadores de empresas, geniales organizadores de la energía humana; por esos hombres que, con una mano, arrancan a la tierra su abundancia, y con la otra, se la arrojan a la cara de la humanidad hambrienta.

El cretense era uno de esos hombres. Se alimentaba con una sopa, una libra de patatas o una sardina. Su equipaje: diez kilos, con los cuales pensaba dar la vuelta al mundo. Su mansión: un camastro miserable. Pero sus deseos: todo un universo. Y su compañía: una felicidad devoradora.

Yo le debo aquella especie de culto que sentía hacia el lamentable lodazal humano, obligado a evolucionar incesantemente a costa de sangrientas sacudidas. En el bolchevismo veía el drama más digno de nuestra veneración, aquel que había repercutido en el propio cerebro de las poblaciones salvajes, inclusive.

—Tú, cefalonita—me decía—. Juremos no levantar jamás nuestra mano contra el bolchevismo, aun cuando un día nos echase a presidio. La humanidad le deberá mañana su liberación total. No realizará si no muy poco de lo que promete; pero lo promete todo, incluso lo imposible, y esa es la audacia que necesita nuestro siglo timorato. Recuerda la historia de los chuvaches.

"Inmediatamente después de terminada la guerra civil, una abigarrada delegación de chuvaches visitó al comisario del pueblo en la Instrucción:

—¡Hola!—dijo éste—. ¿Habéis constituído vuestro soviet? Contadme todo lo que habéis hecho.

—*Tovarichtch* Lunatcharski—exclamó el jefe de la delegación—: hemos constituído nuestro soviet. Después hemos arrojado a los popes que el *tasar* nos había impuesto y hemos hecho volver a nuestros *chamans* (brujos), que vivían en los bosques.

—Sustituir a un pope con un brujo no constituye un gran progreso—replicó el comisario—, pero habéis hecho lo que os ha dado la gana. Y la libertad es eso. Lo demás ya vendrá después, y a vuestro pesar.

# En Atenas

Volvimos del viaje al Cáucaso como un hierro candente. Pueblos y más pueblos de pie, delirantes, recibían a las delegaciones, una tras otra, como jamás se ha visto en el mundo. Era imposible ver a las masas descontentas, pues eran ellas las que nos recibían y festejaban. Los más miserables, aquellos a quienes el régimen alejaba de su mesa, venían, por su propio impulso, a saludarnos, con el vientre vacío, y a gritarnos su alegría y su confianza en el porvenir.

Entonces decidí, de acuerdo con el cretense, abandonar Rusia por algún tiempo y demostrar inmediatamente nuestra adhesión desinteresada al bolchevismo. Pero, ¿a dónde ir? Naturalmente, a nuestros Balcanes. Y para empezar, a Grecia.

De dinero disponía yo como jamás he dispuesto en mi vida: tres mil rublos. Y eso que no había cobrado mis derechos de autor más que de dos libros y una traducción ucraniana, a los cuales habían venido a añadirse una bagatela de mil rublos, que *Voufkou* consintió en abonarme por mi película *Kyra Kyralina*. Esto solucionaba mi situación.

Llegamos a Odessa, en medio de los hielos siberianos, el 25 de diciembre de 1927, y antes de embarcar redactamos una carta para Stalin, cuyo texto, desgraciadamente, no he conservado, pero en la que le decíamos:

*Somos dos hombres dispuestos a cortar todos los puentes detrás de nosotros (por mi parte no he conocido nunca puentes). Queremos entregarnos a la causa proletaria, sin otro interés que el que nos inspira nuestro ideal. Tenemos con qué vivir y nada le pedimos. Pero solicitamos su concurso legal para que se nos abran todas las puertas y para que podamos verlo todo. En caso de necesidad, estamos dispuestos a aceptar uno de sus hombres que viva en nuestra más estrecha intimidad y nos acompañe a todas partes, pues*

*no disponiendo más que de un camino, nada tenemos. Para probarle nuestra franqueza, nos dirigimos ahora a Grecia, donde gritaremos nuestro entusiasmo por todo cuanto hemos visto en la U. R. S. S. Después volveremos, a fin de vivir y aprender a luchar.*

Esta carta, que certificamos, está esperando todavía por la respuesta de Stalin. Y si ustedes me dicen que soy un imbécil, les replicaré que Stalin es, efectivamente, Stalin; es decir: un hombre que necesita algo más de lo que nosotros le ofrecíamos.

Pero que sepa, sin embargo, que jamás hubo dos hombres que le hicieran ofrenda de sus vidas de una manera más desinteresada.

¡Ay, pobre cretense mío! Lo que necesitan los gobernantes no son leones, sino perros. Sólo tú, ideal humano, necesitas héroes, y los encontrarás, a millares y millares, que resurgirán de sus propias cenizas y te servirán. ¡Y saldrás vencedor! Vencerás, a pesar de los gobernantes y de sus perros, pues la humanidad puede vivir sin pan y sin fuego, pero no puede vivir sin ti, bienhechor Ideal, sal de la vida y calor de nuestra alma. Beso aquí tus pies ensangrentados, tus manos que han tocado un segundo las pezuñas de tus verdugos, y estoy dispuesto a sacrificar la parcela que me han donado, a costa del sacrificio de mi vida.

¡Carnaza gobernante!

Pero, de momento, dejemos a un lado el veneno. Todavía me encuentro en Odessa, abrasado por la más hermosa de las llamas. Beso a todo el mundo, y a la brisa que me flagela el rostro. Sin ropa de abrigo, sólo con mi gabán de todo tiempo, a pesar de mis tres mil rublos. El cretense se ve obligado a dejarme su forro de pieles. Y corremos en trineo por las calles transformadas en pistas de patinar; corremos durante todo el día, de institución en institución, pues llegamos la víspera del día de nuestra salida, y no disponemos de asientos en el tren, ni de dinero cambiado. Obtenemos los asientos; pero cuando tratamos de cambiar todo nuestro dinero, nos mandan a paseo. Y está muy bien,

sin duda, que manden a paseo a todos aquellos que quieren exportar sus rublos; pero quizá fuera más prudente no mandar a paseo tan sólo a aquellos que no saben llevar a cabo las necesarias gestiones.

Tratamos de hacer intervenir, por telégrafo, a la propia Comisión de Hacienda de Odessa. No tenemos intención de comprarnos un castillo con este dinero. Pero la respuesta no llega, y salimos con lo que el Banco concede, con arreglo a la ley, a todo el mundo: ciento cincuenta dólares por persona. El resto lo dejamos en el Banco de Odessa.

¿Qué importa? Dinero no falta en parte alguna. Se lo ofrece a uno incluso allí donde va a llevar su llama bolchevique. Y Grecia, que es fascista, me dará veinte mil dracmas, también por mis derechos de autor, pues no vayan ustedes a figurarse que yo pueda ser a la vez bolchevique y fascista, cuando grito mi cólera al llegar a Atenas, visito a los comunistas presos, a los tuberculosos a quienes se asesina poco a poco, y cuando doy una conferencia que provoca mi expulsión. No deben creer esto ustedes, que me creen ya vendido a los Soviets.

¡Señor, qué destino el mío!

En el activo de mi vida habría que inscribir, aquí una de las páginas más grotescas.

¿Grecia? Un pueblo valiente como todos los pueblos, más generoso y más avaro, a la vez, que todos los demás, según lo que exijáis de él. Yo no venía a pedirle nada. Nada más que volverlo a ver después de quince años, conocer sus nuevas llagas, y decirle, respecto a los remedios, mi pensamiento. ¿O es que ya no hay medio de decir lo que uno piensa en nuestros tiempos?

No. No se puede.

Para empezar, casi toda la prensa de Atenas vino a saludarme, como no lo había hecho nunca, ni siquiera en Moscú. Yo saludé, a mi vez, a la patria de mi padre, a sus presos, a sus desterrados, sus sufrimientos. Tales fueron mis dulces saludos del Año Nuevo griego; saludos a que

respondieron los saludados con una avalancha de telegramas y de cartas en que se me invitaba a hablar.

Me dirigí, ante todo, al *Elefteron Vima*, el primer periódico de Grecia. Su director me declaró su huésped. Me sentí muy honrado, como en Moscú. Me gustan los grandes portavoces, a condición de que en ellos se me permita chillar. *Vima* me lo consintió todo, si bien poniendo sordina a mis gritos. Alianza bastarda. Sin embargo, el automóvil de este órgano, después de los automóviles bolcheviques, me paseó por los más bellos alrededores de Atenas, y después volvió a dejarme en mi hotel, donde fui blanco, desde el día siguiente, de los más feroces ataques.

Jamás me vi tan injuriado como lo fui entonces. No encontré ningún periódico, o casi ninguno, que me defendiese. El órgano oficioso del Gobierno, *Estía*, llegó a tratarme, en un editorial, de *pousti*, que quiere decir *bujarrón pasivo*. Comoquiera que no lo soy, ni *pasivo ni activo*, me negaba a dar crédito a lo que leían mis ojos, no obstante mi conocimiento de las costumbres balcánicas, y de las costumbres griegas, sobre todo, en un ambiente en que los chicos de las mejores familias se arrojaban la palabra *pousti* a la cara, ante las barbas de sus padres, como unos *fistikia*.

Después de la prensa, llegaron las injurias al Parlamento. Y entonces, para demostrarme que toda Grecia no estaba contra mí, el ministro de Agricultura, Papanastasiu, me defendió desde la tribuna, con el prefacio de Romaind Rolland en la mano, y vino después a invitarme a una velada íntima, organizada en mi honor.

¡Nunca lo hiciera! Esto, y, por añadidura, un rencor político, hicieron que el bueno del hombre perdiera su cartera.

Yo seguía con la mía, a pesar de que no había quien la quisiera. Y llegó la conferencia de la Alhambra, que a poco más degenera en batalla callejera. Una visita a los bolcheviques presos que clamaron su fe en las luchas del proletariado, y otra a *Sotiria*, casa de los muertos que no conoció Dostoievski, fueron como aceite arrojado al fuego. Abrióse una instrucción judicial contra mí, contra el cretense y

contra el Prof. Glinos, organizador de la conferencia. Esto nos permitió hacer una profesión de fe bolchevique; pero la policía se permitió señalarnos un plazo de ocho días para que abandonásemos Grecia.

Dejé en pos de mí tales sufrimientos, que sólo podrían encontrar un lugar digno en una gran epopeya de nuestros tiempos de horrible terror. Para qué hablar de civilización cuando, al pie mismo de la Acrópolis, se arroja a los hombres entre las rocas de unas islas habitadas tan sólo por algunos pastores miserables a los que se impone la orden de dejar morir de hambre a los desterrados, a esos comunistas, a esos "hombres que se acuestan con sus hermanas" y afirman que la Virgen no fué más que "una simple mujer". ¿Para qué hablar de ciencia, de piedad, de asistencia a los enfermos, cuando, cerca de Atenas, *Sotiria* no es más que una fila de barracas mortuorias, donde centenares y centenares de tuberculosos de todos los grados se escupen a la cara, luchan contra el frío y la lluvia, se alimentan como ni aun cerdos querrían alimentarse, se arrancan la miseria, los piojos, y persiguen a las ratas; gritan en vano su desesperación de fantasmas y esperan lamentablemente el día de la suprema liberación?

¿Por qué no quieres, pues, hermano obrero, plantar fuego a este mundo y mostrarte capaz de crear otro mejor, ya que eres tú quien pagas el primer tributo del sufrimiento en el calabozo y con una muerte innoble?

## Regreso a la Patria del proletariado

El espectáculo de la Grecia terrorista borró en el fondo de mí mismo los pocos males que conocía sobre el régimen soviético en aquel comienzo de 1928. Me entregué más que nunca a la obra bolchevique. Sólo de ésta esperaba la salvación del mundo que trabaja y que sufre. Volví a su ardiente suelo con la resolución de quedarme allí. Y,

para mayor limpieza moral, me traje a mi compañera, que posee un carácter de una sola pieza. Mejor que yo y mucho más reflexiva, aun cuando sea mucho más joven, me servirá de gran ayuda en mis momentos de debilidad, de cólera o de incomprensión.

Ahora somos dos para ver y sentir, en espera de que el cretense y su mujer se unan a nosotros y constituyamos un bloque de cuatro conciencias al servicio del mismo ideal.

Desembarcamos en Odessa, con un frío que partía las piedras, vestidos con una ropa imposible en tal país, y que nos obliga a atrincherarnos en nuestra habitación del hotel. Los periodistas, los fotógrafos, los operadores cinematográficos salen a mi encuentro, advertidos por el aparato de T. S. H. del "Chicherín", que anuncia a la U. R. S. S. mi expulsión de Grecia. Siento por doquiera, afortunadamente, que han terminado los festejos. Las calles ya no están empavesadas; la instalación de los escaparates es menos fastuosa; ha desaparecido el ir y venir de la gente. De esta vez me encuentro en la patria soviética de todos los días, que es la que nosotros queremos, la que necesitamos.

Pero, por vez primera, tengo que pagarlo todo. Me entero del valor del rublo: medio dólar. La habitación, apenas habitable con una mujer—no hay agua caliente ni la mejor jofaina—, cuesta de cinco a siete rublos diarios, sin contar el impuesto. Una comida para dos, en el hotel, de cuatro a cinco rublos. Al cabo de una modesta semana, me he gastado ciento cincuenta rublos, comprendiendo todos los gastos. Llevamos una vida de *nepmans*. Como quiera que yo no lo soy, solicito la reducción que se concede a los inmigrados políticos, entre los cuales creía encontrarme. La pido suavemente, pues me horrorizan los regímenes de favor, y me entero de que hay que llenar mil formalidades, llevar a cabo las más aburridísimas gestiones, exponerme a tropezar con una negativa o, en el mejor de los casos, no llegar a obtener más que una reducción del 6 por 100. Renuncio a toda gestión. Ya que no me es posible vivir como inmigrado, viviré como *nepman*,

para mayor limpieza moral, me traje a mi compañera, que posee un carácter de una sola pieza. Mejor que yo y mucho más reflexiva, aun cuando sea mucho más joven, me servirá de gran ayuda en mis momentos de debilidad, de cólera o de incomprensión.

Ahora somos dos para ver y sentir, en espera de que el cretense y su mujer se unan a nosotros y constituyamos un bloque de cuatro conciencias al servicio del mismo ideal.

Desembarcamos en Odessa, con un frío que partía las piedras, vestidos con una ropa imposible en tal país, y que nos obliga a atrincherarnos en nuestra habitación del hotel. Los periodistas, los fotógrafos, los operadores cinematográficos salen a mi encuentro, advertidos por el aparato de T. S. H. del "Chicherin", que anuncia a la U. R. S. S. mi expulsión de Grecia. Siento por doquiera, afortunadamente, que han terminado los festejos. Las calles ya no están empavesadas; la instalación de los escaparates es menos fastuosa; ha desaparecido el ir y venir de la gente. De esta vez me encuentro en la patria soviética de todos los días, que es la que nosotros queremos, la que necesitamos.

Pero, por vez primera, tengo que pagarlo todo. Me entero del valor del rublo: medio dólar. La habitación, apenas habitable con una mujer—no hay agua caliente ni la mejor jofaina—, cuesta de cinco a siete rublos diarios, sin contar el impuesto. Una comida para dos, en el hotel, de cuatro a cinco rublos. Al cabo de una modesta semana, me he gastado ciento cincuenta rublos, comprendiendo todos los gastos. Llevamos una vida de *nepmans*. Como quiera que yo no lo soy, solicito la reducción que se concede a los inmigrados políticos, entre los cuales creía encontrarme. La pido suavemente, pues me horrorizan los regímenes de favor, y me entero de que hay que llenar mil formalidades, llevar a cabo las más aburridísimas gestiones, exponerme a tropezar con una negativa o, en el mejor de los casos, no llegar a obtener más que una reducción del 6 por 100. Renuncio a toda gestión. Ya que no me es posible vivir como inmigrado, viviré como *nepman*,

salvo en ciertas Repúblicas, que consienten en considerarme como su huésped.

Porque estos pueblos son acogedores y hospitalarios, como no hay otros en la tierra. En la mesa más modesta, en la choza del último desdichado, hay siempre un sitio para otro todavía más desdichado o para el visitante que llega de improviso. Esta generosidad explica su inagotable capacidad de resistencia ante el mal. La ayuda mutua se practica hasta un grado desconocido en Occidente, y ha sido necesario que una doctrina de Estado, desprovista de sentimientos, viniera a enfriar los corazones, a embrutecer las razones, a exasperar los egoísmos, para que veamos producirse esas sintomáticas irrupciones de odios colectivos, que llegan, entre hermanos miserables, hasta la delación en masa y hasta el crimen.

Aquí—mucho antes de que conozca la verdad, cosa que no sucederá sino bastante después, y, en todo su horror, cuando ya he salido de Rusia—debo advertir al lector que estos conflictos intestinos y su fealdad, estos dramas sociales con toda su crueldad, esta degradación moral, única en el mundo, de grandes capas populares, constituirían la única documentación que me interesa, la única que conoceré a fondo y que traigo conmigo de la U. R. S. S. Ella constituye la base del criterio que me he forjado en materia de progreso social. Quiérase o no, será la espada de Damocles, la esfinge del monstruoso enigma o el *mane, thécel, phares* del legislador, que el porvenir llamará a transformar el orden humano, a fin de darle un rostro menos abyecto que el que presenta hoy, gracias a una lucha milenaria en favor de un bienestar individual, en detrimento del bienestar de la comunidad.

Ahora bien, cuando se instituyen *regímenes* que provocan en el fangoso fondo del alma humana tales flujos y reflujos, que hacen remontar a la superficie cuanto de odioso contienen nuestros instintos, no se hace otra cosa que afear todavía más su rostro. La mentira, la hipocresía, la delación, el asesinato, se convierten, desde este mo-

mento, en los medios más fáciles de asegurar la propia existencia para todos aquellos que han comprendido que a nada se llega por medio del trabajo, de la honradez, de la franqueza.

En el orden capitalista y democrático, estos vicios son castigados por el Código. No cabe duda que consiguen escapar frecuentemente al rigor de la ley, a instalarse en pleno día y a crear envidiables situaciones a aquellos que las practican con la tácita complicidad de un régimen podrido. ¿Qué sería de nosotros el día en que una dictadura, de derecha o de izquierda, los erigiese, en el mundo entero, en sistema de gobierno?

Soltad oficialmente a esos monstruos humanos, aun cuando no sea más que un solo día, sobre la pobre vida humana, y no bastarán a acabar con ellos diez generaciones. Decidles a los hombres, desde vuestro sillón dictatorial, que pueden hacer cuanto les venga en gana, con la única condición de que obedezcan a su amo, y harán algo muy diferente que arrojar a un innoble pope y sustituirlo con un absurdo brujo, como hicieron los inocentes chuvachos. Pues las ambiciones, el egoísmo, la lujuria, son más desmesurados en el hombre que se las da de civilizado, que en el salvaje. Y determinado perfumista mundial—divino rociador de ilustre vaginas sifilíticas y feroz enemigo del comunismo—no se sorprenderá al saber que, en la patria del proletariado, sus productos se han convertido en el objetivo vital de toda mujerzuela soviética, desde la esposa del comisario del pueblo hasta la *Comsomolka* histérica.

Otros objetivos vitales son las bellas medias de seda, las pieles hermosas, un buen piso, un cargo bien retribuido; es decir, todo aquello que en los países burgueses constituye los objetivos vitales de la mayoría de los ciudadanos. Con una diferencia. Con la lamentable diferencia de que, en la "patria" burguesa—dejando aparte la "patria" fascista—, una denuncia de herejía política no basta para mandar a un hombre a la muerte o a presidio, con el fin de pasar a ocupar su cargo o su piso, y mucho menos para

convertir al delator en uno de los pilares del poder, cuando se va desgraciadamente, en la patria proletaria de hoy.

La razón de este libro es, pues, únicamente la de aplicar el hierro candente a los tumores que cubren por entero el cuerpo de la revolución, y entre los cuales uno, que más adelante describiré, ha reventado ante mis propias narices y me ha inundado de un pus que llevo todavía sobre mi rostro y que ha envenenado mi existencia. Ante semejante podredumbre precisa, que constituye la base de un régimen, cuanto este régimen ha construido y pretende construir no se mantiene ya en pie. Aun cuando consiguiera, al cabo de su próximo "plan quinquenal", realizar la felicidad de la humanidad entera, yo le pediría cuentas por los huesos que ha triturado en su máquina de fabricar la felicidad; hasta tal punto es cierto que el bienestar de la humanidad no me interesa sino a partir del día en que deja de ser criminal y empieza a convertirse en moral.

*Decidme cuál es la extensión del poder que la vida ha puesto entre sus manos; y, según el uso que haya hecho de ese poder, respecto de sus semejantes, le diré quién es.*

Esta es mi manera de ser revolucionario. He aquí cuanto mi dura existencia, mi hermosa Universidad, me ha enseñado a exigir a los hombres y a exigirme a mí mismo.

Fuera de esta ley, no conozco ninguna otra, ni siquiera la de la amistad. Y no tengo que pedir cuentas a nadie.

## A través de ciudades y pueblos, estepas y mares, montes y ríos

Ahora que me dispongo a vaciar mi saco, el deber me obliga a decir, al comienzo de este último capítulo, que los Soviets han hecho por mí cuanto les he pedido, y aun mucho más, informándome y facilitándome por todos los medios mis viajes. Desde julio de 1928 hasta fines del mismo año, me fueron entregados, mediante una sola ges-

ción, cuatro permisos para recorrer libremente toda la U. R. S. S., por tierra y por mar. En la mayor parte de las Repúblicas, los más hermosos "autos" del gobernador o de las instituciones oficiales salían en busca de nuestro grupo de cuatro peregrinos y nos hacían rodar durante millares de kilómetros. Fueron puestos a nuestra disposición, para conducirnos a los lejanos golfos, deltas y ríos, canoas automóviles, e incluso los barquichuelos. En el Cáucaso, montados a caballo y rodeados por seis carabineros, visitamos el castillo en ruinas de la reina Tamara y las cavernas de trogloditas de Vardzia. En la Moldavia soviética, en Birzola, algunos viejos amigos, actuales comisarios del pueblo, salieron a recibirme al tren, con banderas y música a la cabeza, acogida absolutamente imprevista ante la cual dominé penosamente mis lágrimas, pues siento horror de la bestia humana cuando se entusiasma en favor de uno. Me concedieron algunos títulos honoríficos. Y el *hecho capital*, en fin, es que he sido celebrado por millares de hombres, entre Murmansk y Erivan, entre el *Dniestr* y el *Volga*. He estimado a un gran número de entre ellos. Y a todos he jurado servirles.

¿Cómo quieren ustedes que no maldiga del día en que mi madre me trajo al mundo, cuando una innoble política, doblada de una incomprensible doctrina, me separan ahora de aquello que constituye el eje de mi fe y me cubre el rostro con el velo de la apostasía, que, aun cuando no sea más que aparente, no por eso me hace menos miserable?

Malditos seáis, políticos y dogmas que cometéis tales crímenes, que ponéis frente a frente a hombres que tienen las mismas creencias, que sembráis el odio en el corazón de los hermanos humanos, que hacéis desconocido el rostro del amigo y hacéis fracasar unas obras que jamás serán creadas por otros hombres ni en otros tiempos. ¡Malditos seáis, políticos y dogmas!

Y ahora emprendamos, corriendo, perdiéndolo todo en el camino, pero cronológicamente, nuestro inverosímil viaje:

# Odessa

Pasamos casi todo el mes de marzo en Odessa, donde los rumanos y los griegos rusificados me dicen, en la intimidad, sinceramente, su confianza en el poder. Entre ellos, una hermosa figura de "ex noble", que vive al margen de la vida soviética, me conmueve por su penosa existencia y la alegría que en ella encuentra. Paralítico de las dos piernas y tuberculoso, andando con ayuda de sus muletas, de todas sus propiedades de ayer no conserva más que una luminosa planta baja, con buenos muebles y una bellísima biblioteca. Por habérselos dejado, guarda hacia los bolcheviques una conmovedora gratitud, y se subleva a la sola idea de que los "gozadores" de ayer se atrevan a atentar un día contra el régimen. Él mismo ha sido uno de esos "gozadores" y me habla del asco que ahora siente. Vanidad, vida de orgía, explotación, indiferencia hacia todo progreso humano e incapacidad de sentir la gravedad de la vida. Ahora reconoce esa gravedad y le parece imponente, rica en lucha, en sufrimientos, pero también en alegrías reales y merecidas. Lo que le indigna es que esa cara de la existencia no sea conocida más que por los humildes.

—Me hubiera muerto como un imbécil, si no llegan a pasar por aquí los bolcheviques—exclama con fervor.

Es un intelectual exquisito, que se apasiona por la arqueología, la pintura y los libros raros. Se gana la vida de la manera más contraria a sus achaques: conduciendo a las delegaciones obreras soviéticas a los museos, a las nuevas fábricas y otras instituciones.

A él le debo cuanto sé de más elogioso para el activo del comunismo ucraniano.

Y a un obrero rumano debo el horrible relato del asesinato, por las tropas blancas, de la maestra francesa Juana Labourde, crimen, entre otros mil, de que el proletariado y los maestros franceses deben exigir cuenta un día a los imperialistas de su país.

Pero en Odessa entro por primera vez en la casa de un director comunista puesto al frente de una gran empresa del Estado, visita que me produce náuseas. Es el interior chillón de un nuevo rico, pequeño burgués, comodón a más no poder, lleno de cosas buenas. Su mujer va cargada de perifollos, y su criado es un modesto obrero, que no cabe en sí de gozo ante la abundancia de que le colma su carnet de comunista.

Abandono Odessa, despedido por el médico, que me declara enfermo y me recomienda un serio reposo en Crimea.

## Crimea

Llegamos a Crimea en barco y bajo torbellinos de nieve. Se encuentra a bordo un equipo de cineastas, que me reconoce en seguida. Entusiasmo, profesión de fe. Me entrego a ellos con frenesí, y encuentro mi recompensa. Se trata de jóvenes que han hecho la guerra civil y que me refieren hazañas inauditas e inimaginables. Me parecen llenos de talento, capaces, naturales y ricos de sinceridad. Como quiera que llevo encima una carta de recomendación, en cuanto llegamos a Yalta, cubierta de nieve, nos conducen directamente a la antigua *Kino-fábrica de Voufkou*, donde los habitantes se apretujan un poco y nos reservan una pequeña habitación. Está adornada con algunas chucherías, procedentes del palacio de Livadia, y que, según parece, son producto de las augustas manos de la emperatriz de "todas las Rusias". Esto basta para hacérmelas odiosas, a pesar de su distinción.

En Yalta tropezamos con nuestra primera personalidad bolchevique, fanática, que fué para nosotros un amigo tierno, sentimental, inteligente. Es Micha Pugatchiov, guardián responsable de esta fábrica abandonada. Micha es un hombre puro, sincero, todo un corazón. Al principio, y aun sabiendo, lleno de admiración, quién es el huésped de toda confianza a quien recibe, su deber le impone una reserva cortés, reserva que habrá de transformarse, algunos días

después, en una amistad de la cual me acordaré siempre. Nos convertimos en dos hermanos, en tres, inclusive, ya que mi compañera le estima tanto como yo mismo. Es joven, rechoncho, correcto, pudibundo, severo. Desgraciadamente, no conoce ningún idioma extranjero, y nosotros, cuando nos ponemos a hablar el ruso, lo conocemos para que nos peguen.

A pesar de lo cual, un mes más tarde, apenas llegábamos a entendernos incluso en los detalles. Sin soltar el diccionario de la mano, componíamos frases estrambóticas, que corregíamos riendo desenfrenadamente. Micha no aprendió a decir correctamente en francés más que *temblor de tierra*, palabras muy frecuentes en nuestra conversación después de las terribles sacudidas que acababa de sufrir Crimea, terrible espectáculo que se nos ofrecía en Yalta.

Aquí se filmó la película a que sirvió de argumento mi primer libro. Constituye un hermoso éxito fotográfico, pero *Kyra* ha sido convertida, desgraciadamente, en una mujer que lamenta su pasado y que se suicida.

Actualmente, la fábrica no es más que una especie de baratillo, que inmoviliza desde hace algunos años un vasto terreno, cuya guardia y conservación cuestan varios miles de rublos mensualmente. Le pregunto a Micha las razones de esta incuria. Y él abre desmesuradamente los ojos y me responde con convicción:

—Vamos a liquidarlo, pero no puede hacerse todo a un tiempo. No, no es posible. Nos vemos desbordados y carecemos de hombres. La revolución ya es mucho; pero la post-revolución es peor... Ya verán ustedes cuando la hayan realizado en Europa.

Cuando la hayamos realizado...

Micha me hace pasear de un lado para otro, y me lo enseña todo. Llegan algunos funcionarios de Simferopol. Y, en vez de descansar, héme aquí rodando a través de un paraíso terrestre, que soporta mal las comparaciones. Es un bosque de pueblos y palacios feéricos, que pertenecieron todos a una ensalada de príncipes y de grandes duques.

Toda esta dicha para la salud y para los ojos se encuentra hoy en manos del pueblo.

Bien es verdad que los más astutos se quedan con la parte del león. Todas esas *dom-otdykha* (casas de reposo), no siempre están ocupadas por aquellos que más las necesitan. Los funcionarios, que saben distribuirse los días de descanso y repartir las plazas disponibles, se reservan de vez en cuando las mejores. Pero, ¿no se dice que la justicia perfecta no es de este mundo?

No importa. Yo deseo que la clase obrera francesa convierta la Costa Azul en lo que la clase obrera soviética ha convertido la Crimea y el Cáucaso. Aunque de una manera imperfecta, incluso cometiendo injusticias, las cosas estarían infinitamente mejor que ahora.

A pesar de todo.

## Ucrania

A fines de abril, después de terminar un escenario que me había encargado *Voufkou*, abandonamos la Crimea y subimos hacia el Norte. La separación de Micha nos es verdaderamente dolorosa. Hemos vivido, durante un mes, como buenos hermanos. El mercado y la comida de cada día en común, las conversaciones instructivas, los lugares que hemos visitado juntos, los proyectos para el porvenir, nos habían unido el uno al otro más que si hubiéramos pertenecido a la misma familia.

Pero mi destino es así: en todas partes y en ninguna parte; con el mundo entero y con nadie.

Llegamos a Kiev en vísperas del 1.° de mayo. Kiev es una de las ciudades más bellas de toda la Unión. Hombres y mujeres forman una raza superior, artista de alma, laboriosa, limpia, un poco orgullosa de más, y excesivamente nacionalista. Abundan los *nepmans* y las prostitutas. Éstas, muchas veces, son jovencitas de catorce o quince años.

Quiero a Ucrania, que es la región más próxima a mi Rumania, y es una verdadera lástima que no pueda decirle todo el bien que pienso de su hogar revolucionario (no pue-

do decirlo ya de ninguna república, pues me han destrozado el corazón), pero confieso que, entre todos los reproches que merece la orgía literaria a la cual se entregan en Ucrania todos los fantoches de la pluma, es la que menos me ha gustado. Me han enseñado, con orgullo, veintisiete revistas en lengua nacional, que se publican entre Kiev y Karkov. Las tres cuartas partes de ellas están de más, son nocivas y aplastan al obrero que no se ha convertido en plumífero.

El Kino-Voufkou, que acaba de inaugurar uno de los estudios más modernos del mundo, me parece que devora asimismo demasiadas energías proletarias para el poco arte que realiza. Mi escenario, por el que me dieron mil rublos, y otro que compuse en colaboración con Nikos Kazantzaki, por el cual nos dieron la misma cantidad, me han permitido ver de cerca lo que sucede en esta casa: hay falta de talentos y un gran despilfarro. Hay millares de escenarios pagados y que no se realizan. Existe una verdadera masa de burócratas, de artistas y de técnicos, que aplastan a los campesinos y a los obreros.

¿Por qué se empeñan en poner el arado delante de los bueyes? Por qué, so pretexto de hacer arte, no hacen más que crear artistas parásitos, cuando el mundo carece de pan, de camisas y descanso?

¿Qué empeño es este de seguir el ejemplo de una civilización que se opone a la vida?

## Moscú

Me encuentro con una capital tranquila. Se acabaron los banquetes. Se acabaron, también, las cuadrillas de locos que movilizaban autobuses enteros. En los escaparates de las cooperativas de consumo no se ve ya el busto de Lenin en chocolate, entre dos pellas de manteca. Siguen celebrándose congresos, conferencias, y pronunciándose discursos; pero sólo para los oídos de la galería interior. La *Internacional* descansa.

Desde el Hotel Passage, donde alquilamos una habitación, me cuesta mucho trabajo obtener comunicación con algunas de las personas conocidas durante el aniversario. Rakovski ha sido desterrado a Astracán. Trotski está en Alma-Ata. En el "Petit-Paris", encantador lugar de reunión de todos aquellos que desean el bien de la revolución, pero sin tener los ojos tapados. Pedro Pascal sonríe tiernamente, habla mucho y no dice nada. Me entero, por fin, de que en casa de Pascal me tienen por "semioficial", y que entre la gente oficial se me considera un semioposicionista. Con esto me veo hundido en un aislamiento que no deja de gustarme, pues soy apasionado de la lucha. ¡Vaya por las hostilidades!

La primera me asesta un golpe que me hace poner el grito en el cielo; mi mejor amigo de Rusia, el publicista francés Victor Serge (Kibaltchitche), está detenido en Leningrado desde hace un mes. ¡Lo que es eso, no me lo trago sin protestar!

Había conocido a Víctor Serge durante los festejos, en noviembre de 1927, cuando nos hicieron visitar Leningrado oficialmente. Habiendo leído algunos de sus escritos, fuí a verle a su casa, Jeliabova, 19, donde le encontré en medio de una numerosa y honrada familia de trabajadores, sus suegros, sus cuñados, su mujer y su hijo, nueve personas en total, toda una colonia, todos valientes, y expresándose en francés.

Desde el primer momento siento que me encuentro en el seno de una de esas honradas familias judías que tanto he frecuentado y querido en mi vida. Además, esta familia se compone por entero de revolucionarios que han prestado grandes servicios a la obra soviética y que han sufrido mucho por la idea. Todavía parecen luchar de una manera bastante dura, pues les veo en torno a una mesa en la cual el caviar brilla por su ausencia.

Yo sabía que Víctor era un oposicionista. Tanto mejor. También los oposicionistas tienen derecho a la vida. Sería una verdadera desgracia que no los hubiera, sobre todo aquí, donde hay tantas cosas que se hacen mal y que son

dignas de crítica. Y Víctor, con su mirada fraternalmente inquisidora, con su inteligencia, con su sinceridad, me hace adivinar en él al verdadero revolucionario, al perfecto revolucionario, a quien he conocido mejor aún más tarde. Inmediatamente nos sentimos unidos por una amistad que ulteriormente ha de atravesar por todo género de pruebas, y cuyas peripecias describo más adelante, en el innoble, en el horrible asunto Russakov (nombre del suegro de Víctor Serge), que encontrará en mí un defensor sin reservas, pero impotente.

Aquí no asistimos más que al preludio: la detención de Víctor Serge, en abril de 1928, detención que halló eco en París. Es el 5 de mayo. Para sacar de la cárcel a Víctor Serge, pienso nada menos que en escribir un artículo y poner en guardia a la opinión. Se lo digo así a un amigo, el cual me contesta que soy un imbécil. ¿Cómo? ¿Que no puedo publicar un artículo en Rusia, mi patria? Sí, si se trata de elogiar el régimen. ¿Y para salvar a un inocente, no? No.

Me agito como una fiera en su jaula. Doy vueltas en mi cerebro al siguiente dilema: o Víctor ha cometido un crimen, en cuyo caso debe ser castigado, o es inocente, y se le debe, por consiguiente, una reparación. ¿Cómo enterarme de la verdad? Me responden que nadie es capaz de saber si es culpable o inocente, pues no se dan las razones que ha habido para detener a alguien. Bueno. Tomo esto por una calumnia. Sin embargo, me digo que si la verdad es tal como me la pintan, me marcho inmediatamente de Rusia, vuelvo a Francia, y promuevo un escándalo de todos los diablos. En este momento, tengo una confianza absoluta en la moralidad de los Soviets, los creo incapaces de cometer una iniquidad consciente, y, si me engaño, si me engañan, estoy dispuesto a gritarlo por encima de los tejados.

En primer lugar, corro a la Guepeú. Conozco allí a un hombre que tiene todos los hilos en sus manos, que me estima, y a quien estimo. Le digo la gran amistad que me une a Víctor, y mi fe en su integridad moral.

Me escuchan con todo género de atenciones, y, pocos

días después, ponen a Víctor en libertad. Me siento lleno de júbilo. ¿Lo ven ustedes? Se equivocaban de medio a medio. Las dolorosas sonrisas me ahorran una respuesta que los acontecimientos habían de darme más tarde, aplastándome, toda vez que el imbécil era yo.

Pero, de momento, me creo más que nunca un hombre capaz de hacer mucho bien. ¿No ha sido oída mi voz por la institución más temible de la Rusia bolchevista? ¿Qué más necesito para ser un bienhechor? Detengámonos, pues, un poco, y cultivemos estas relaciones, preciosas entre todas.

## Bekowo

Visito los airededores de Moscú, y alquilo tres habitaciones de una *datcha* (casa de campo), a unos cuarenta kilómetros de Moscú, en la línea de Kazán. Me encuentro en el hermoso Bekowo, por tres meses: mayo, junio y julio.

¡Cuántas cosas he aprendido! ¡Cuántas cosas tengo que decir! Pero todo ha quedado muerto y bien enterrado, a no ser que el diablo me conceda los días suficientes para volver a la tarea.

En Bekowo nos encontramos en pleno bosque, lleno de ruiseñores y de mosquitos. Aire, fresco, soledad: es un rincón pintoresco. Las *datchas* se alquilan sin parar. Y los campesinos hacen malévolas reflexiones a cuenta de los judíos, que son los únicos que pueden alquilar a cualquier precio.

—¿Por qué son esos judíos los que se daban *antes* mejor vida, y los que *ahora* siguen dándosela también?

¿Acaso lo sé yo? Además, ahora no creo ya en el *judío*, sino en el *hombre*. Por otra parte, ni sé una sola palabra de su buena vida de antaño, ni de la de hoy. En cambio, observo que hay campesinos envidiosos, llenos de odio, que construyen *datchas* en torno nuestro, y que se hacen pagar trescientos rublos por dos o tres habitaciones vacías, o, si tienen un pobre lecho, tres mil seiscientos francos por todo

el verano. Y si el judío paga mejor que el ruso, ¿puedes quejarte tú, nueva burguesía?

Nuestra patrona es de las más amables. Nos habla el ruso de una manera tan inteligente y nos escucha con tal atención, que llegamos a entendernos a maravilla. Lo mismo que nos ocurría con Micha, nuestro ruso chapurreado divierte a toda la familia, pues la pobre mujer tiene muchos hijos que, sin necesidad de ser judíos, no desperdician la ocasión de hacerse con las carreras más fáciles.

—¿No tiene usted un piano, por casualidad?

—Sí, pero se encuentra a setenta verstas de aquí.

—Mande que lo traigan.

Nos ponemos de acuerdo sobre el precio, y la campesina escribe a su marido. Este llega un buen día con el piano. Ha sufrido lo indecible para traerlo hasta aquí, por caminos imposibles. Pero se trata de un hermoso instrumento. Nos preguntamos por cuántos puds de harina han debido adquirirlo, durante la terrible zozobra, en aquella época en que, según se dice, el campesino exigía "por lo menos", un pañuelo del transeúnte que le pedía un vaso de agua.

¡Execrable humanidad! ¡Nadie es capaz de sacrificar una gota de sangre por el porvenir de este mundo, indigno de mejor suerte!

## Murmansk

Hacia mediados de julio, empiezo a sentir serias dudas sobre la moralidad del régimen revolucionario, pero todavía no se trata más que de dudas. Cuando me encuentro con los unos, los descontentos, los creo tan lógicos en sus críticas, que me arrancan gritos de indignación; y cuando paso la velada con los otros, con la gente oficial, me oponen tales argumentos, que casi siento ganas de pedirles perdón por haber sospechado de ellos. Y decido no moverme. Sigo al paso de Rusia.

En esto recibimos nuestros pases para recorrer Rusia y nos largamos hacia el Océano Glacial del Norte. Ya ha llegado el cretense. Nos acompaña un camarada rumano, con

el verano. Y si el judío paga mejor que el ruso, ¿puedes quejarte tú, nueva burguesía?

Nuestra patrona es de las más amables. Nos habla el ruso de una manera tan inteligente y nos escucha con tal atención, que llegamos a entendernos a maravilla. Lo mismo que nos ocurría con Micha, nuestro ruso chapurreado divierte a toda la familia, pues la pobre mujer tiene muchos hijos que, sin necesidad de ser judíos, no desperdician la ocasión de hacerse con las carreras más fáciles.

—¿No tiene usted un piano, por casualidad?

—Sí, pero se encuentra a setenta verstas de aquí.

—Mande que lo traigan.

Nos ponemos de acuerdo sobre el precio, y la campesina escribe a su marido. Este llega un buen día con el piano. Ha sufrido lo indecible para traerlo hasta aquí, por caminos imposibles. Pero se trata de un hermoso instrumento. Nos preguntamos por cuántos puds de harina han debido adquirirlo, durante la terrible zozobra, en aquella época en que, según se dice, el campesino exigía "por lo menos", un pañuelo del transeúnte que le pedía un vaso de agua.

¡Execrable humanidad! ¡Nadie es capaz de sacrificar una gota de sangre por el porvenir de este mundo, indigno de mejor suerte!

## Murmansk

Hacia mediados de julio, empiezo a sentir serias dudas sobre la moralidad del régimen revolucionario, pero todavía no se trata más que de dudas. Cuando me encuentro con los unos, los descontentos, los creo tan lógicos en sus críticas, que me arrancan gritos de indignación; y cuando paso la velada con los otros, con la gente oficial, me oponen tales argumentos, que casi siento ganas de pedirles perdón por haber sospechado de ellos. Y decido no moverme. Sigo al paso de Rusia.

En esto recibimos nuestros pases para recorrer Rusia y nos largamos hacia el Océano Glacial del Norte. Ya ha llegado el cretense. Nos acompaña un camarada rumano, con

un pase también, y en calidad de guía-intérprete, pero a expensas mías. Somos cuatro caminantes, contando a mi compañera, en libertad de subir y de bajar como queramos por toda esta sexta parte del Globo. Pero no es ésta una razón para renunciar al espíritu de justicia. Yo no olvido, en efecto, que, si bien no pago el ferrocarril, y si a veces se nos acoge y festeja, es porque antes que yo habían llegado a Rusia diez novelas y una película mías, que me han hecho popular en toda la Unión, como no lo soy en Francia, ni incluso en la propia Rumania. ¿Ha llegado el día de pasarnos nuestras cuentas? Sería, ante todo, muy triste. Pero muy favorable, en última instancia, para mí.

Nos dirigimos directamente hacia el norte, con una escala en Leningrado. El paso por Carelia me impresiona poderosamente, con sus mil kilómetros ininterrumpidos de bosque y sus innumerables lagos desiertos. Este ferrocarril, construído durante la guerra, ha costado la vida a miles de prisioneros, víctimas del tifus y del escorbuto. Murmansk es el final del mundo civilizado. Nos encontramos en pleno círculo polar. Dunas siniestras. Una ciudad de barracas. Todo huele a pescado en salazón. Algunos raros habitantes, con la cabeza gacha, y andando lentamente, se cruzan con nosotros en grandes terrenos vacíos que no es posible llamar calles.

Un incidente. En cuanto descendemos del tren, un agente de la Guepeú nos contempla un momento; después, haciendo una seña con el dedo, llama a nuestro guía, le interroga y se lo lleva. No muy lejos: frente al ferrocarril, donde se encuentra el puesto. Vemos a través de la ventana, cómo lo registran. Gracias por el pase. ¿Van a detenernos a todos?

No. No hay nada que temer cuando uno es todavía un semioficial. Pero todo llegará. Yo hago votos, incluso, para que llegue. Hay que conocerlo todo. Pero los Soviets quieren ahorrarme esta experiencia, y no conozco las prisiones comunistas más que por haber visitado algunas en calidad de hombre libre.

El camarada guía sale furioso, vejado por esta humilla-

ción. Quiere presentar una reclamación ante el Comité Ejecutivo local. Vamos a dejar nuestras maletas en la posada, y salimos inmediatamente en busca del Comité Ejecutivo... del cual nadie sabe una palabra, y nadie sabe, sobre todo, dónde para. ¿Existe un partido comunista en Murmansk? Todos lo ignoran.

Pero aquí está la *Polarnaia Pravda*. Una *Verdad Polar* —¡brrrrr!—debe ser rudamente glacial.

Nada de eso. Las personas más ardientes viven en los polos. Nos convencemos de ello al decir nuestros nombres y nuestra condición. Efusión. *Pojalouista*. Resuena el teléfono. Muévese el Comité. Son ustedes nuestros huéspedes. *Spassiba.*

Visita al Museo polar. Muy interesante y muy instructivo. Nadie sabe, en París, en qué ignorancia vivimos.

Visita a las grandes salazones de Murmansk. Las instalaciones más modernas. Los obreros y las obreras, llenos de impulso y contentos con su nueva suerte. Administración laboriosa.

Salimos a una de las excursiones más raras de mi vida: cuatro horas en canoa automóvil, en el golfo de Kola, hasta Alejandrovsk, entre dos colinas que claman al cielo su desierto lunar.

Visita al Instituto biológico. Verdaderas maravillas marinas, que os obligan a ruborizaros de vuestra ignorancia. El director es un hombre serio, capaz: un hombre de ciencia y de fe. En este extremo de la tierra, su cargo no es, precisamente, una canonjía.

Regresamos, por fin, bajo el famoso sol de media noche. Quien no ha visto esto, debe verlo aunque sea a costa de cometer un robo.

## Kem

Bajamos hacia el Mar Blanco. Queremos visitar las terribles islas Solovki, donde languidecen los presos políticos. Hay que embarcarse en Kem. Pero no poseemos el permiso especial necesario. Telegrafío a Moscú. En espera de

la respuesta, nos vamos a comer, y nos encontramos de repente en el restaurante más bello y mejor de toda la Unión Soviética. Pertenece a la Guepeú, y está administrado, como debe estarlo cuanto a la Guepeú pertenece: militarmente.

No existe ningún empleo retribuído. Desde el director hasta el que friega la vajilla, e incluso la orquesta, todos son presos y libres. Libres de moverse por Kem. Es una situación preferible a la que han conocido en Solovki. Cada cual pone de su parte lo que puede, y todo marcha como sobre ruedas.

Servicio europeo impecable. Cocina por encima de toda crítica. Y sirvientas ideales: bellas "ex nobles", amables, un poco melancólicas. Tratamos de hacerlas hablar. Imposible. Permanecen mudas.

En el restaurante, los campesinos ricos, con sus familias, dejan cantidades impresionantes.

Pero si se puede comer bien, en Kem no hay medio de dormir ni bien ni mal. No hay nada. Protestamos. Nos instalan en dos habitaciones cuyo único mobiliario se compone de dos camas, cosa que no nos satisface. Pero nos satisfacen mucho menos las chinches que caen sobre nosotros en cabalgata, en cuanto nos tendemos para echar una pequeña siesta. Hasta la vista, queridas. No tardamos en poner pies en polvorosa. Nos trasladamos al hospital, donde nos amontonan a los cuatro en el cuarto de guardia, dos en una cama y los otros dos en el suelo. Y así pasamos la noche, atontados por los chillidos de una mujer que, en una habitación contigua, no puede dar a luz a su becerro.

Abandonamos Kem al día siguiente, renunciando a Solovki y a la respuesta de Moscú. Esta, afirmativa, llega a los tres días, pero ya no nos encuentra.

## R. S. S. A. M.

Abordamos un largo descenso de tres mil kilómetros, que ha de conducirnos hasta las puertas de Odessa, a Tiraspol. Vamos a la R. S. S. A. M., letras cuyo sentido jamás podrían adivinar mis amigos de Rumania. Se trata de la

*República Soviética Socialista Autónoma de Moldavia*, título un tanto largo, como todas las cosas soviéticas. Pero cuando uno procede como yo, de una madre e idioma rumanos, vale, realmente, la pena de hacer ese viaje, si, además, tenéis barruntos de los corazones de oro que os esperan para enseñaros la Moldavia comunista en pleno trabajo.

Comunistas, moldavos u otros, no existen más que de nombre. Esta especie es tan desconocida en la U. R. S. S. como en el resto del mundo. Se denominan así; esto es todo. En realidad, nada es común, empezando por el pan, que, aquí mucho más que en cualquier otra parte, se arrancan unos a otros de la boca. Pero si bien no existen comunistas, ni siquiera socialistas, existe algo mejor: existe la intención del hombre superior que quiere dar una vida mejor al esclavo. Y si no *puede* siempre lo que *quiere*, ¿se lo tendremos en cuenta, si es verdad que no debemos condenar nunca a un hombre por lo que *no puede hacer*, sino por lo que *no quiere hacer*?

Ahora bien: la U. R. S. S. es la única parte de la tierra donde el hombre *quiere*, verdaderamente, e incluso quiere mucho; donde sus intenciones son verdaderamente revolucionarias. Por eso, precisamente, no podemos volver los ojos hacia otro punto cardinal que no sea ese Este, donde debe nacer el porvenir.

La República moldava, esa mariposa rumana colocada sobre el elefante soviético, se me presentó como un ejemplo típico de lo que se quiere y no se puede. Asimismo se me presentó como un ejemplo de lo que se puede y no se quiere, pues la U. R. S. S. entera se refleja mejor en sus pequeños lagos que en los grandes. La mano de la misma comadrona toca febrilmente, por doquier, el vientre de la vida, y quiere, quiere con todo su corazón, arrancarle el niño de mañana. Pero, aquí está la desgracia: esa mano no tiene la suficiente paciencia, y carece de habilidad y de higiene. Y la infección amenaza lo mismo al vientre de la madre que a los ojos del niño. Sin embargo, la comadrona no quiere avenirse a razones. Es

una vieja puerca, a quien el orgullo de un parto a toda costa le interesa más que la salvación del niño y las condiciones en que debe nacer.

En ninguna parte, en toda la extensión de la Unión, encontraréis, como en Moldavia y en Armenia, hombres más sencillos ni más desinteresados, ni entregados con mayor impulso a la obra de enderezamiento social. Uno siente que todos los músculos del minúsculo Estado tienden hacia un solo objetivo: alimentar con una vida nueva a todos aquellos que constituyen el número, y sólo a ellos. Escuelas, hospitales, sanatorios, fábricas modernas, fábricas de energía eléctrica, jardines de la infancia, edificios en que guardarlos, *kolkhoz*, *sovkhoz*: todo nace y crece mezclado, hasta el extremo de que no reconocéis la misma región al año siguiente a vuestra primera visita. En estas dos RepubIiquitas huérfanas, los comisarios del pueblo van vestidos como mendigos y se las arreglan con bastante trabajo a fines de cada mes. De uno sé que, para poder acompañarme, tuvo que pedir prestados veinte rublos, a fin de dejárselos a su mujer durante su ausencia. La doctora Catalina Arbore, comisaria de Salud pública de Moldavia, al volver a su condición de simple ciudadana, no encontró medios de subsistencia en Moscú; y eso que no era "trotskista".

¿Dónde se ha visto nunca cosa semejante, si no es en esta tierra?

Y, sin embargo, la obra se ve amenazada por la ficción, por el hundimiento, como en nuestra bella leyenda del monasterio de Argesh, cuyos muros se caían por la noche a medida que los levantaban durante el día. ¿Cuál es el sacrificio que habrá que hacer para acabar con esta desdicha? En la leyenda, bastó con un alma humana. Y el arquitecto, el maestro Manolo, no vaciló en emparedar a su propia esposa, a fin de que triunfara su obra.

¿Qué es lo que tendrán que emparedar los arquitectos comunistas para ver triunfar la suya? ¿No tienen también ellos una esposa, que se llama Doctrina, infinitamente más

culpable que la inocente mujer del maestro Manolo? ¿Acaso la obra socialista no le debe a ella todas sus desgracias?

En nuestros días, ¡ay!, los hombres tienen menos amor a su obra que a su esposa. Ya no hay maestros Manolo.

## El Volga

### Nijni-Novgorod-Balakhna

¿Se sabe acaso en Occidente que se viaja por el Volga en excelentes condiciones? Nosotros lo habíamos puesto en duda. Más aún: preparábamos nuestra resistencia al probable asalto de algunos enemigos del cuerpo: miseria, platos imposibles de comer, atroces zarandeos. Nos imaginábamos el Volga surcado por abominables carabelas carcomidas, con una maquinaria primitiva y jadeando su secular fatiga.

Nos encontramos ante una revelación que nos dejó confusos, pero que saludamos con gritos de alegría. *Radichtchev, Pravda, Lermontov, Espartaco, III.ª Internacional*, y otros muchos más: barcos fluviales modernos, cuyo "confort", cuya cocina, así como el servicio y la escrupulosa ejecución del itinerario, no tienen nada que envidiar a los mejores rivales de la Europa occidental. Y no comeréis, incluso, en ningún barco de Europa el esturión, el caviar fresco—y si el corazón os lo pide—las deliciosas sandías del Volga—entremeses, platos y postres—, de que nos hartamos hasta reventar casi, entre Nijni y Astracán.

Un poco caro resulta, a decir verdad, para la bolsa de un proletario; pero el precio está muy por debajo de los que os hacen pagar en cualquier bodegón un poco lujoso de París. Podéis comer, en primera clase, por cuatro rublos, lo que sólo el Volga puede ofreceros, y beber el *Tsinandali* o el *Naparouli*, que sólo madura al sol del Cáucaso.

Hemos decidido caer en Nijni de improviso, a fin de ver y de oír, rodando solitarios, por aquí y por allá. Ahora, en efecto, no contamos ya ni con el guía, ni con el per-

miso. Somos libres. Somos dos parejas en busca de la fe. E inmediatamente, durante esta mañana de vagabundos de incógnito, oímos unas campanadas que nos entristecen. Estas campanadas deben multiplicarse en lo sucesivo y deben ser, poco más o menos, lo mismo en todas partes: la suerte del obrero que no es más que obrero, la del campesino que no es más que campesino; o, peor aún, la suerte del trabajador que murmura, no tiene nada de congratuladora bajo la dictadura comunista. De un lado, poco trabajo y mal retribuido, y paro, privaciones, persecuciones; del otro, favoritismo, selección arbitraria, orgías, prebendas, desfalcos, soplonería, politiquería... Aquellos que nos hablan, sin conocernos, viéndonos extranjeros y sin guías, se franquean con nosotros, sinceros, tristes y siempre fieles al régimen, cuyo porvenir tiene que ser su propia obra. Pero sufren, se quejan, y quieren que cambien las cosas.

Necesitamos un poco de paz, una brizna de bienestar, una existencia con el trabajo asegurado. Basta de discursos, de paradas y de política venenosa. No podemos aguantar más. Pero esto no le importa a nadie más que a nosotros. Y que sepan los extranjeros que nos batiremos siempre como leones, y mejor aún que hace diez años, pues ya sabemos que lo que pueda venírnos de fuera será peor que todo esto de que nos quejamos.

Es un lenguaje verdadero. Puede entristecernos, pero no por eso deja de reconfortarnos. Y ya no tenemos nada más que aprender, cuando vemos llegar a las personalidades oficiales, enseñándonos sus caras radiantes y pintándonos unos cuadros que ya no son para nosotros más que una decoración, una decoración real de la cual quedará una parte real, pero que no por eso deja de ser una decoración.

Así fué en Nijni-Novgorod y así será en todas partes. Querríamos encontrar la misma expresión en el rostro del camarada Barbusse, con quien nos cruzamos aquí, y con quien nos volveremos a cruzar en Sukhum. Pero se encuentra enfermo, en Nijni, en el hospital, porque viaja en

avión, donde hay demasiadas corrientes de aire. Y en Sukhum lleva mucha prisa, pues se dirige al confín de las montañas, con objeto de ver "al hombre más viejo del mundo".

Así, pues, nos limitamos a hacer las visitas que quieren. Todo es hermoso. Demasiado hermoso. Sobre todo la formidable fábrica de papel de Balakhna, cerca de Nijni, que es una de las cuatro fábricas más grandes del mundo, pero que va mal y seguirá de mal en peor, ya que cuando se es carretero no se convierte uno en farmacéutico de la noche a la mañana. ¡Pero la decoración...! ¡Ah, las suntuosas "habitaciones obreras"! ¡Los magníficos hoteles construídos en torno a la fábrica, en plena pradera, que harían enrojecer de envidia a todos los obreros de América, que, según se dice, poseen su *Ford*! ¿Qué es un "auto" de esos al lado de los hoteles habitados por los obreros soviéticos de Balakhna?

¡Los obreros! ¿Qué obreros?

Peor será meneallo.

## Kazán

Héme aquí en el reino de los terribles tártaros, cuyo espantoso recuerdo sirve hoy todavía para que las madres rumanas hagan entrar en razón a sus turbulentos hijos. *¡Que vienen los tártaros!* y *¡Diríase que los tártaros corren detrás de sus talones!* son expresiones de espanto, que se oyen todavía en las planicies rumanas. Pero ya no se trata más que de un recuerdo. Gengis-Khan ha muerto. Ya no existen los tártaros. Y Kazán es la ciudad del Volga que permanecerá en nuestra memoria como una de las más amistosas y entusiastas que hemos conocido en la U. R. S. S.

Oficial o no, el hombre se encuentra aquí más cerca de su propia naturaleza de vencido cuatro veces secular. Es pobre y sucio. Se ve roído por las epidemias, sobre todo por una terrible epidemia que le deja ciego. Precisamente

por eso, la obra comunista más hermosa que puedan realizar los tártaros, será el magnífico Instituto destinado a luchar contra esa terrible enfermedad de los ojos. Después nos llevan a un centenar de verstas de allí, para que veamos al ignorante, al hermano: al campesino fanático, supersticioso, sucio y recalcitrante. Estos no se jactan como los otros, sino que nos dicen sencillamente, abriendo los brazos:

—Ahí tenéis lo que hemos heredado del zar. Tenemos que levantar a ese hombre, pero somos pobres.

No son glotones ni borrachos. El banquete que nos organizan es, por el contrario, frugal. En lugar de discursos, gritos nacidos del corazón.

En el desembarcadero, tanto a la llegada como a la salida, vemos una verdadera muchedumbre, exuberante y tímida. Y, antes de separarnos, nos ofrecen a cada uno un gorro y un par de babuchas tártaras.

¡Ah, honrado Kutui! ¡Excelente Mohamed Nurdin Sultanov! ¿Cuándo volveremos a vernos? Y tú, Taghirov, que me parecías el más sólido de todos, ¿por qué te saltaste la tapa de los sesos? ¿Eras un hombre de fe o un bribón?

## Samara

Aquí me ocurrió un incidente que tuvo eco en Francia y que fué amañado de manera tan malévola, que me veo obligado a restablecer los hechos. Reproduzcamos, ante todo, el eco en cuestión, tal como apareció en *Le Temps* del 16 de octubre de 1928:

"*Rusia.*—El comisariado de Instrucción pública continúa revocando a los antiguos altos funcionarios que ocupan diferentes puestos en las administraciones científicas y en los museos.

Han sido revocados ya los señores Gravé, ex miembro del Tribunal de casación; Childlovski, ex gobernador; Minkovitch, ex director del departamento del Interior.

Respecto a los empleos en los museos, se destituye a todos los titulares que, en el pasado, han sido hostiles al bolchevismo.

Un detalle curioso: esta medida parece que ha sido inspirada a los comunistas por el novelista Panait Istrati, que, visitando el museo de Samara, llamó la atención de las autoridades soviéticas sobre el hecho de que, en el museo, exista una hermosa colección de mariposas de África, mientras que no se ve nada que recuerde el hambre de antaño y las guerras civiles."

*Yo no he inspirado nada a los comunistas* ni jamás "he llamado la atención de las autoridades soviéticas" sobre nada parecido. (Sí: lo he hecho una vez y con la violencia que se verá en la tercera parte de este libro; pero esto sólo encontró eco en el dolor humano, y no podía, ¡ay!, adoptar la postura de un soplón, como insinúa *Le Temps* respecto al incidente de Samara).

Esta ciudad, centro que fué del hambre más terrible que sufriera nunca la tierra, no conserva nada que pueda atraer hacia ella al historiador o al escritor de los antípodas, fuera de un museo donde debería encontrarse toda la documentación concerniente a la avalancha que costó la vida a seis millones de seres humanos, durante los años 20 y 21. Y, naturalmente, a nuestra llegada, pedí que nos llevasen a este museo, no dudando de que existiera en un país de imbéciles museómanos.

Nos llevaron, en efecto, al museo, y pasamos de una sala a otra sin ver otra cosa que las estupideces que suelen amontonarse en cualquier museo de provincias de cualquier país.

—¿Dónde está su *museo del hambre?*

—Aún no lo hemos instalado, camarada. Todavía no tenemos local.

—¡Cómo! ¿Tienen ustedes local para amontonar todas esas cosas, y no lo tienen para instalar lo que sólo ustedes poseen en el mundo? Enséñenos usted los documentos.

—Están encerrados, y la llave la tiene el doctor, que se encuentra ausente.

—Le ruego que vaya en seguida a buscar al director o la llave. Sólo a eso hemos venido.

Salen corriendo. Viene a abrirnos un hombre viejo, con barba. Nos encontramos en presencia de un material hu-

mano tal, que nos estremecemos de horror. Las fotografías son imágenes de pesadilla. Las muestras de lo que recibía el nombre de "pan" en tiempos del hambre, son inverosímiles. Los informes de los milicianos, que iban a hacer una encuesta a los lugares en que se producían casos de antropofagia, son narraciones como ningún escritor sería capaz de inventar. El conjunto habla de una época de suplicios que os indigna, de la condición humana.

Pero casi todos estos documentos, conservados en montón en un recinto oscuro, están ya deteriorados. Y como solicito algunas pruebas de las fotografías, me contestan que el museo no posee los clisés.

—Fué un fotógrafo particular quien las hizo, pero murió en plena labor, contagiado por los hambrientos que fotografiaba.

Los héroes, naturalmente, mueren. Y yo no puedo mirar sino con desprecio a los pobres diablos que recogen en nuestra presencia los preciosos documentos, para ocultarlos de nuevo, durante años y años, donde no se encuentre de ellos, un día, más que un montón de polvo. Y cuando nos ofrecen el registro, para que inscribamos amablemente nuestras excelentes impresiones, escribo: *Los conservadores de este museo no son camaradas, sino contrarrevolucionarios.* Y enumero las razones de mi apreciación.

Aquí, los periodistas que nos rodean, recogen la pelota y la arrojan a lo lejos. Lo sucedido más tarde no lo he sabido sino por *Le Temps,* que lo sabe todo y lo dice en buen francés, sin asomos de honestidad. Este órgano, para el cual no he existido nunca, no me descubre como no sea para referir mi expulsión de Grecia y para hablar del terrible *chekista* que me he vuelto en Rusia.

¡Pobres diablos!

## Saratov-Pokrovsk

Lo más importante de Saratov consiste en la visita a la República de los alemanes del Volga, cuya capital, Pokrovsk, se encuentra al otro lado del río. Por desgracia, sólo pudimos visitarla de prisa. Pero basta con mirar a esos hombres para darse cuenta de la diferencia de raza y de costumbres. Aquí, como en la Moldavia soviética y en el Cáucaso, descubriréis el mismo colono alemán, sobrio, buen organizador, inteligente, limpio, tenaz para crearse, dondequiera que sea, el mayor bienestar posible. En Rusia podéis ver su casa ordenada y próspera, surgiendo como prenda de civilización en medio de una miserable barbarie.

Islotes así, de ejemplar economía alemana, los encontramos, también, en Rumania. Yo he nacido y crecido en su vecindad. Al lado de Braila, en Baldovinesti, puede verse el *Satou Memtesk* (*el pueblo alemán*). Allí se ven las casas más bellas, el mejor ganado, los hombres más pacíficos, ni más ni menos que en Rusia, cuyo campesino es el hermano desgraciado del nuestro.

¿Qué harán los comunistas con esos hogares prósperos? Me ha parecido ver, en los ojos de los dirigentes de Pokrovsk y en sus firmes palabras, la decisión germánica, preparada en todo momento a rebelarse contra cualquiera tentativa que amenace reducir la cotidiana loncha de *schnitzel* que la vida debe a todo buen alemán.

Fué el único país en que nuestro paso quedó reducido a unas cuantas visitas, sin comilonas, sin bebidas, sin el menor discurso. De todo ello conservo un buen recuerdo.

Pero, como teníamos hambre, al abandonar su República rogamos al guía que nos llevara a cualquier parte de las espesuras del Volga, donde pudiéramos saborear un *borchtch* de esturión, preparado adrede por auténticos pescadores. Nuestra canoa automóvil partió como una flecha. Durante un par de horas olvidamos el hambre para devorar el espectáculo que nos ofrecían las salvajes orillas del

grandioso río. En él revivía mi infancia, el teatro de *Codine*, el imperio de nuestro salvaje Danubio.

Abordamos una de las costas más ocultas a la "civilización", donde hombres, mujeres y niños salían como fieras de las cavernas abiertas en la arena. Poseían bellísimos y numerosos instrumentos de pesca. Soledad hostil. Ninguna acogida.

—Hemos llegado a la casa de un pescador *kulak*—dijo uno de nuestros guías—, No nos tiene mucho cariño que digamos.

De sobra lo veíamos. El dueño, orgulloso de su riqueza, y aunque aborrecía a los comunistas, vino, a pesar de todo, a nuestro encuentro, sin abandonar su dura expresión, a preguntarnos qué diablos habíamos venido a hacer allí. Al expresarle nuestro deseo, sacó del Volga un esturión grueso como un becerro, nos lo enseñó un segundo, dijo el precio, y lo arrojó de nuevo a su prisión sumergida, sin aguardar nuestra respuesta.

Nos alejamos. No era el precio el que nos alejaba de allí, sino el odio del hombre, ya que no sólo habíamos venido por el esturión. Fuimos un poco más lejos, a abordar la orilla hospitalaria de los pescadores pobres, que nos recibieron fraternalmente, encendieron un gran fuego y nos prepararon un pantagruélico *borchtch*, a pesar de que sus esturiones no eran más gruesos que gatitos abortados.

—¿Cómo es que siendo los mismos pescadores, y en la misma orilla, unos pescan becerros y los otros tan sólo gatitos?

—¿Qué quiere usted? Los unos cuentan con capital, mientras que los otros no tienen más que su buen corazón.

## Stalingrado

*Tovarichtch Stalin*, al igual que el pescador *kulak*, no debía querernos mucho, pues la noche en que nos aproximamos a la ciudad que lleva su nombre, nuestro barco embarrancó en la arena. Fueron necesarias muchas y largas

BIBLIOTECA

horas para volver a ponerlo a flote. Nadie fué a esperarnos al desembarcadero de Stalingrado, adonde abordamos con gran retraso. Y nosotros teníamos prisa por llegar a Astracán, a casa de Rakovski, término de nuestro viaje por el Volga.

No nos movimos.

—¿Hay alguien que quiera visitar la ciudad de este *kulak* del comunismo?

—No.

—Adelante, entonces, hacia el embajador caído en desgracia.

## Astracán

Embocadura del Volga. Ciudad maloliente. Miríadas de mosquitos. Peste, malaria, cólera.

—*Izvostchik*, llévenos al mejor hotel de la ciudad.

—Les llevaré al *Communalnaia Gostinitsa*.

En el *Hotel Comunal* pido dos habitaciones.

Limpias, ¿eh?

—Limpias.

Instalan las camas, que me parecen bastante sospechosas. (Ya tengo experiencia). Les doy vuelta y me veo a las espantosas chinches, de que tan rico ha sido mi pasado. Pero ahora ya no quiero más. También yo tengo derecho a vivir sin chinches, sobre todo cuando tengo que pagar caro.

Colérico, salgo al corredor oscuro, y armo un escándalo a la rumana, convencido de que a los hombres puede perdonárseles todo menos que se dejen devorar por las chinches y que vivan acomodándose a estos parásitos, fáciles de extirpar, como vive y se acomoda uno con una pata de madera. En mi pobre infancia he probado de todo, menos este suplicio, que mi madre no podía tolerar. "La holganza y el bienestar son difíciles de adquirir—me decía—, pero la limpieza está al alcance de todo el mundo". Y cuando he visto en Crimea las casas para la reeducación de niños abandonados, donde esta infancia era prisionera

de miles de chinches, dije que era preferible pegarles a aquellos niños y obligarles a limpiarse, que no mostrarse dulces con ellos y dejarles creer que la miseria forma parte integrante de nuestro organismo.

Así, pues, empecé a echar pestes en el corredor, reclamando unas camas sin chinches. En estos se abre una puerta, en la oscuridad, y un hombre rechoncho se dirige a mí:

—¿Eres tú quien juras así?

—¡Rakovski! ¡Cómo! ¿Vives en un hotel lleno de chinches?

—No. Casi no hay chinches. Es que ha habido que buscar camas en cualquier parte, a consecuencia de un congreso que se celebra en este momento.

Penetramos en su morada. Se compone de una sola habitación, en la cual pueden entrar apenas cinco personas. Un biombo oculta la cama y el lavabo. Unas maletas repletas de libros. Una mesa abrumada de papelotes. Rakovski trabaja en una *Vida de Saint-Simon*. Por eso lo encuentro grueso, hinchado, blandengue, pues es un hombre hecho para guerrear, no para escribir *Vidas*. Además, tiene la malaria. Tiene, también, no sé qué otra enfermedad, que no puede curarse en Astracán.

Pero no siente el menor aburrimiento. Siempre está dispuesto a batirse y más convencido que nunca de... ¿De qué? No sabría decirlo. Sus palabras son reflejo de no pocas convicciones; pero sería perder el tiempo tratar de definirlas. Pues, aun cuando sean amigos, los embajadores bolcheviques son siempre diplomáticos.

Prefiere hablarnos, con gran entusiasmo, del loto, que se empeña en vivir aquí, como si fuera en Egipto, y nos describe su melancólica existencia de flor atacada por el frío. También nos exalta la obra de fertilización de las arenas que nos rodean, por millones de hectáreas, con ayuda de plantas especiales.

—Debéis ver esos dos milagros del delta del Volga.

Nos quedamos allí ocho días y vamos a verlos. A las arenas, aun cuando se encuentran muy lejos, nos acompaña él mismo, benévolamente invitado por las autoridades

locales, que le ruegan facilite la tarea al viejo amigo que
soy para él. Y hénos aquí oficialmente admitidos en la in-
timidad del gran proscrito, que transforma nuestra estan-
cia en esta cloaca pestilente en una alegría de todos los
minutos.

El camarada Orloff—un hombre que bajó cierto día
a un pozo para dejarse allí las dos piernas—es el fanáti-
co promotor de esta obra de gigantes, que quiere, no sólo
fijar las arenas que abaten pueblos enteros y que amena-
zan obstruir la embocadura del Volga, sino hacerlas ac-
cesibles al cultivo. Es un cuadro digno de una verdadera
novela épica. No puedo seguir las explicaciones técnicas
que nos da con volubilidad el héroe paralítico, pero admi-
ro su fe y la de nuestro intérprete circunstancial que, ha-
biendo perdido, no sus piernas, sino sus alas, se pega al
cojo y parte con él a través de la estepa, donde resulta im-
posible seguirles entre la maleza que nos llena de sangre
las manos y el rostro.

Se olvidan de nosotros. La caída de la noche nos sepa-
ra a unos de otros. Un silencio de cementerio ahoga las
voces de los que se llaman, cada cual luchando por encon-
trar el camino que conduce al remolcador que nos aguar-
da a una legua de distancia.

Sólo el cojo y el desalado, en lo alto de la colina, con
los rostros enrojecidos por los últimos rayos crepuscula-
res, gesticulan, se precipitan a derecha e izquierda, exami-
nan la broza, describen grandes círculos con los brazos,
que quieren abarcar la tierra, y se trazan el uno al otro
la marcha del bolchevismo en el mundo.

Algunos días después visitamos, esta vez sin Rakovski,
el loto, que se encuentra a una jornada, en barco, en el
laberinto del delta, inmenso imperio de plantas raras, de
animales y de pájaros silvestres, donde no se concede a
nadie el derecho a cazar ni a pescar. Nos conduce un re-
molcador, el *Tov. Stalin*, dirigido por gente oficial, entre
la cual, uno, que parece ser el jefe de la excursión, me
parece muy poco inteligente. Me reprocha mi simpatía por
la oposición, cuyos líderes no son más que unos "traido-

res". Y, para darme una prueba de ello, se sirve de un argumento delicioso, arbitrario e inédito:

—¿Sabe usted lo que han dicho los habitantes de Alma-Ata al ver llegar a Trotski?

—No.

—Pues han dicho: *Es el antiguo régimen que vuelve.*

—¿ ? ¡ !

## La Transcaucasia
### Tiflis

Salgo de Astracán llevando conmigo la malaria. Las últimas cuarenta y ocho horas que estoy en esta ciudad, tengo que pasármelas en cama, con una fiebre devoradora. A pesar de lo cual me levantó y salimos hacia la región del Caspio, hasta Makhatch-Kala, donde tomamos el tren para Tiflis.

Es la segunda vez que entro en la capital de Georgia. Volveré otras tres veces, después de haber visitado Erivan, Bakú y Kakhetia.

Tiflis es la ciudad más hermosa de la Unión, y aquella en que se forma cola durante más tiempo para poder obtener pan. Estas colas comienzan a las tres de la mañana. De éstas y de no pocas cosas más, no dicen una palabra los escritores comunistas franceses, comunistas "en la línea".

Yo podría escribir, a mi vez, un libro, e incluso dos, únicamente destinado a Georgia, aun cuando no fuera más que para llenar los inmensos vacíos de esos libros muy sensatos, estúpidos, absolutamente falsos y totalmente incomprensibles, hijos de la pluma de un escritor que ha sido una vez *hombre* y que hubiera ganado con seguir siéndolo.

Pobre mundo. Pobre arte. Pobre conciencia humana. ¡Cuán dignos de compasión y cuán despreciables sois! Un huesecito para vuestro vientre y una miga de vanidad para vuestro corazón seco os bastan y os colman de felicidad y de quietud, os vuelven ciegos, sordos y mudos; os transforman en moluscos y os hacen olvidar la extensión del

sufrimiento que hacen pesar sobre la tierra los tiranos a los cuales servís.

Tiflis, Georgia, Transcaucasia, Unión Soviética entera: no es aquí, ni hoy, donde ni cuando me será posible decir lo que sois. Pero voy a vomitar, al instante, el símbolo de lo que han hecho de vosotras. Y así, sólo así, no habré comido inútilmente de vuestro pan.

## Borjom

Nuestro itinerario prevé, para este fin de septiembre, un mes de descanso, a fin de clasificar nuestras impresiones, y, a ser posible, escribir nuestro primer volumen. Por mi parte, siento que soy hombre perdido: de mi pluma no saldrá ya una sola nota alegre. Pero el cretense, que es un poeta, está de tal modo seguro de poder decir las cosas con habilidad, que hará posible la publicación de nuestro libro en Moscú. Muy bien. No desean otra cosa en Moscú; es decir: no desean otra cosa que poder publicar artículos nuestros, que "estén en la línea". Tampoco le vendría mal esto a nuestra bolsa común, bastante enferma; pero no queremos hacerlo así como así.

Rogamos al Gobierno de Georgia que nos facilite la estancia por espacio de un mes, sin pedirle otra cosa sino que nos ponga en las mismas condiciones de existencia de que goza todo ciudadano soviético que no sea *nepman* o comisario del pueblo, pues ya no podemos pagar por una habitación para dos personas cinco o siete rublos diarios.

Se nos colma de generosidad: el Gobierno nos ofrece hospitalidad completa en su propia casa de reposo, en *Likanski-Dvoretz,* cerca de Borjom. Suntuosidad. Nos encontramos en el antiguo palacio de verano del duque Mikhail Nicolaevitch Romanof, al cual mataron. Huele un poco a sangre y a la nueva felicidad sangrienta.

Es una estancia inolvidable, a veces triste, frecuentemente melancólica. Región divinamente pintoresca; montañas salvajes; ríos... Después de la famosa ruta militar de

Vladikavkaz, que recorremos en "auto", saliendo de Tiflis, nos dirigimos hacia Tsikhisvari y Abastuman. Hay momentos en que me niego a creer que pueda existir tanta felicidad, reservada a una ínfima parte de la humanidad, en la tierra.

Y el cretense escribe, escribe, mientras yo me consumo y tomo quinina cuatro veces al día.

## Eriván

El armenio es hombre a quien conozco bien, tan bien como al griego y al judío. Los tres me son muy simpáticos, a pesar de sus defectos, entre los cuales el que más se les reprocha es que, si el sol desapareciera para siempre, serían los primeros humanos capaces de arreglárselas sin él.

Esto no es precisamente un defecto. Me convenzo de ello en Armenia, que no es más que una horible ruina y que será la primera en levantarse de esa ruina, gracias a la capacidad de adaptación del armenio, y a pesar del comunismo. Sí, a pesar suyo. Pues hoy, que ya sé (y más adelante se verá), en qué se ha convertido, en las innobles manos del hombre, ese comunismo no es ya a mis ojos más que un despilfarrador de vidas. Para él no somos, ¡ay!, más que carne de cañón, ni más ni menos que para el capitalismo, aunque por razones diferentes, lo cual le importa poco al obrero de la fábrica.

La falsía del hombre que detenta el poder y que juega con la verdad, aparece tan evidente en Eriván como en el resto de la Unión y en la Internacional. Ese hombre apesta a mentira, a hipocresía, a entusiasmo falso y a las ventajas de que goza.

Pero aquí se realiza cada día, al lado de la mentira, un gran trabajo. Y es que el armenio es más sobrio, más ahorrador que los otros. No pierde nunca el norte. ¿Se le prohibe enriquecerse solo? Pues se enriquecerá colectiva-

cuente. Y ¿quién sabe?, quizá ese día el propio Etchmiadzin y su Katholikos no estarán tan mal.

La Armenia es una ternerilla que mama de dos vacas: la soviética y la armenioamericana, de las cuales saca no poca leche. Aquello de que no dispone, se lo prepara sobre el terreno, pacientemente, laboriosamente.”

## Akhaltsikh-Bardzia

No olvidaré nunca este rincón, por el gran número de bolcheviques de raza que en él hemos descubierto, y, entre ellos, particularmente, el presidente del soviet local, un hombre que nos inflamó con los terribles relatos de la guerra civil que había vivido.

Por otra parte, esta selección se justifica en Akhaltsikh, país asolado por las incursiones de los bandidos turcos que atraviesan la frontera, roban, asesinan y se vuelven al país de Kemal Pachá. Ha habido que dar pruebas de firmeza. Han tenido que ejercer una represión despiadada contra ellos. Ahora nos aseguran que la región está “más tranquila”, y nos invitan a una penosa, pero bellísima excursión a Bardzia: unos 43 kilómetros, de los cuales, buena parte tenemos que hacerlos a caballo. Quieren, ante todo, darnos una idea del estado salvaje de estas montañas caucásicas, bastante más imponente que la de Vladicáucaso, y, después, hacer que veamos la ciudad troglodítica y las ruinas de lo que fué antaño orgullo de la famosa reina Tamara.

Aceptamos todos, incluso las mujeres, con entusiasmo, pues constituye una alegría para nuestros corazones oír a esos bolcheviques, cuya fe permanece intacta y cuya vida resulta durísima en este agujero perdido del Cáucaso. Pero en cuanto echamos de ver el número de hombres armados que nos acompañan, y después, instalados en nuestras monturas, a los seis carabineros a caballo que deben escoltarnos, nos preguntamos si hay verdaderamente motivos para

llamar a esto un país "más tranquilo". Pero, a pesar de todo, seguimos adelante.

No lo lamentaremos nunca.

En este camino hemos visto una estación agronómica construída sobre una antigua prisión zarista. ¿Por qué, cuando se es bolchevique, no se es más que eso?

## Bakú

No hay que esperar que exalte las sondas, que tan bien conozco por haberlas visto en mi país. No se trata más que de petróleo, del cual no se sirven hoy más que para pasear, por tierra y por los aires, a la putería de este mundo y el germen de la próxima matanza universal.

Residimos en Bakú por segunda vez también. No nos han olvidado. Surgen caras conocidas, muy amables, pues el hombre es amable en cuanto le hacéis una sonrisa. Y no podíamos por menos que sonreír, ante unos hombres que no son los principales culpables y que os reciben con los brazos abiertos.

Nuevas visitas a las sondas o pozos, que se hacen densos como un bosque. Respecto a la condición del obrero, ¿qué sé yo? ¿Qué puedo saber cuando comparo las cifras? Conozco la suerte del obrero cuando me encuentro codo con codo con él. Pero hoy, que no bajo de los coches oficiales más que para sentarme a las mesas oficiales, no quiero ni siquiera ir a interrogarle. Se burlará del señor en que me he convertido, o me mentirá. Y a mí no vuelven a engañarme así como así.

Vemos, a decir verdad, "trece barrios obreros, que ofrecen alojamiento a veinticinco mil almas", todos nuevos, confortables, demasiado confortables. Penetramos en varios hogares. Bellos, cómodos. Se nos aclama. Respondemos con sonrisas. "Deme usted el ruibarbo y yo le daré el espantalobos".

Y abandonamos el país del oro negro sin enterarnos del tumulto que lo agita, sin enterarnos de nada, salvo de que, en el hotel en que hemos vivido, un *nepman* y un comunista se distribuyen fraternalmente el mismo plato copiosísimo.

## Telav (Kakhetia)

Venimos aquí a visitar el país del famoso vino de Tsinandali; pero a mí, personalmente, lo que me atrae es otra cosa: Telav es uno de los centros del terror burocrático, consecuencia despiadada de la cruel represión roja de 1923, durante la sublevación nacionalista, en que fueron diezmadas regiones enteras. Este es mi vino de Tsinandali.

Hubiera querido venir acompañado por un guía elegido por mí. No fué posible hacerlo. Nos encontrábamos en Tiflis. Nos hicieron cargar con una especie de "escritor proletario", con no sé qué cantidad, de la cual no teníamos la menor necesidad. Pero, la noche de la salida, el crápula "proletario" se emborrachó de lo lindo, llegó con retraso, nos hizo perder el tren de media noche y estuvo vomitando durante todo el trayecto, entre el hotel y la estación, a la ida y a la vuelta.

Me quejé al presidente Makharadzé y al comisario Todría, hombres respetables, viejos bolcheviques, que se indignaron. Y salimos finalmente para Telav en compañía del propio secretario de la presidencia, el camarada Metrevelli. Fácilmente se comprenderá que en tales condiciones me fuera imposible moverme. Sin embargo, algunos griegos que encontré en Kakhetia me dijeron lo bastante para que, a partir de aquel momento, se enfriara definitivamente mi corazón respecto de un régimen que arroja al campesino georgiano de su hogar, le intima la orden de *largarse a donde quiera* y hace ocupar su casa y su pedazo de tierra por unos cuantos "lobos en la línea".

Una noche pude salir solo e ir a ver a una de las des-

graciadas familias, errantes por todo el país, que se mueren de hambre y duermen en las estaciones. Es para morirse de tristeza.

*Lo que han hecho de Georgia...*

¡Pobre hombre!

## Batum, Sukhum, Novi-Afon

Me encuentro, ahora, en plena quiebra de la fe. La Transcaucasia, imperio de la arbitrariedad, se da la mano con el Cáucaso, país de los abusos y de las orgías comunistas, y entrambos completan la regla general de la U. R. S. S. No existe el menor rastro de voluntad ejercida desde abajo. Opresión desde arriba. Los pequeños gobiernos regionales no hacen más que obedecer a Moscú. El tono de la política en vigor es el siguiente: *aplastar toda veleidad de independencia espiritual y de verdadera crítica; servirse de cualquiera, con tal de que vote en la línea, tanto en el partido como en los sindicatos.*

Los sindicatos, sobre todo, así como los *Jakt* (cooperativas de alojamiento) dan pruebas de una crueldad tal que no puede compararse a la *okhrana* zarista. La *okhrana* no era más que una policía bien organizada, pero cuyos funcionarios no constituían una secta. Además, la *okhrana* no hundía su negra mano en el vientre del hombre; no lo atacaba más que en su derecho de pensar; si el hombre no pensaba como el zar, se exponía a perder un día su libertad o su vida, o las dos a la vez. Todo esto era sabido. Mas, en espera de este "accidente", el hombre podía ganarse su pan. Antes o después del presidio, el obrero, a pesar del "cuaderno negro", seguía siendo un obrero, digno de empleo y de tener un alojamiento.

No sucede lo mismo hoy, cuando no se piensa como el Politbureau. La mano feroz del partido y la del *Jakt* lo detentan todo, el pan y el abrigo. Una sola sospecha basta para que tu puesto en la fábrica, o tu vivienda, se vean amenazados. Un paso más por el camino de la insumisión,

y te plantan en la calle; arrojado del sindicato y de tu trabajo, no habrá nadie que pueda darte ocupación. Y estás condenado a la miseria más negra, al hambre y al suicidio. Y si por casualidad eres "un mala cabeza", que tienes la osadía de agitarte, un día te recogen discretamente y tus propios compañeros dejan de saber qué ha sido de ti.

*Lo que han hecho...*

Pero se ha hecho y se hace algo más todavía. Y he aquí el resultado de ello:

El terror que va contra el vientre y contra el abrigo, es decir, el peor de los terrores, produce, un día u otro, la cobardía general, y la unión de entrambos permite a los tiranos gozar a sus anchas.

Lo hacen sin el menor escrúpulo, en las propias barbas de los vencidos. Apoyándose, ante todo, en una minoría gobernante, con la cual reparte el poder la mejor parte, y, después, sobre una masa dispuesta a todo con tal de asegurarse el pan, la burocracia falsifica escritos, dilapida los fondos de la caja, viola a la mujer que le gusta, exige de las obreras un impuesto "en especie"... Verdadero paraíso terrestre, el Cáucaso ha visto estrellarse magníficos automóviles en los abismos, con ilustres jefes, bellísimas mujerzuelas y el camarada chófer, todos ellos borrachos perdidos.

En Astracán, uno de éstos "camaradas chófers" (el coche y el chófer del propio *ispolcom*,), tomándonos, sin duda, por "comunistas" de postín y sin dejar ni un solo instante de gastar bromas a nuestras compañeras, conduciendo como un loco, a pesar de nuestras advertencias, atropelló a un niño y le pasó por encima, afortunadamente sin matarlo. Yo me levanté y le di al chófer unos cuantos puñetazos, como suele hacerse entre los que no son comunistas, y a pesar de ser el chófer del *ispolcom* y de la presencia de Rakovski en el "auto".

Eso es "lo que han hecho" de la mermelada comunista.

A nuestra llegada a Novi-Afon (Abkhasinia), en no-

viembre, escribí mi primera carta el 4 de diciembre de 1928, a una institución de Moscú, carta en la que digo cuanto veo, sé y creo. Lo digo en la forma más amistosa, pero franca y categóricamente.

Y después de pasar unos quince días en aquel formidable claustro—un magnífico país que ríe al sol y al Mar Negro—, tomamos el tren para Moscú.

## Gagri-Sotchi-Moscú

¡Ah, los buenos abkhasianos, que hicieron cuanto estuvo en su mano por serme agradables y que me van a maldecir! Pero ¿van a ser ellos solos a maldecirme? Toda esta "sexta parte de la tierra" y toda la Internacional, que se parece a ella, habría de maldecirme también.

Así sea. "Toda" y "toda" son un decir.

Cuando acaben las maldiciones, empezará a abrirse paso la verdad. Entonces se me encontrará en mi puesto, el que conservo desde que vine al mundo, y en el cual pienso seguir.

El Cáucaso ribereño del clemente Mar Negro, de Batum a Novorossisk, se ve habitado con frecuencia por griegos y por rumanos. Algunos de ellos aullan como lobos por un plato de lentejas, lo mismo que la mayoría de los grandes centros industriales. No por eso he dejado de encontrar algunos hombres. A ellos les debo, en primer lugar, la verdad que me ha abierto los ojos, antes de debérsela al monstruoso tumor que va a reventarme al instante en plena cara, como una implacable confirmación de la verdad que no puede permanecer oculta hasta el infinito.

No sospechábamos la existencia de este tumor, ni más ni menos que no sospechamos lo que sucede en el planeta Marte. Y, sin embargo, sentíamos que iba a producirse una ruptura definitiva en nosotros.

Así, dejamos de entusiasmarnos por los esplendores terrenales que desfilan ante nuestros ojos, mientras el "auto" nos lleva a través de la divina región de Sukhum, Novi-

Afon, Gagri, Sotchi, siendo capital en la línea del Cáucaso a Moscú.

¡Adiós, sueños y proyectos! Sueños de abnegación por la nueva Santa Rusia, que adoramos. Proyectos de combates en defensa de la U. R. S. S., madre que concibe a la humanidad del mañana.

¡No te regocijes demasiado pronto, peste blanca, gentuza, podredumbre incapaz de concebir ya nada, como no sean cataclismos, la miseria, la cobardía, el egoísmo, la esclavitud, la orgía! ¡Atrás todos vosotros que apestáis a sudor de explotados, a sangre ajena y a vuestros propios excrementos!

Sí; somos, de momento, los vencidos. Sí; no llegamos a entendernos, entre hermanos de combate. Pero tener por seguro que formaremos en todo punto un solo frente de combate contra *vosotros*, los sepultureros, y que estamos dispuestos a morir hiriéndoos con todas nuestras fuerzas.

Nosotros tenemos estómago para digerir nuestra podredumbre y después concebir una vida nueva. Vosotros, no.

## Moscú: llamamiento supremo

Las verdes estepas del mes de agosto, las estepas grises del otoño, están ahora enterradas bajo la nieve. El paciente, el confortable tren ruso, las destripa jadeante, bufando.

Ya lo conozco todo. Estoy ya en mi segundo invierno ruso. Y, sin embargo, no puedo saborear su encanto: mi corazón está muerto.

Nuestro compartimento, que supo de tantas discusiones acaloradas, de tantas risas, no es ahora más que un triste dormitorio. Dejamos de dirigirnos la palabra. En las estaciones, cada cual baja a comprarse los víveres que más le gustan, vuelve a subir, come, dormita, sueña o gime solo.

El cretense está más sereno que yo. Lo comprende y lo acepta todo. Nos vemos un poco separados por cierta

tibia divergencia. Habíamos decidido proseguir nuestro viaje al Turquestán y a Siberia, hasta Vladivostok, y, a ser posible, hasta la China y el Japón. Pero yo, por mi parte, considero perdida la causa que quería defender; me niego a aceptar billetes de favor ni las fastuosas recepciones que me obligan a sonreír, a sonreír... y a callar. Sin mí, el cretense sabe muy bien que todo se va al diablo.

Todo se ha ido al diablo ya, pues me encuentro con un Moscú al corriente del cambio que se ha operado en mí. Me hablan de ello antes de que abra la boca.

Por otra parte, Moscú habla de un montón de cosas a la vez y lanza una serie de porquerías. El olor de una de estas me ha dado ya en las narices en el Cáucaso; se afirma de arriba abajo que el sexagenario de Gorki y las fantásticas y arbitrarias ediciones que se han hecho de sus obras completas, han costado un millón de rublos a la princesa harapienta.

Voy a informarme en la propia fuente, pues también yo tengo mis pequeños y mis grandes ingresos. Y me contestan que sí, que es verdad.

—El hombre a quien ha confiado Gorki sus intereses soviéticos, no nos habla jamás de treinta o cincuenta mil rublos, sino de cien mil, y en dólares.

Acude a mi memoria una observación de Upton Sinclair, refiriéndose a Jack London: *Es imposible que un hombre tenga un contrato de treinta y seis mil dólares por año con los Hearst Magacines y conserve su alma en vida.* Es exacto. Y Jack London lo ha pagado *tragando láudano a la edad de cuarenta años.*

Debemos saber tragar láudano o, mejor aún, conservar nuestra alma en vida.

El ejemplo de podredumbre que se da así desde la cima de la inteligencia artística, demuestra que todo va al mismo compás en torno nuestro. Dejemos de lado los cien pequeños escándalos que se producen todos los meses en toda la Unión. Mas no podemos olvidar el horrible tumor

del Soviet, el comité del de Smolensk, donde el comité sindicato, la milicia, la Guepeú, la magistratura y la redacción del periódico local, se coaligan para irse de juerga y comerse los fondos durante cerca de un año, abatiéndose sobre toda la ciudad. No hay una sola mujer que les guste que sea capaz de resistirles. Y el tumor no revienta más que cuando llegan hasta asesinar a una de las mujeres. Entonces fusilan a unos cuantos y encarcelan a otros; pero a uno de ellos se le nombra sustituto del procurador en una ciudad de Siberia.

En el mismo Moscú, asisto, uno tras otro, a varios escándalos análogos.

Varios escritores y poetas de los más soviéticos, de los más proletarios, se llevan una noche a la mujer de un "camarada", querida de uno de ellos. Se emborrachan, dan un narcótico a la loca y se la pasan de unos a otros. A la mañana siguiente, al recobrar los sentidos, la desgraciada se suicida. Cuatro o seis años de presidio.

El comité del sindicato de Moscú entero se constituye en una liga secreta *en favor de la alegría del buen pueblo raso.* Cada uno de los componentes da la inicial de su nombre. Estas iniciales forman, por casualidad, una palabra estimable y conocida en el mundillo del teatro japonés: *Kabouki.* Se llaman los *Kabouki.* ¿Y a qué se dedican? A correr juerga tras juerga, con la imprescindible mujer y a costa de la pobre caja. Esto hasta el día en que, eloquecidos por el vodka, se lanzan una noche a la calle, desnudos, hombres y mujeres, con un bote de mayonesa en la mano. Y los milicianos los detienen en el preciso instante en que los machos untan de salsa las nalgas a sus hembras.

El artículo-folletón que publican los periódicos ese día, es una obra maestra de humorismo.

Poco después, el comité del sindicato de funcionarios y de empleados de Moscú hace construir una Casa del... Pueblo, o de los sindicados, e instala en ella la radio por la bagatela de seis mil rublos. Tras esto, los excelentes ca-

maradas *venden* sus pisos de la ciudad y se trasladan a sus nuevos locales.

Stalin, explotando estos dos escándalos en su animosidad contra Tomski, presidente de los sindicatos-*okhranas*, obtiene de los crápulas burocráticos el voto que solicitaba contra su propio presidente, y los toma después bajo su protección, ahogando ambos asuntos.

Y en provincias:

Un soviet del pueblo hace que se tienda en el suelo toda la población local, y le da una paliza soviética.

En una ciudad del Caspio, dos comunistas importantes recogen a una mujer en su "auto", la llevan a su casa y la violan. La mujer, desgraciadamente, es la esposa de un miembro del partido, que arma el consiguiente escándalo. Acaban excluyéndolo.

En Leningrado se producen tres escándalos de primer orden, uno de los cuales no se ha hecho público:

1.° Todo el Comité de las Juventudes comunistas (como he dicho ya en otra parte), es acusado de robo, violación, de crímenes de derecho común;

2.° La administración superior-comunista de una prisión de la ciudad cobra un "derecho en especie" por cada mujer hermosa que quiere ver a su marido encarcelado. Es un proceso lleno de detalles horribles;

3.° No se trata más que de una pequeña juerga—ahogada—, cuyos héroes son personajes importantes y que tiene un desenlace muy soviético. Tres presidentes: el de la Comisión de Control, el de la Guepeú y el del Soviet de Leningrado, se encierran una noche en un hotel local, en compañía de unas mujeres, y se gastan, desde ese momento hasta la mañana siguiente, la suma redonda de setecientos rublos. Esto hace cerca de dos mil francos. Pero la Guepeú manda a dos de sus linces a espiar a su propio presidente y a sus comparsas. Los pobres diablos redactan un informe de lo que han visto; se abre una encuesta en Moscú; se absuelve a los crápulas (porque el dinero gastado correspondía a las gratificaciones del aniversario, que se les debían legalmente) y se *destituye a los dos pequeños espías*.

Paralelamente a esta danza, se desencadena ante mis ojos la de las detenciones en masa de los oposicionistas, pequeños y grandes, y su deportación. Detienen al hombre allí donde le encuentran: en el trabajo, en la calle o en su casa, ante los ojos de sus hijos, que empiezan a gritar. No se dan explicaciones a nadie. Si recae sobre vosotros condena, podéis daros por felices si os la comunican, así como el lugar en que seréis internado. Si el condenado se declara en huelga de hambre, le registran los bolsillos, para ver si ha ocultado en ellos algunos terrones de azúcar, después de lo cual le comunican que está en libertad de negarse a aceptar alimentos, y le cierran la puerta. Y si alguien se suicida, ¿quién es capaz de enterarse? Si otro cualquiera, en Leningrado, opone una viva resistencia, se lo llevan a la fuerza, le aplastan el cráneo, y después llaman a su mujer y le ofrecen cien rublos. Le dicen que su marido se ha suicidado, y que no se sabe dónde se encuentra su cadáver.

En 19 de diciembre de 1929, en Moscú ya, escribo una segunda carta a la misma alta inspección, donde cuento con amigos. Completo mis denuncias y pido que se me permita decir todo el mal que conozco, aun cuando siga otorgando mi confianza al poder. Sin esto, me veré obligado a abandonar Rusia. Y una vez fuera, en París, *tengo* que hablar o tragar láudano.

No me veo un solo minuto a solas en mi habitación del *Passage*. Se hacen discretas tentativas para volver a pescarme. Leo a dos o tres íntimos las copias de mis dos cartas. Uno de ellos me dice: "Te has ganado que te manden a Siberia. Te ruego que no le digas a nadie que me has leído esas cartas". Otro protesta con toda su inocencia soviética: "Hay en eso una parte de verdad; pero, en general, seguimos el buen camino y haces mal en decir eso".

Entonces voy a llamar a la buena puerta. Quiero discutir y saber hasta dónde llegan los límites de la traición.

En su boca, una décima parte *de mal*, mezclada con nueve décimas partes *de bien*, inclusive, nos será funesta.

—Entonces, ¿qué quería usted: que escribiera *Lo que han hecho*... y patatín y patatán?

—No. Esos libros no los lee nadie y usted no puede ni debe escribirlos.

—¿Entonces?

... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ...
... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ...

Hasta las cuatro de la madrugada, una lucha de las más sinceras, de las más amistosas, de las más fraternales, hasta que caemos agotados, y yo estoy dispuesto a todo, a todo, con tal de que acepten la verdad públicamente, en interés de la clase obrera del mundo.

No. Imposible. Sucédense las noches; pasa un mes. No es posible hacer nada. Nos estrechamos las manos amablemente, con ojos tristes, y nos separamos, conservando cada cual su mentalidad.

En la negra noche, un gran coche conducido por un *haiduc* me lleva al hotel. Miro hacia las ventanas dormidas de todas las casas, y me digo:

—Y, sin embargo, son *los obreros* quienes ocupan hoy todos esos pisos.

# El asunto Russakov o la U. R. S. S. de hoy

Digo bien: "El asunto Russakov o la U. R. S. S. de hoy".

Un "asunto", aun cuando fuese de los más lamentables, si no se tratara más que de un caso aislado, y si los rasgos que lo caracterizan no revelaran el espíritu y los sentimientos de una amplia humanidad, no merecería que lo recordáramos aquí.

Pero el asunto Russakov no es más que un síntoma. Desde las causas que lo provocaron hasta el desenlace que acaba de tener, pasando por las múltiples peripecias de su desarrollo, encontramos en juego a toda la Unión Soviética: en su política, en su humanidad y, sobre todo—¡ay!—, en su moralidad.

Yo no me he ido a vivir a Rusia para descubrir que los obreros de la "patria proletaria" disfrutan de un bienestar *material* superior al de los obreros de los países burgueses. No. Es más: dispuesto estaba a cerrar los ojos a la carencia de *todo bienestar material*; y no hay nada de eso. Pero estaba firmemente convencido de que, desde el punto de vista de la *justicia elemental*, la "dictadura del proletariado" no dejaba nada que desear, pues si resulta dificilísimo crear el confort, no hay nada, absolutamente nada que impida ser *justo y honrado.*

¡Qué monstruosa revelación!

¡Si pudiera tener, a lo menos, el inhumano consuelo de

creer que *sólo* la clase enemiga padece la inmoralidad y la injusticia "proletarias"; ¡si pudiera decirme que la ignominia se ha llevado a cabo en el fondo de Siberia! Pero no. La que más sufre en la U. R. S. S. es la clase obrera. El asunto Russakov se ha producido en la segunda capital de Rusia, y se producen y son ahogados miles de asuntos parecidos de un extremo a otro de la Unión. Pero cada víctima no encuentra lo que ha encontrado el viejo Russakov: un denfensor dispuesto a remover cielo y tierra, desde el jefe supremo de la Unión hasta el último burócrata, mendigando *justicia, justicia, justicia.*

¡Oh, Justicia! ¡Oh, Proletariado! Un proletario auténtico, un hombre que ha seguido siendo *hombre*, después de haber recorrido la escala de todas las existencias; un viejo hermano que sigue siendo vuestro hermano, os maldice con todo su corazón y os grita: *los "Asuntos Russakov" los miles de ellos que son conocidos y los centenares de miles que jamás lo serán, atraerán sobre vosotros la desgracia y os entregarán, por toda la tierra, a la misma suerte que reserváis a la pobre vida humana en el país de la justicia y de la Dictadura del Proletariado.*

Y he aquí ahora la faz de vuestra patria.

Trabé conocimiento con Russakov por mediación de su yerno, el escritor Víctor Serge (Kibaltchitch), en noviembre de 1927, durante nuestra visita oficial a Leningrado. El viejo Russakov, cuya familia se compone de seis miembros, a más de Víctor Serge con su mujer y su chico, ocupan un piso en el número 19 de la calle de Jeliabov.

En el origen de la odiosa provocación, que hoy se ha convertido en un verdadero *asunto*, tropezamos con la envidia de los "jóvenes comunistas", excitada por este piso de once piezas. El piso es, desde luego, espacioso y bello; pero el viejo no es responsable de esa belleza, ya que ocupa legalmente su piso, y respecto a la extensión de éste, aún es menos culpable: *son nueve personas y no ocupan más que cuatro habitaciones y un gabinetito; las demás habitaciones, que pertenecen a la Cooperativa de Alejo*

*mientos (el Jakt), las ocupan los miembros de esta cooperativa.*

¿Cómo hubiera podido imaginarme que una simple cuestión de vivienda pudiera alcanzar un día tales proporciones que se llegase a pedir públicamente la muerte de un hombre inocente, del hombre que duerme precisamente en un jergón, en un cuartucho oscuro y disimulado detrás del cuarto de baño?

Entusiasmado, ganado por "la obra socialista", y tal cual me veían durante las fiestas del décimo aniversario, los pobres diablos no me hicieron grandes confidencias sobre sus zozobras. Tan sólo supe que, por ser Víctor Serge oposicionista (poco peligroso, por cierto), los suyos no podían esperar más que los rigores de un régimen despiadado para con todos aquellos que no se encuentran en la "línea". Ahora bien: precisamente el viejo Russakov se encontraba menos aún que su yerno "en la línea".

Trabajador manual desde hace más de cuarenta años, revolucionario independiente de siempre, Alejandro Ivanovitch Russakov no es otro que el bravo judío Josselevitch, obrero tintorero de Rostov. Durante la revolución de 1905, toma parte en la defensa del barrio judío de esta ciudad contra los ataques de los cien negros, ve su casa saqueada, y se lanza el mundo adelante. Pasea su joroba durante quince años, arrastrando consigo a una mujer valiente y a siete hijos, en su mayoría de corta edad. Y sigue siendo revolucionario y realizando por doquiera su pequeña agitación.

La realiza en Marsella, donde vive durante largo tiempo, zurciendo los trajes de los marinos y sin olvidarse nunca, al entregárselos, de entonar a sus clientes su vieja cantinela de judío errante, arrojado por los pogromos. Y tan bien la realiza, que en 1919 el gobierno francés lo encuentra indeseable, lo encierra en un campo de concentración, y lo canjea, en compañía de otros varios detenidos, contra oficiales franceses, rehenes de los bolcheviques.

Llegado a Petrogrado con toda su prole, Russakov llora de alegría, y besa la tierra de la revolución. Organi-

zador y trabajador infatigable, dota a la capital menesterosa de un lavadero "*¡que iba bien, rediós!*", como exclama él. Seguidamente crea dos "Casas de Niños". Después...

Esto es todo. La "tierra de la revolución" no necesita ya de una simiente de esta clase. Cuando se le arrastre al banquillo de la "justicia" soviética, la acusación reprochará a Russakov que haya trabajado—no obstante ser, como era, director del lavadero—, ni más ni menos que todos sus camaradas obreros. "¡Otro mal ejemplo!—le echará en cara el camarada presidente del tribunal—. Usted era director, y no tenía por qué trabajar".

Quizá haya sido esta la opinión de los comunistas de la nueva "línea", que se separaron de un director culpable de haber dado tan malos ejemplos. ¿Qué sería de la Unión Soviética si todos los directores, presidentes, secretarios y demás burócratas se pusieran a trabajar como simples obreros?

Convertido en un simple útil de trabajo, y rodando de una fábrica en otra, Russakov no se apura ni poco ni mucho.

"A mí me da lo mismo—me dice—. Cuando yo era director, mis hijos no tenían zapatos; ahora que soy obrero, tampoco. Y para ganar el pedazo de pan que debo darles, todavía están buenos mis brazos. De una manera o de otra, no pido más que una cosa: poder ganarme la vida para mí y para mi familia, como lo he hecho siempre. ¡Y que me dejen en paz!"

Aquí empieza el drama.

En todos los países burgueses, un trabajador que no pide más que ganarse el pan, y, fuera de eso, que lo dejen en paz, no incurre en consecuencias por ello. Pero no sucede lo mismo en la "patria del proletariado". En primer lugar, la paz no existe para nadie en Rusia, ni siquiera para el burócrata, que se pasa noche y día preguntándose si sigue "en la línea", si no se ha desviado por casualidad

en un milímetro, durante su sueño o mientras se sonaba. Y en cuanto al pan...

El pan lo es todo en la vida, cuando la vida no es más que un infierno. Cuando el derecho a pensar y a moverse no es más que un recuerdo, tener el pan asegurado es enorme, lo es todo. El dictador lo sabe muy bien. Hunde su mano, negra o roja, en el vientre del hombre, y le hace comprender lo siguiente: "Morir casi no es nada. Todos los hombres son capaces de morir, y eso se ve durante las guerras y las revoluciones. Es mucho peor vivir teniendo hambre, y sin abrigo. Así, pues, como yo tengo necesidad de gobernar, te preguntaré qué piensas. Y según lo que pienses, tendrás o dejarás de tener pan y abrigo".

—¿Que qué pienso?—exclama el burócrata—. ¡Nada!, y le ruego me diga qué es lo que debo pensar. Y sobre todo, recuérdemelo todos los días.

—¿Que qué pienso?—replica Russakov—. Pues que sois unos puercos, unos bandidos, que plegáis a todo el mundo a vuestra voluntad, que monopolizáis todos los medios de existencia, que hundís en el hambre a todo aquel que no baila al son de vuestra gaita, y lo metéis en la cárcel en cuanto protesta a la faz del cielo. Ahí tenéis lo que pienso.

Dichas con la franqueza que hemos visto, estas palabras, nada más que estas palabras, no provocan ninguna catástrofe en aquellos países que el diablo ha preservado de una dictadura. Lo más que os ocurre es que os llamen "murmurador" y que os pongan a la puerta. ¡Y vaya un problema! En Rumania se dice: "Con tal de que exista el lago, habrá tantas ranas como se quiera".

Con tal de que un obrero sea capaz de trabajar... Trabajo, aun cuando no lo haya en tanta abundancia como hay ranas, siempre se encuentra, a pesar de todo. Por ser un obrero eternamente "murmurador"—tal como los honrados Russakov, a quienes se da hoy de latigazos en Rusia—, me ha sucedido, más de una vez al mes, y por espacio de treinta años, poner el grito en el cielo contra una injusticia, defenderme o salir a la defensa de otro y escu-

pir mi veneno a la cara de un "mono" o a la de su lacayo. Y lo peor que me ha podido pasar es verme despedido, o, las más de las veces, hacer mi hatillo sin aguardar a recibir el desagradable puntapié. Y una vez en la calle —la calle, mucho más vasta y mucho más hermosa cuando se sale de presidio—, me iba a dar mi paseíllo de hombre libre —o que se imagina serlo—, mientras me tragaba mi amargura, y después metía la nariz por una nueva ventanilla: "Buenos días, señor. ¿Me da usted trabajo?"

Esto era todo, aun cuando a veces fuese bastante amargo.

No sabía que pudiera existir algo peor.

Ese mal supremo, homenaje al impotente egoísmo humano; ese crimen de lesa humanidad, que el pensamiento universal marcará un día con su hierro candente; ese colmo del bandolerismo y del terror, ha encontrado su perfecta expresión en la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, bajo el reinado de la sedicente "Dictadura del Proletariado".

Tiranos que aplastáis la vida, ¿creéis acaso que todos los hocicos comen heno, que todos los labios pueden soportar un candado, que es posible adormecer todas las conciencias, y que no resonará más que nunca una voz en vuestro desierto?

Todo el mundo sabe lo que es el *Partido Comunista*: un arma de lucha para la ocupación del poder por el proletariado, cuyo estado mayor se encuentra en Moscú. ¿Pero sabe el mundo obrero lo que son los *Sindicatos Rojos?*

Antes de la guerra, cuando no existían ni el rojo, ni el blanco, ni el negro, no había, sencillamente, más que sindicatos que luchaban contra la patronal. Y yo pregunto: "*¿Contra quién luchan en la U. R. S. S. los sindicatos rojos? ¿Cuál es su razón de ser y la razón de su fuerza inmensa, en un país donde la patronal no es ya más que un recuerdo?*"

He aquí la razón de ello: tener en sus manos todos los medios que permiten a un trabajador ganarse la vida;

no distribuir el trabajo más que con arreglo a cómo piense aquel que quiere comer trabajando. Son los sindicatos rojos quienes ponen la ley en la fábrica, en el taller, en el almacén, en la oficina, en la vivienda, por todas partes. No hay nadie que pueda encontrar trabajo sin intervención del sindicato. Y una vez expulsados del sindicato, no os queda otro recurso que saltaros la tapa de los sesos, ya que se os veda toda actividad lucrativa, toda posibilidad de que os ganéis la vida.

Imagínese el espantoso poder de los sindicatos, puestos en manos de hombres a quienes las escuelas oficiales enseñan que la *moral* y la *honradez* son "prejuicios burgueses", y que sólo el *materialismo* tiene fuerza de ley en la tierra.

Y, dicho esto, alcemos el telón.

El 1.° de febrero de 1928, desmoralizado, vencido por un cúmulo de decepciones, acababa los preparativos para mi salida de Rusia, en mi habitación del hotel Passage, de Moscú, cuando vi entrar a Victor Serge, tranquilo, pero pálido como la muerte.

"Ya está—dijo, dejándose caer en una silla—: nos ha llegado la vez de ser devorados".

Y me leyó un telegrama que los suyos acaban de mandarle de Leningrado. Se trataba de un artículo abominable, publicado la víspera en el principal órgano regional del partido, *Leningradskaia Pravda*, la *Pravda* de Leningrado. El viejo Russakov era denunciado a la vindicta pública como enemigo del proletariado. Se pedía su detención inmediata y un castigo ejemplar. ¿Y qué castigo? El título del artículo lo indicaba bien claramente: *Kalganovskaia paroda*, es decir: *de la ralea de Kalganov*. Ahora bien: Kalganov, hijo de un antiguo propietario y asesino de un presidente de cooperativa, había sido fusilado algunas semanas antes.

Con los brazos colgando, fija la mirada en el suelo, Victor Serge parecía anonadado.

"¡Vamos, hombre!—le dije—. No me vas a hacer creer

que haya en el mundo nadie capaz de confundir a nuestro viejo Russakov con el blanco Kalganov. Eso es una broma siniestra".

Clavó en mí sus ojos apagados:

—¡Pobre amigo mío!... Conoces hoy este país como pocos, pero nadie ha querido decirte hasta dónde puede llegar aquí el poder del mal. Hemos tratado de evitártelo. Ahora, bien a nuestro pesar, el mal te salta a la vista. ¿Por qué no te has marchado ocho días antes?

—Pero, ¿de qué se trata?

—Se trata de lo siguiente; en la U. R. S. S., cuando uno se querella con un individuo *aislado*, la cosa no tiene importancia, pues las fuerzas son iguales; pero cuando se trata de una o de varias organizaciones—y este es hoy el caso—, cuando éstas atacan a un solo hombre, ese hombre está perdido. Es la lucha del puchero de hierro contra el puchero de barro...

Fuimos a buscar el artículo. Hélo aquí:

## De la ralea de Kalganov

Hace algunas semanas fusilaron en Moscú a Alejandro Kalganov, hijo de un antiguo propietario, que había asesinado al presidente de la cooperativa de alojamientos, Karavaiev. La ejecución de Kalganov fué una brutal advertencia dirigida al elemento *kulak* y *nepman*, que recobra actividad.

Pero, según parece, la muerte de Kalganov no ha producido en todo el mundo la esperada acción preventiva.

El 26 del presente, la camarada María Sviertsiéva, miembro de la dirección de la casa número 19, calle de Jeliabov, penetró en el piso del ciudadano Russakov a fin de examinar las reparaciones que acaban de hacerse. El ciudadano Russakov, principal inquilino, acercándose a Sviertsiéva, le preguntó groseramente qué había ido a hacer allí. Ante su respuesta de que se encontraba allí

como miembro de la Dirección, se arrojó sobre ella dando gritos y profiriendo insultos: "En tu Dirección son todos unos bandidos, lo mismo que tú".

En ayuda de Russakov salieron, de las habitaciones por él ocupadas, tres mujeres y un hombre elegantemente vestido, que se pusieron también a insultar a Sviertsiéva. Cuando Sviertsiéva preguntó al ciudadano que acababa de abordarla con qué derecho la insultaba, el desconocido respondió que era un escritor y que las leyes no se habían escrito para él. Seguidamente, poniendo un dedo sobre la orden de la bandera roja, con la que ha sido condecorada la camarada Sviertsiéva, el "escritor" exclamó: "Nosotros hemos fusilado por pelotones a las personas que llevaban esta orden".

Los agresores no se limitaron a las palabras. Una de las mujeres, hija de Russakov, cogió a Sviertsiéva por un hombro, mientras Russakov la golpeaba en la cara. Después, los cinco, con Russakov a la cabeza, arrastraron a Sviertsiéva por el pasillo, hasta la antesala, golpeándola con todo lo que encontraron a mano. Russakov daba de puñetazos a Sviertsiéva, su hija la golpeaba con no se sabe qué objeto duro, y el "escritor" no cejaba en su empeño de arrancarle la orden de la bandera roja. Sviertsiéva perdió el conocimiento, y cuando volvió en sí se encontró en los peldaños de la escalera, cubiertos de escupitajos.

Al volver en sí la camarada Sviertsiéva, con ayuda de los habitantes de la casa, se trasladó al hospital Perovskaia en busca de un médico, el cual certificó que su cuerpo presentaba fuertes contusiones, derrames de sangre, cardenales y arañazos. Su ropa estaba destrozada. La insignia de la bandera roja estaba retorcida.

¿Quién es Russakov? De las once habitaciones de su piso, alquila nueve, con las cuales especula como quiere. En una de las habitaciones alquiladas por él viven dos *komsomolki*, emigrantes rumanas, a quienes ha golpeado y aterrado más de una vez, hasta el extremo de que temían hacer la correspondiente declaración. En las reuniones de la casa, Russakov observa siempre una conducta

como miembro de la Dirección, se arrojó sobre ella dando gritos y profiriendo insultos: "En tu Dirección son todos unos bandidos, lo mismo que tú".

En ayuda de Russakov salieron, de las habitaciones por él ocupadas, tres mujeres y un hombre elegantemente vestido, que se pusieron también a insultar a Sviertsiéva. Cuando Sviertsiéva preguntó al ciudadano que acababa de abordarla con qué derecho la insultaba, el desconocido respondió que era un escritor y que las leyes no se habían escrito para él. Seguidamente, poniendo un dedo sobre la orden de la bandera roja, con la que ha sido condecorada la camarada Sviertsiéva, el "escritor" exclamó: "Nosotros hemos fusilado por pelotones a las personas que llevaban esta orden".

Los agresores no se limitaron a las palabras. Una de las mujeres, hija de Russakov, cogió a Sviertsiéva por un hombro, mientras Russakov la golpeaba en la cara. Después, los cinco, con Russakov a la cabeza, arrastraron a Sviertsiéva por el pasillo, hasta la antesala, golpeándola con todo lo que encontraron a mano. Russakov daba de puñetazos a Sviertsiéva, su hija la golpeaba con no se sabe qué objeto duro, y el "escritor" no cejaba en su empeño de arrancarle la orden de la bandera roja. Sviertsiéva perdió el conocimiento, y cuando volvió en sí se encontró en los peldaños de la escalera, cubiertos de escupitajos.

Al volver en sí la camarada Sviertsiéva, con ayuda de los habitantes de la casa, se trasladó al hospital Perovskaia en busca de un médico, el cual certificó que su cuerpo presentaba fuertes contusiones, derrames de sangre, cardenales y arañazos. Su ropa estaba destrozada. La insignia de la bandera roja estaba retorcida.

¿Quién es Russakov? De las once habitaciones de su piso, alquila nueve, con las cuales especula como quiere. En una de las habitaciones alquiladas por él viven dos *komsomolki*, emigrantes rumanas, a quienes ha golpeado y aterrado más de una vez, hasta el extremo de que temían hacer la correspondiente declaración. En las reuniones de la casa, Russakov observa siempre una conducta

manifiestamente antisoviética, provoca escándalos, hace reinar el desorden y trata de disolver las reuniones. Este hombre ha venido de Francia, donde tenía un taller de sombreros.

¿Y quién es Sviertsiéva? He aquí algunos datos sobre su biografía, de índole bien caracterizada. Veinte años de obrera; una de las organizadoras del primer Congreso de mujeres de 1918. Durante la guerra civil, sirve en el ejército rojo como jinete. Después trabaja ilegalmente en Polonia. Por sus méritos militares, se la condecora con la orden de la bandera roja. Miembro del Soviet de Leningrado; miembro del partido.

Tales son las biografías de clase del agresor y de la víctima. Merced a ellas se evidencia con absoluta claridad que en el pasillo semioscuro de un *piso burgués*, ha tenido lugar una riña de clase bien caracterizada.

Russakov es de la misma madera que el asesino fusilado, Alejandro Kalganov. Enemigo encarnizado de la sociedad proletaria, perjudicado en sus intereses personales, ha tratado de descargar su odio en la militante social Sviertsiéva. La agresión de Russakov, armado de sus puños, así como la de Kalganov, armado de un cuchillo, son una tentativa de ataque de los elementos *kulaks* y *nepmans* contra nuestras filas y nuestro trabajo creador.

La opinión proletaria exige la inmediata detención de Russakov. Debe efectuarse un gran proceso, que sirva de escarmiento y que ofrezca el mismo carácter de advertencia que el proceso de Kalganov en Moscú.

Es menester castigar severamente a los enemigos del proletariado, que operan en el frente de las viviendas y de la vida cotidiana, y que atacan a nuestros militantes a puñetazos y a cuchilladas.

El asunto Russakov debe salir del tenebroso pasillo de un *piso burgués*. Un gran proceso ejemplar, seguido de una severa sentencia, quitará a los demás las ganas de imitarle.

TOUR."

*Así, pues, la opinión proletaria exigía la inmediata detención de Russakov*, a quien el camarada Tour describe como acabamos de ver, *sin haberle visto ni interrogado nunca, sin conocer nada su vida, sin haber puesto jamás los pies en su casa, sin haber asistido a la escena de la agresión.*

Pido perdón a los obreros que me leen; pero hago tan poco caso de una "opinión proletaria" como esa, nacida del bolsillo de los *Tour*, los *MOUR* o los *Cour*, como de la "opinión" de que habla la Prensa burguesa, democrática o reaccionaria, por boca de sus respectivos *Tour*.

"Ahora—dijo Víctor Serge—la consecuencia lógica de todo esto será una lluvia de "resoluciones" de fábrica, y otras; como la detención del viejo, de mi compañera y quizá de mí mismo; nuestra expulsión del piso, que hace ya tiempo que nos quieren arrebatar, y, por último, "un proceso y un castigo ejemplares".

—Ahora—le dije—, lo que vamos a hacer es deshacer nuestros equipajes, prolongar nuestros visas y nuestros billetes y aplazar nuestra salida hasta nueva orden. ¿Qué dices tú, compañera?

—Estaba pensando lo mismo.

¡Qué felicidad es tener al lado de uno, en la desgracia, a una gran compañera para toda la vida!

Nos pusimos de acuerdo sobre cómo hemos de proceder lo más rápidamente posible. Debemos impedir, sobre todo y a toda costa, la detención de Russakov, que provocaría otras y que desencadenaría esa lluvia de artículos demagógicos, tan frecuente en la U. R. S. S., que alimenta a la plebe y permite al poder *mantenerse*.

En este momento, Víctor Serge recibe la primera carta de su casa. Y la verdad es que no ha habido ni más ni menos que una incalificable provocación por parte de la jinete roja Sviertsiéva, la cual, sin haber sido provocada, se arrojó sobre la mujer de Víctor y le llenó la cara de sangre a puñetazos. Nos echamos a la calle.

El doctor Nikolaenko, anarquista y *hombre*, de regreso de la frontera de Mongolia, adonde lo había mandado el

*Así, pues, la opinión proletaria exigía la inmediata detención de Russakov*, a quien el camarada Tour describe como acabamos de ver, *sin haberle visto ni interrogado nunca, sin conocer nada su vida, sin haber puesto jamás los pies en su casa, sin haber asistido a la escena de la agresión.*

Pido perdón a los obreros que me leen; pero hago tan poco caso de una "opinión proletaria" como esa, nacida del bolsillo de los *Tour*, los *MOUR* o los *Cour*, como de la "opinión" de que habla la Prensa burguesa, democrática o reaccionaria, por boca de sus respectivos *Tour*.

"Ahora—dijo Víctor Serge—la consecuencia lógica de todo esto será una lluvia de "resoluciones" de fábrica, y otras; como la detención del viejo, de mi compañera y quizá de mí mismo; nuestra expulsión del piso, que hace ya tiempo que nos quieren arrebatar, y, por último, "un proceso y un castigo ejemplares".

—Ahora—le dije—, lo que vamos a hacer es deshacer nuestros equipajes, prolongar nuestros visas y nuestros billetes y aplazar nuestra salida hasta nueva orden. ¿Qué dices tú, compañera?

—Estaba pensando lo mismo.

¡Qué felicidad es tener al lado de uno, en la desgracia, a una gran compañera para toda la vida!

Nos pusimos de acuerdo sobre cómo hemos de proceder lo más rápidamente posible. Debemos impedir, sobre todo y a toda costa, la detención de Russakov, que provocaría otras y que desencadenaría esa lluvia de artículos demagógicos, tan frecuente en la U. R. S. S., que alimenta a la plebe y permite al poder *mantenerse*.

En este momento, Víctor Serge recibe la primera carta de su casa. Y la verdad es que no ha habido ni más ni menos que una incalificable provocación por parte de la jinete roja Sviertsiéva, la cual, sin haber sido provocada, se arrojó sobre la mujer de Víctor y le llenó la cara de sangre a puñetazos. Nos echamos a la calle.

El doctor Nikolaenko, anarquista y *hombre*, de regreso de la frontera de Mongolia, adonde lo había mandado el

gobierno soviético, se encontraba en Moscú. Conocía a Russakov mejor que yo, pues había sido su compañero de concentración en Marsella y había formado parte, así mismo, del grupo canjeado contra los rehenes franceses. Una fotografía de la época lo representa, lo mismo que a Russakov, Víctor Serge y algunos otros presos políticos, ante la puerta de su prisión, rodeados de soldados senegaleses. (Posteriormente, un camarada juez, a cuya consideración sometemos este detalle del pasado revolucionario del viejo Russakov, pondrá en tela de juicio la autenticidad del documento, objetando, ante nuestra hilaridad, *que los senegaleses no le parecían bastante negros*).

En el "Petit Paris"—el único oasis de libre discusión en el tiránico Moscú—, celebramos consejo Pedro Pascal, el doctor Nikolaenko, Víctor Serge y yo. Pascal y el doctor se muestran escépticos, abatidos.

—No hay modo de hacer nada. Hay que dejarse devorar.

—Pero—digo yo—podemos agitar las manos y los pies vigorosamente, como cuando uno se cae al agua.

—Según lo que tú entiendas por "agitar las manos y los pies". En las aguas soviéticas, el que se agita mucho no suele conseguir más que ahogarse antes.

Pero Víctor Serge es de mi misma opinión, y por fin nos ponemos de acuerdo para bombardear al poder con telegramas, que cada cual redacta a su manera.

Expedimos de Moscú, el 1.° de febrero de 1929, los siguientes telegramas. El doctor Nicolaenko:

"*Redacción de la "Pravda", de Leningrado.*—Conociendo desde hace veinte años, por nuestra vida comunista de emigrados en Francia, al obrero revolucionario Russakov, protesto con indignación contra el calumnioso artículo de Tour, y exijo que se lleve a cabo una encuesta imparcial."

Víctor Serge, telegrafía:

"*Redacción de la "Pravda", de Leningrado.*—Protesto contra la ignominiosa y calumniosa campaña realizada en la *Pravda* de Leningrado, con la firma de Tour, contra el

viejo obrero, emigrado político, Russakov. Esta campaña sucede a una larga serie de mezquinas provocaciones por parte de una *komsomolka* del tipo Smolensk (1), provocación que ha conducido a una agresión contra mi mujer, en su propio domicilio."

Y yo:

*"Al presidente del V. T. S. I. K. de la U. R. S. S., Kalinin.*—La *Pravda*, de Leningrado, ha publicado, bajo el título *Kalganovskaia paroda*, contra el viejo revolucionario Russakov, a quien conozco bien y cuya inocencia es fácil de probar, un artículo calumniso que constituye una intolerable incitación a las persecuciones jurídicas y a otras. Debiendo abandonar la U. R. S. S. dentro de cuarenta y ocho horas, dirijo un llamamiento a su espíritu de justicia, y solicito para esa familia de trabajadores una reparación pública."

*A la "Pravda", de Leningrado.*—Respecto al artículo *Kalganovskaia paroda*, publicado en su órgano, ruégoles tomen nota de lo siguiente:

Conozco a la familia Russakov, por haber vivido en su seno en Leningrado, y estoy absolutamente convencido, no sólo de su inocencia, sino asimismo de las persecuciones de que es víctima. Sepan que estoy dispuesto a obrar con la mayor energía, aquí y en el extranjero, contra semejantes ignominias."

Estos telegramas fueron expedidos por la tarde. El destinado a Kalinin sembró el pánico entre los empleados del telégrafo, que me conocían muy bien. No era la primera vez que se presentaba el caso. Pero aún no había importunado al Presidente de la Unión. ¿Dónde encontrarle? Llaman a un jefe, a otro. Telefonean a derecha, a izquierda...

---

(1) Durante un par de años, las más altas autoridades de Smolensk—magistrados, milicia, G. P. U., sindicatos—, practicaron, impunemente, el pillaje de la ciudad, desvalijaron a los habitantes y violaron a las mujeres.

"—Hay un telegrama para *tovarichtch* Kalinin.
—Mandadlo a la Central".

Las empleadas sonríen. Y yo sonrío con ellas, a pesar de mi corazón, que no esperaba un golpe así y que no tenía las menores ganas de reír.

Al día siguiente, a las diez, recibo la primera señal de la reacción. Pero, ¡qué reacción! La redacción moscovita de *Leningradskaia Pravda* me pregunta, incrédula, *si he sido efectivamente yo quien he puesto semejante telegrama* al gran órgano regional del partido, pues en Leningrado no quieren creerlo.

No puedo aguantarme. Olvidando que telefoneo desde el pasillo del hotel, me desato como un hombre que ya no tiene nada que perder, puesto que ha perdido la fe:

"¡Ah, creen ustedes que se trata de una mistificación! ¡Qué poco acostumbrados están aquí a ver levantar la cabeza a la gente!

—No... pero "Protestar aquí y en el extranjero" e "ignominias", nos parece un tanto excesivo.

—¡Les parece excesivo! ¡Ah, hatajo de cochinos, asesinos de obreros! ¡Sí; lo que ustedes hacen son ignominias, y he de protestar contra ello aquí y en el extranjero!"

Chillo así durante diez buenos minutos, sin dejar hablar a mi invisible interlocutor, sin saber siquiera si me escucha todavía. Las puertas del pasillo se entreabren. Mejor que verlos, siento unos ojos muy abiertos que me miran un instante y desaparecen.

Por fin me callo. La voz del redactor concluye:

—Está bien, camarada Istrati. Comunicaré lo que acaba usted de decirme. Yo, por mi parte, no tengo la menor responsabilidad...

Cuando vuelvo a mi habitación, encuentro a mi compañera con el rostro radiante. Pero Víctor Serge está aterrado.

"Nadie hasta hoy ha tenido la audacia de decir a los Soviets lo que tú acabas de arrojarles a la cara. Cualquie-

ra de nosotros pagaría eso con la Siberia, sin necesidad de más".

¿Quién querrá creer que el primer efecto del progreso social es que, entre hermanos de lucha, no es posible tratarse ya *de asesinos y de bandidos*, como se gritan entre sí los burgueses más retrógrados, sin exponerse por ello a hacer un viaje a la Siberia? ¿En qué consiste, entonces, ese derecho de crítica, ese derecho de control, ese pretendido poder concedido al obrero para que pueda hablar libremente en su casa? ¿Se trata de un poder, o de una barbarie digna de la Inquisición, cuando, después de haber asesinado toda libertad los crímenes más abominables y los más monstruosos abusos de poder se extienden como un nido de víboras al sol, atacando al hombre y devorándolo, en medio de un silencio de cementerio?

Refiero con todo detalle esta página de mi vida, no para enorgullecerme de ella, pues soy un vencido, sino para que la humanidad laboriosa y revolucionaria pueda sacar de esto las mayores enseñanzas posibles, en beneficio de sus luchas de mañana, oxígeno para las llamas de la generosidad humana.

Después de haberme callado durante más de un año, no me encuentro aquí ahora para maullar mi revuelta. Unos ojos que no olvidaré nunca, unas voces que resuenan todavía en mi corazón, me han arrojado sobre los hombros una carga que me aplasta y que no puedo soportar por más tiempo. Veo surgir en mis cuartillas la imagen de esos hombres lívidos, esqueléticos, con miradas de locos, tambaleándose de cólera tanto como por las privaciones, y decirme:

"Según como nos hablen nuestras *Pravda* de ti, sabremos si has cumplido tu palabra en el extranjero o si no eres más que un bribón".

Y esos hombres no eran "blancos". Eran emigrados políticos, esos "*polit-emigrant*", víctimas del fascismo, que vagan errantes, por decenas de miles, por la Unión, mientras los peores canallas viven confortablemente en el

"Liouxe", porque están "en la línea". Uno de esos errantes, a noventa kopeks por día, me gritó una vez:

"Diles a nuestros camaradas de allá abajo, que deben defender siempre a la U. R. S. S., a costa de su vida, y morir defendiéndola. Pero que no hagan lo que nosotros: que no vengan aquí, *si son revolucionarios*, a probar el pan de la revolución".

Era uno de los *murmuradores* a lo Russakov.

"¡Protesto, sí, contra la iniquidad! —exclamaba—. ¿Por qué soy un revolucionario? Si fuera de esos que agachan la cabeza y se callan, no estaría aquí ahora, y sería menos desdichado, obedeciendo a los burgueses en vez de obedecer a los Soviets, pues en mi país no me faltaba nada, como no fuese el derecho de hablar. Lo que no sabía, al refugiarme aquí, es que el derecho a hablar es asesinado en todas las dictaduras".

El día 2 de febrero me lo paso colgado del teléfono Para la justicia, para la Prensa y para la presidencia, trazo la verdadera fisonomía de Russakov. Refiero la vida del hombre y del revolucionario, expongo a la luz del día el acto de bandolerismo a que se entregó la histérica Svietsiéva, condecorada con la orden de la bandera roja. Y concluyo: *Si miento y me probáis que Russakov es el "contrarrevolucionario" descrito por Tour, consiento en ser fusilado al mismo tiempo que él*.

Creo que no cabe ser más claro.

Con un artículo en el bolsillo, vamos a visitar a algunos de esos "grandes amigos", jefes de redacción, que con tanta frecuencia han solicitado de mí que escribiera en sus periódicos. La redacción de la *Komsomolskaia Pravda*—el periódico más importante de Moscú, después de la *Pravda*—, me recibe con gritos de alegría:

"¡Hola! ¿Nos trae usted algo?

—Precisamente vengo a traerles un artículo. Aquí está. Es moderado, corto, y les ruego que me lo publiquen en seguida, *sin cambiar nada*. Se trata de un asunto grave, y cuento con ustedes".

Una ojeada a mis cuartillas, y todas las narices se bajan hacia el suelo. Sin embargo, me prometen dar mis cuartillas tal como van.

Ahora veremos cómo cumplieron su promesa. Reproduzco aquí este artículo para que todos puedan formarse una idea de la arbitrariedad comunista y de la imposibilidad en que se encuentra un obrero de defenderse, cuando una organización lo aplasta en fuerza de mentiras.

Pongo en *cursivas* los párrafos suprimidos por la redacción.

## El asunto Russakov

Desde hace un año vengo recorriendo en todos sentidos la U. R. S. S. He pasado varias veces por Leningrado. *En varias ocasiones he hallado reposo al lado de un amigo, escritor francés, en el seno de una honrada familia.* Allí he conocido las estrecheces y las alegrías de un verdadero proletario ruso, que ha luchado largo tiempo contra la miseria, en no pocos puertos del mundo: en Hamburgo, en Nueva York, en Buenos Aires, en Marsella. Arrojado de Rusia en 1905 *por los pogromos y la represión*, acabó por fijarse en Francia, donde vivió durante largos años, manteniendo a costa de no pocas penalidades, y con el trabajo de sus manos, a siete hijos (conozco personalmente a seis de ellos, y dedicando sus veladas al sindicato de los marinos rusos. Durante la intervención en Rusia, la agitación a que se entregó le valió ser expulsado de Francia con toda su familia. Llegó a Petrogrado en pleno invierno de 1919, en calidad de "rehén volchevique" canjeado contra los oficiales franceses detenidos en Rusia. *En los momentos de hambre y de peligro mortal, este viejo obrero llevaba, feliz, a sus hijos, al país de la revolución.*

En Leningrado fué sucesivamente organizador *de casas de niños, gerente de una gran casa de niños instalada en el hotel de Europa, director de un lavadero. Después estuvo sin trabajo algún tiempo. Desde hace cerca de dos años tra-*

*baja como obrero en la fábrica de confección Samoilova.* Su condición de obrero data de más de cuarenta años. Es un hombre todavía vigoroso y que conserva de su pasado de agitador un lenguaje franco y generalmente valeroso.

Se llama Alejandro Ivanovitch Russakov. Vive en Leningrado, calle de Jeliabov, número 19, KB. 4.

Dejé a su familia el 30 de diciembre. Le conozco bien. Lo he visto vivir. Estaba al corriente de sus pequeñas molestias. Sabía que una konsomolka, que vivía en el mismo piso, *lo obligaba desde hacía varios meses* a sostener proceso tras proceso, *y que llegaba, incluso, a denunciarlo como criminal,* a fin de echarlo de la habitación—que es, más exactamente, el rincón de un pasillo, detrás de un cuarto de baño, donde duerme, y apropiársela para sí. No ignoro que la crisis de alojamientos es grave en la U. R. S. S., y que los asuntos de esta especie no son, *desgraciadamente, raros.* Pero es el caso que me notifican un incalificable artículo publicado por la *Pravda,* de Leningrado, el 31 de enero, bajo el título KALGANOVSKAIA PARODA, sobre este asunto. *He encontrado aquí a dos escritores franceses. Pedro Pascal y Víctor Serge, que viven en Rusia desde hace largo tiempo y que conocen muy bien al obrero Russakov. He encontrado a un médico, el Dr. K., que le conoce desde hace veinte años. Hago constar con ellos, que el artículo de la "Pravda", de Leningrado, es una incalificable agresión moral. Y no ceso de preguntarme cómo es posible que semejante cosa pueda darse en la segunda capital de la U. R. S. S. ¿Cómo es posible calumniar, amonedar y denunciar así al desprecio y a la hostilidad de la población, como a un malhechor, como a un contrarrevolucionario, a un viejo obrero revolucionario, que cuenta con un pasado y un presente irreprochables?* El artículo de la *Pravda* lo califica de "*kulak*", de "*nepman*", de "contrarrevolucionario". Son tres mentiras inadmisibles y peligrosas. *Ignoraba que estuviera permitido jugar así con esas palabras. El artículo lo presenta también como un "especulador". Cuarta mentira. Como "antiguo propietario de una sombrerería en Francia". Quinta mentira.*

*"Como perseguidor de dos jóvenes comunistas besarabias". Sexta mentira. Y nada digo de las conclusiones del autor, que compara al obrero Russakov con un asesino recientemente fusilado.*

Se le acusa, así como a su familia, de haber brutalizado a una comunista que acababa de llegar a su casa. Por desgracia para aquellos que han inventado el cuento, conozco muy bien a la gente de que se trata. *Este incidente ha empezado por la violencia ejercida contra una mujer joven, proba y culta, la mujer de un mi amigo, a quien sé incapaz de ejercer violencia alguna contra nadie. Ha sido insultada, provocada y golpeada en su casa, en su propio domicilio, por una persona que le era desconocida, que llegaba de fuera y que había entrado sin su permiso. Si la persona que ha provocado deliberadamente este incidente ha sufrido después las consecuencias de ello, ¿no debe acusarse, ante todo, a sí misma?*

*Si han conseguido poner fuera de sí, durante algunos minutos, al viejo obrero o a alguno de los suyos, ¿de quién es la culpa? Toda paciencia tiene sus límites.*

Desde hacía varios meses, el obrero Russakov tenía que sufrir los continuos ataques de la komsomolka en cuestión, que ha llegado incluso a denunciarlo calumniosamente a la milicia criminal. En cuatro casos sucesivamente tramados contra él, los tribunales le han dado la razón. (Aquí la redacción me hace decir exactamente lo contrario: "los tribunales NO le han dado la razón"). Hace algunas semanas se dirigió—*inútilmente* y *de palabra*—a la redacción de la *Pravda*, de Leningrado, pidiendo que se pusiera término a esta mezquina persecución. *Mi amigo* Víctor Serge ha prevenido, verbalmente, a dos miembros de la fracción comunista de la casa (Jakt), a la cual había dirigido ya hacía varios meses una queja por *escrito*. TODAS ESTAS GESTIONES NO HAN SERVIDO DE NADA. Más aún: no han recibido respuesta alguna.

*Me duele ver que se practican tales costumbres en una de las capitales de la revolución.* Me duele ver que los komsomols y los comunistas se portan de esta manera con

un viejo obrero. Y estoy apesadumbrado también de ver que la Prensa toma parte en una campaña incalificable contra un trabajador. Pido que se esclarezca este asunto. Solicito para el obrero Russakov, públicamente difamado, una reparación pública".

*P. D.*—El escándalo continúa. Terminado este artículo, me entero de que Russakov ha sido excluido ya, en veinticuatro horas, del sindicato que debía defenderle, y arrojado de la fábrica, con *lo que se le condena a la miseria hasta el fin de sus días. Evidentemente, se encuentra indefenso.* En mi calidad de viejo obrero, pido para él completa reparación.

Moscú, 2 de febrero de 1928."

Como puede verse, no sintieron escrúpulos en desfigurar mi artículo, ni siquiera para hacerme decir que "los tribunales NO le habían dado la razón" a Russakov, cuando en realidad mi texto decía todo lo contrario. No se trata de un error de imprenta: tener razón es tener razón, y no tenerla es una cosa muy diferente, aun en ruso. Por otra parte, a pesar de la urgencia y de la gravedad del caso, y de la promesa hecha, mi artículo, entregado en la tarde del 2, no apareció hasta el 5.

No obstante lo cual produjo una impresión enorme. Era un hecho sin precedentes: dos de los principales órganos del partido se tiraban a la cabeza los argumentos opuestos de un mismo drama. Uno de ellos dice: *De la ralea de Kalganov.* El otro responde: *El asunto Russakov.* Y quién ha conseguido ese record? Un "sin partido", un "extranjero".

Bien es verdad que hay que reconocer que la *Komsomolskaia Pravda* atenúa su arbitrariedad añadiendo a mi artículo una *Nota de la redacción*, en la cual exige "una encuesta y que se haga la luz". Y al día siguiente rectifica el malhadado error. Respecto a los párrafos suprimidos, se niega a toda rectificación. Ya Russakov podía morir; yo había conseguido para él, por medio de la Prensa, cuanto la Prensa soviética era capaz de hacer por un

obrero, cuya muerte podía pedir en diez periódicos y cada día, el primer Tour a quien se le antojase.

Era una cosa que yo no sabía. Agito las manos y los pies. Corro de un lado para otro, a pesar de un frío de 35° bajo cero, siempre con mi ligero abrigo, como los "polit-emigrant", a noventa kopeks diarios, y a pesar de los *trece mil rublos* de derechos de autor que los Soviets me habían pagado en quince meses, pero que yo me había gastado a mi modo.

De mis carreras por las redacciones para salvar la vida de un hombre y el pan y el honor de dos familias, recordaré siempre la entrevista que tuve con el famoso cronista comunista Koltsov. Estábamos en buenas relaciones. Nos recibió, a Víctor Serge y a mí, en su despacho del *Ogoniek*. Le expusimos el caso. Nos escuchó amistosamente, tranquilo, un poco hastiado.

Ante mi ruego de que intervenga inmediatamente con su gran autoridad, me responde:

"Consiento en ello; pero quisiera conocer el asunto a fondo, clasificar los documentos... Cuestión de una semana, de quince días.

—En Leningrado, las "resoluciones" de fábrica y las reuniones "obreras" del *Jakt* exigen que se fusile a Rusakov sin oírle.

—No le fusilarán sin oírle, pero pueden fusilarle después de haberle oído. ¿Qué vamos a hacer nosotros?"

E indicándome un montón de carpetas sobre su mesa:

"—Fíjense lo que tengo a mano. *Todo son asuntos llegados esta mañana.*

Había una cincuentena. Víctor Serge examinó cinco o seis y *cayó sobre dos suicidios a consecuencia de persecuciones burocráticas.*

"En la mayoría de nuestros hogares—dijo Koltsov—las mujeres se echan agua hirviendo por la cara. Entre ellas se encuentran a veces esposas de ex comisarios del pueblo".

Si es así, pensé yo, ¡vaya una dictadura la vuestra!

El 3 de febrero, llega Russakov, de improviso, de Leningrado, donde ha sido lanzada una orden de detención contra él. Mas no por eso se muestra menos imperturbable, valiente, chistoso inclusive.

"¿Qué es lo que quieren de mí esos bandidos? De esta vez se han vuelto completamente locos".

Y nos refiere, sinceramente, cándidamente, la escena de la agresión. La provocadora ha sido Roitman, una joven comunista, judía de Besarabia, que vive también en el piso. La conozco. Quiere que echen a Russakov del piso para pasar a ocuparlo ella. Ante la negativa obtenida en todos los procesos intentados contra el viejo, esta vez decide, de acuerdo con el *Jakt*, uno de cuyos principales miembros es la amazona Sviertsiéva, su amigo, llegar hasta donde sea preciso con tal de obligar a Russakov a que se vaya. ¿Quién es capaz de resistir a un comité de casa, cuando se le hace antipático un cabeza de familia? Dicho comité encarga a Sviertsiéva de proceder a la "inspección" del piso.

Esta entra y abre todas las puertas. Russakov sale de su habitación y le pide que le enseñe el mandato que la autoriza a proceder a esa inspección.

"Yo no tengo ningún mandato que enseñar a los especuladores y a los contrarrevolucionarios", grita ella.

Al oír estas palabras, Liuba, la hija de Russakov y mujer de Víctor Serge—una criatura débil, incapaz de ofender a un gato—, interviene:

"Pero, camarada, ¿cómo puede usted insultar así a mi padre? De sobra sabe usted que es un viejo revolucionario y que trabaja en la fábrica Samoilova..."

La otra, por toda respuesta, le da un puñetazo en la cara, y Liuba se desploma echando sangre.

"Entonces cogimos a Sviertsiéva entre tres, y la llevamos a la milicia. Quería escaparse".

Algunos días después, al objetarme los jueces instructores de Leningrado y el presidente de la redacción de la *Pravda* que la amazona roja llevaba algunos cardenales en

el cuerpo, les hice la siguiente pregunta, que dejaron sin respuesta:

"¿Qué harían ustedes si una Sviertsiéva cualquiera entrara en su casa y le saltara un ojo a su mujer, porque sí, o simplemente porque ha sido condecorada con la bandera roja? ¿No le romperían ustedes la cara?"

El calzonazos de Russakov ni siquiera le dió un buen par de bofetadas.

El 4 de febrero ruego al presidente que se sirva recibirnos a mí y a Rusakov. Nos recibe al día siguiente, a las once. Víctor nos acompaña.

Los pasillos y los salones hierven, llenos de la gente más heteróclita que darse pueda; hombres y mujeres de edades diferentes, de todas las repúblicas, de todos los aspectos, con caras llenas de inquietud, cada cual con su papel en la mano y con los ojos fijos en la puerta del salvador. Están aquí—desde hace varios días, varias semanas, varios meses—esperando su turno, después de arrastrar por Moscú sus miserias, sus desdichas, mil tristezas que nadie tiene tiempo de escuchar. Pero el padrecito Kalinin, mejor que aquel a quien destronaron y echaron abajo, debe escucharles. Para eso está aquí. No tiene otra cosa que hacer. Eso se sabe hasta en el fondo de la Siberia, del Cáucaso y del Turquestán. *Debe* recibir a todos los Russakov y a todas las Russakova. *Debe* escucharles, aun cuando no sea más que el tiempo justo para tomarles el papel de las manos y decirles:

—¿Qué, camarada; qué pasa?

—Pues pasa, *tovarichtch* Mikhail Ivanovitch, que un día, al volver de...

—Bien, bien; ya examinaremos eso... Váyase en paz.

El pueblo no llega nunca a comprender que su única parte en la vida es el cebo, que los poderosos de la tierra se guardan muy bien de destruir, pues, lo mismo que los médicos, viven de la esperanza de sus crédulos clientes.

Pero nosotros, que venimos a pedir al presidente algo más que un apretón de manos y una promesa reconfortan-

te, seremos introducidos directamente en el despacho del secretario y recibidos inmediatamente.

Durante una hora de reloj...

Kalinin es un mujik nervioso, pero que sabe escuchar e interrogar. Quiere comprender. Hojea febrilmente nuestra carpetita, apunta hechos, confronta fechas, caza una pregunta de Russakov, exactamente aquella que necesita allí, donde tiene el dedo puesto; empieza a desembrollar el asunto sin nuestra ayuda, y después, ya al corriente, discute con conocimiento de causa.

Su nariz, como asombrada, nos olfatea. Sus ojillos furtivos lanzan pequeños resplandores hacia los nuestros, para disimularse en seguida.

Escucha, más que a mí, a Russakov, que habla como un molino rueda. A mí me dirige de vez en cuando una mirada de despecho, que quiere decir: "¡Maldito importuno!"

El propio Kalinin se asombra de que la simple publicación del artículo de Tour, el 31 de enero, haya podido, *al día siguiente, provocar* la exclusión del viejo de su sindicato, así como la expulsión de la fábrica donde trabaja desde hace dos años. No sabe si Russakov es o no lo que afirma Tour, pero posee un hecho flagrante: que un trabajador ha sido condenado a morirse de hambre, veinticuatro horas después de la publicación de un artículo infamante.

Hace sonar el timbre, coge su pluma y escribe sobre la queja de Russakov:

"Al camarada Komarov, presidente del Soviet de Leningrado, o al camarada Chudov, secretrio del partido, en la misma ciudad;

Les ruego insistentemente desembrollen este asunto. Creo que es una historia muy oscura. Les ruego me informen de cuanto suceda.

M. I. KALININ."

Entra un secretario, lo coge todo y vuelve con un grueso sobre cerrado.

"Echate esto al bolsillo—le dice el Presidente de la

Unión a Russakov— y lárgate en seguida a Leningrado". Estábamos emocionados y el viejo presto casi a echarse a llorar. Kalinin hubiera podido añadir: "Y sabed, de una vez para siempre, que aun cuando os recibo por la escalera de los amos, lo que no me ocurre casi nunca, se trata de una nueva añagaza, de pólvora que les arrojo a los imbéciles como vosotros".

Pero esto no lo sabremos sino seis meses después, cuando ya no me será posible decir al primer magistrado del poder comunista lo que opino de la dictadura del "proletariado" y de sus apostillas.

Sépalo aquí, al mismo tiempo que los obreros del mundo entero, y sepa, también, a su vez, que todo se paga en este mundo.

Russakov se larga a Leningrado inmediatamente después de la entrevista con el presidente.

Resumamos: la *Komsomolskaia Pravda*, al publicar mi artículo, le ha tapado la boca a su hermana de Leningrado: ésta, según me comunican, no contestará. Koltsov me ha prometido publicar un articulo sobre el asunto. (No ha dicho una palabra: es un comunista que no quiere perder sus comodidades). Dos de las más altas personalidades del partido, de quienes he solicitado una audiencia, se avienen a recibirme; pero una de ellas siente bruscamente un recrudecimiento de su enfermedad, que le impide cumplir su palabra, y la otra me manda a decir que un coche vendrá a buscarme, a las once, para conducirme al Kremlin; pero a la once menos cuarto me telefonea que también ha sufrido una recaída—ahora que política—, cuyas consecuencias le colocan en la imposibilidad de sostener una conversación conmigo. Algo tenemos, sin embargo, seguro: la apostilla de Kalinin. Es una orden que llega de muy alto para que los bandidos se permitan pasar por encima de ella. Lo único que pedimos es luz y justicia.

Mas al día siguiente, 6 de febrero, cae sobre mi cabeza un documento que me hace dudar por anticipado de la eficacia de la intervención presidencial. Se trata de una

respuesta de Rafail, presidente del Comité de redacción de la *Pravda*, de Leningrado, a una amarga carta que le había dirigido yo el día 4, confirmándole y ampliándole el sentido de mi telegrama del 1.º.

He aquí dicha respuesta:

"Leningrado, 5-2-28, a las once de la noche.

Moscú, a Bandin. Ruego transmita hoy mismo mi carta a P. Istrati:

"Querido camarada: he recibido hoy su carta del 4 de febrero. La redacción de la *Pravda*, de Leningrado, desde el día siguiente de la declaración de Russakov, ha dado comienzo a una encuesta rápida, circunstancial y minuciosa, sobre este asunto de vivienda. Aun antes de recibir su carta, encargamos a un camarada del partido que estudiara todas las circunstancias del asunto. Puede usted estar tranquilo: si llega a demostrarse que el artículo publicado contiene inexactitudes, que la Cooperativa de alojamientos ha calumniado conscientemente a Russakov, o que se ha cometido la más mínima falta, rehabilitaremos rápida y enérgicamente a Russakov.

No poseo en este momento documentos que me permitan comunicarle una conclusión definitiva cualquiera.

La *Pravda*, de Leningrado, órgano del Comité regional del partido, examina siempre con cuidado y tacto los hechos que publica. No creo que pueda usted tener motivos, cualesquiera que fuesen, para poner en entredicho las costumbres de nuestro país y de nuestra Prensa. No dudo que si se hubiera encontrado usted en Leningrado, y en posesión de los documentos que nuestros periodistas poseen actualmente, usted mismo hubiera exigido un juicio público e imparcial. Usted mismo hubiera insistido para que dichos documentos fueran publicados. He aquí la declaración presentada por la asamblea general de la fábrica Samoilova: "Aprovechándose de su etiqueta de obrero, caracterizándose de proletario en la fábrica, Russakov no es más que un vil apéndice de la contrarrevolución interior, un miserable "cien-negro" y un pequeño burgués antisemita encarnizado.

"Sosteniendo en el taller una manifiesta agitación de pogromo contra la U. R. S. S., Russakov no se atreve a pasar de las erupciones verbales; pero en su aspecto de "dueño de un piso", el pequeño burgués Russakov no se contiene ya, y pasa de la agitación de pogromo a las acciones de pogromo".

Permítame asegurarle que el asunto Russakov será estudiado por camaradas imparciales y que gozan de autoridad.

Saludos comunistas,

RAFAIL."

Escuchadme ahora, "proletarios de todos los países". Escuchadme y comprended, que no os será difícil. Trabajamos teniendo a la vista documentos oficiales, auténticos.

1.° El camarada Rafail hace publicar un artículo cuyas acusaciones son abrumadoras para el acusado: compárase a éste, en su artículo, a un asesino que acaba de ser fusilado. Consecuencia fulminante y sin precedente, que deja estupefacto al propio Kalinin: el viejo es excluído de su sindicato y echado a la calle por su fábrica; se lanza una orden de detención contra él. La cosa está clara.

2.° *Pregunto yo*: ¿en qué "*documentos, que permitan llegar a una conclusión definitiva*" se ha basado la decisión de entregar a un hombre a la vindicta pública y dejarle en la calle, en espera de las balas de la ejecución? *Contesto*: EN NINGUNO. Y la misma respuesta tendré que darme al cabo de una prolija instrucción, que habrá de durar seis meses, y que llevará consigo dos procesos: *el primero, que acabará con una absolución triunfal, en medio de una sala llena de obreros*, y el segundo—obra de una venganza de la tiranía comunista—, que tenía que abortar lamentablemente con la condena de tres inocentes *a penas muy benignas* (uno, dos y tres meses de trabajos obligatorios), de cuya vergüenza jamás se lavará la justicia soviética, pues nunca podrá probar que dichas penas sean las que merece un *especulador*, un *miserable ciennegro* convicto de *agitación de pogromo*, un *vil apéndice de*

*la contrarrevolución interoior*, un *espía francés*, un *peque-*
*ño burgués, antisemita ecarnizado*, un monstruo que *tor-*
*tura* desde hace varios meses a dos konsomolka, un *con-*
*trarrevolucionario*, en fin, para el cual el órgano del par-
tido y un centenar de "resoluciones obreras" han pedido
la pena capital, llegando hasta exigir que Russakov fuera
"fusilado sin ser oído".

Por consiguiente, no existe un sólo documento que per-
mita arruinar a dos familias, que ya se mueren de ham-
bre desde hace seis meses, y que seguirán muriéndose en
tanto sigan en poder de sus perseguidores. No existe nin-
gún documento que permita exigir la muerte de un
hombre.

3.° Pero cuando pido al camarada Rafail *que repare*
*inmediatamente una decisión cuyas terribles conecuen-*
*cias no puede ignorar*, ¿cuál es su respuesta? La siguiente:
*No dispongo, en este instante, de documentos que me per-*
*mitan comunicarle una conclusión definitiva.*

¿Lo oís, obreros? No *dispone* de documentos para re-
parar, pero ha *dispuesto* de ellos para destruir.

HAN BASTADO VEINTICUATRO HORAS PARA
ARROJAR A UN HOMBRE FUERA DE SU SINDI-
CATO Y FUERA DE LA FABRICA-OKRANA.
PERO NO BASTAN CINCO DIAS PARA SOLICI-
TAR, POR LO MENOS, SU REINTEGRACION EN
ESAS MISMAS "OKRANAS", QUE LE ASEGU-
RAN UN PAN GANADO EN MEDIO DE UNA IN-
QUISICION COMO JAMAS HA CONOCIDO OTRA
IGUAL EL MUNDO.

4.° Pero quizá el grave "militante responsable"—así
se hacen llamar los asesinos del mayor de los ideales hu-
manos— no pueda solicitar esa reparación porque posee
los documentos que le han permitido herir a Russakov.
Los posee, en efecto. Tiene en su poder las DECLARA-
CIONES. No discutimos esas DECLARACIONES, esas
RESOLUCIONES que tiran a la cabeza de la clase obre-
ra, y con ayuda de las cuales se estrangula a todos aquellos
que se atreven a moverse; es decir, a las siete décimas

partes de ciento cincuenta millones de habitantes. No diremos que esas DECLARACIONES, esas RESOLUCIONES, sean—en todos los países no sometidos al comunismo o al fascismo—trapos para limpiarse el trasero. No. Las tomamos en serio, puesto que así se nos pide. Nos lo dice Rafail. Escuchad:

"...Usted mismo hubiera exigido un juicio público e imparcial. Usted mismo hubiera insistido para que dichos documentos fueran publicados. He aquí la declaración presentada por la *asamblea general* de la fábrica SAMOILOVA: "Aprovechándose de su etiqueta de obrero, disfrazándose de proletario en la fábrica, Russakov no es más que un vil apéndice de la contrarrevolución interior, un miserable "cien-negro" y un pequeño burgués, antisemita encarnizado.

"Cuando en el taller sostiene una manifiesta agitación de pogromo contra la U. R. S. S., Russakov no se atreve a pasar más allá de las erupciones verbales; pero en su aspecto de "dueño de un piso", el pequeño burgués Russakov no se contiene ya, y pasa de la agitación de pogromo a las aciones de pogromo".

Muy bien. Esto, por lo menos, está claro. Es una DECLARACION DE ASAMBLEA GENERAL. Con este documento en la mano, la *Pravda*, de Leningrado, ha aplastado a nueve criaturas humanas.

¿Pero cuándo se ha celebrado esa "asamblea"? ¿Cuándo ha empleado ese lenguaje?

*Sabedlo, obreros del mundo entero, y no lo olvidéis nunca*: ESA ASAMBLEA SE HA CELEBRADO Y ESAS DECLARACIONES HAN SIDO HECHAS EL 1.º DE FEBRERO, Y EL CRIMINAL ARTICULO QUE SE BASA EN LA UNA Y EN LAS OTRAS ES DEL 31 DE ENERO. EL FALSARIO RAFAIL, EL PERIODICO DEL PARTIDO FALSARIO, EL COMUNISMO BUROCRATICO FALSARIO SE BASAN, PARA ESCRIBIR UN ARTICULO Y PARA ASESINAR A DOS FAMILIAS, EN LAS DECLARACIONES DE UNA ASAMBLEA QUE SE HA CE-

LEBRADO UN DIA DESPUES DE LA PUBLICACION DEL ARTICULO Y QUE SE HA BASADO, PRECISAMENTE, EN ESE ARTICULO PARA FORMULAR SUS DECLARACIONES, DICTADAS POR EL ORGANO DEL PARTIDO PARA ECHAR A LA CALLE A UN TRABAJADOR QUE SE HA PASADO CUARENTA AÑOS DE SU VIDA "DISFRAZANDOSE DE PROLETARIO" Y "APROVECHANDOSE DE SU ETIQUETA DE OBRERO".

Así, pues, cuatro organizaciones comunistas se basan, una en las declaraciones de la otra, para asesinar a los trabajadores y para batir el "record" de no saber al fin cuál es responsable de las declaraciones que respectivamente se atribuyen todas cuatro: el *Jakt* provoca una agresión; la *Pravda* refiere la agresión, ataca al culpable y pide su muerte; el sindicato lee la *Pravda* y excluye a Russakov; la *fábrica Samoilova* expulsa al hombre al cual ha excluido el sindicato; la *Pravda* registra las declaraciones de la fábrica; el *Jakt* celebra después asambleas donde se lee la *Pravda* y se exige la inmediata ejecución del monstruo. Después, cuando yo haya ido a Leningrado y mire a Rafail en los ojos, éste me enseñará los *documentos*, las *declaraciones*, las *resoluciones* con que le bombardean *todas las fábricas de Leningrado*. Estas fábricas se basan en la *Pravda*, ésta se basa en las fábricas, y todo el andamiaje de una dictadura se basa en la Guepeú para asesinar a millones de desdichados y comprometer para siempre las enseñanzas que hace veinte años leía yo en las *Bases del socialismo, o el Programa de Erfurt*, de Kaustky.

¿Y es éste el régimen que quieren ustedes implantar en toda la tierra? Mil gracias. Mussolini lo ha establecido con mucha más franqueza y sin ofender a la clase obrera diciendo, como ustedes, que es *ella quien construye el régimen*. Mussolini, por lo menos, tiene el valor de responder de sus crímenes. Para asesinar a Italia, para taparle la boca, para pacificarla como un cementerio no ha tenido necesidad de fabricar *resoluciones obreras ni declaraciones de asambleas de fábrica*. Ha dicho: "Yo soy quien

pega, y no la masa. Yo soy quien dicto, y no el proletariado". Así, cuando menos, el prestigio y la honradez del proletariado se conservan intactos.

¡Plaga burocrática, deja de hablar en nombre del proletariado! ¡Gobierno, oprime, mata; pero cállate!

El 6 de febrero, veinticuatro horas después de la salida de Russakov, salgo yo para Leningrado, en compañía de Víctor Serge, que vuelve a su casa, donde encuentra a su mujer herida, con las huellas de la agresión todavía en la cara. El viejo se encuentra con el juez de instrucción.

La casa parece sumida en esa atmósfera de terror que conocen los perseguidos la víspera de las detenciones en masa. Si no tuviera la certidumbre más absoluta de la inocencia de los seres entre los cuales me encuentro, creo que iría siendo hora ya de retirarse del juego. Pero no es posible dudar. Conozco el alma humana. El fondo del corazón de cada uno de los miembros de esta familia, el más pequeño rasgo de sus caracteres me son familiares. Su trabajo, su perfecta sobriedad, la simplicidad y, frecuentemente, la dureza de su existencia al día, las estrecheces que sufren a consecuencia de la modicidad de sus salarios y de la independencia de sus convicciones, bajo un régimen burocrático absoluto, todo ello lo hemos debatido durante largas veladas, entrando incluso en los más ínfimos detalles de la vida de una familia numerosa.

Bien es verdad que no eran "comunistas"; pero ruego que se me diga qué significa hoy en Rusia ser comunista. Y, por otra parte, acabemos de una vez con los equívocos: *¿es que sólo han de poder vivir en la tierra los comunistas?* ¿Qué debe hacerse, en ese caso, del obrero, del campesino, del intelectual, del empleado, de la aplastante mayoría de la humanidad que no comprende nada del comunismo? ¿Hay que dejarla sin trabajo? ¿Expulsarla? ¿Mandarla a Siberia? ¿Matarla?

Si un Russakov o un Victor Serge—el uno arrastrándose en la fábrica, el otro traduciendo las obras de Lenin al francés, y ambos colaborando así, aunque sea "murmu-

rando", a lo mejor que hacen los Soviets—, si semejantes hombres son unos "contrarrevolucionarios" dignos de la horca, me pregunto qué sería de la pobre humanidad el día en que el comunismo de las Sviertsiéva y de los Roitman, el que practica el pillaje en Smolenks, el de los "Kabouki" con las nalgas llenas de mayonesa (1), el de los konsomols que se divierten a lo Smolensk, el de los jueces soviéticos que bailan al son de la gaita de la Guepú, y, en fin, del que manda hoy en la U. R. S. S., me pregunto, digo, qué le pasaría al mundo el día en que ese comunismo fuera lo suficientemente fuerte para imponer su justicia actual.

No y no. Cien veces no. El mundo es ya demasiado miserable tal como es. Y si mi clase tiene la misión de transformarlo, mejorándolo, en modo alguno tiene la de matarlo.

Tengo plena conciencia de lo que hago aquí. Sé perfectamente todo el alcance de mis palabras. Puede acusárseme de todo menos de ligereza y de deshonestidad, *pues he esperado más de un año antes de escribir estas páginas, y sólo después de haberme hundido hasta el fondo en el abismo soviético, donde he encontrado al más alto magistrado de la Unión en perfecto acuerdo con la Sviertsiéva, me decido a publicarlas.*

La orden de Kalinin no es más que una farsa. El juez de instrución no la toma en consideración. Sabe que no tiene la menor significación. A nuestra llegada nos enteramos de que a Russakov no le han permitido llevar el sobre con los cinco sellos presidenciales a sus destinatarios, Komarov o Chudov. Y nos encontramos al viejo, con el sobre en el bolsillo, sentado desde hace largas horas ante

---

(1)) Los "Kabouki", miembros del Comité del Sindicato de la Construción, de Moscú, habían fundado una liga para divertirse: fiestas, orgías, violaciones, todo ello con el dinero de la caja. Una noche se les vió recorrer las calles de la ciudad, borrachos de voldka y embadurnados de mayonesa.

un señor muy guapo, el juez de instrucción, que lo adereza, le busca las cosquillas, lo descose, se aprovecha de todas sus torpezas, abusa de su simplicidad, explota su buena fe y hace todo lo posible por obtener el menor pretexto para ponerle bajo llaves.

Nuestra entrada "sin pedir permiso" no parece que nos conquiste las simpatías del juez. Tanto peor. Decimos nuestros nombres, estrechamos efusivamente la mano al "miserable "cien-negro", y le preguntamos qué ha hecho del sobre que debía salvarle.

—"Aquí lo tengo; pero me han ordenado que viniera aquí en seguida.

—¿Lo sabe el camarada juez?

—¡Claro que sí! Pero se encoge de hombros".

Ruego a Víctor Serge que le diga en ruso al joven burócrata que si llega a detener al inculpado antes de que hayamos visto al presidente del Soviet de Smolny y de que le hayamos entregado el sobre, salgo a la Nevsky y le grito al pueblo cuanto sé sobre el comunismo y su dictadura. Pero Víctor me tranquiliza y le dice al juez que me señale una cita para hoy mismo, para hacerle mi declaración, lo cual queda aceptado. Después cogemos el sobre, y corremos hacia Smolny.

En Smolny, todo es completamente diferente. Komarov nos recibe inmediatamente. Su despacho es modesto. El rostro del hombre es pacífico, lleno de gravedad. Lee, nos escucha, parece sinceramente entristecido. Es uno de los muchos que no ignoran nada, pero que nada pueden hacer.

Le pide que me autorice a llevar a cabo una encuesta personal en la fábrica Samoilova. Coge el teléfono y habla. Entra un joven alto. Es Chudov, el secretario del partido de la región de Leningrado. Serio, sencillo, simpático.

Poco después dejamos a Komarov para seguir a Chudov. El despacho de Chudov es el modelo de lo que debería ser todo: el orden, la severidad, la claridad, la simplicidad comunistas, en lo material como en lo moral.

Se nos da una autorización escrita, que debe permitir-

un señor muy guapo, el juez de instrucción, que lo adereza, le busca las cosquillas, lo descose, se aprovecha de todas sus torpezas, abusa de su simplicidad, explota su buena fe y hace todo lo posible por obtener el menor pretexto para ponerle bajo llaves.

Nuestra entrada "sin pedir permiso" no parece que nos conquiste las simpatías del juez. Tanto peor. Decimos nuestros nombres, estrechamos efusivamente la mano al "miserable "cien-negro", y le preguntamos qué ha hecho del sobre que debía salvarle.

—"Aquí lo tengo; pero me han ordenado que viniera aquí en seguida.

—¿Lo sabe el camarada juez?

—¡Claro que sí! Pero se encoge de hombros".

Ruego a Víctor Serge que le diga en ruso al joven burócrata que si llega a detener al inculpado antes de que hayamos visto al presidente del Soviet de Smolny y de que le hayamos entregado el sobre, salgo a la Nevsky y le grito al pueblo cuanto sé sobre el comunismo y su dictadura. Pero Víctor me tranquiliza y le dice al juez que me señale una cita para hoy mismo, para hacerle mi declaración, lo cual queda aceptado. Después cogemos el sobre, y corremos hacia Smolny.

En Smolny, todo es completamente diferente. Komarov nos recibe inmediatamente. Su despacho es modesto. El rostro del hombre es pacífico, lleno de gravedad. Lee, nos escucha, parece sinceramente entristecido. Es uno de los muchos que no ignoran nada, pero que nada pueden hacer.

Le pide que me autorice a llevar a cabo una encuesta personal en la fábrica Samoilova. Coge el teléfono y habla. Entra un joven alto. Es Chudov, el secretario del partido de la región de Leningrado. Serio, sencillo, simpático.

Poco después dejamos a Komarov para seguir a Chudov. El despacho de Chudov es el modelo de lo que debería ser todo: el orden, la severidad, la claridad, la simplicidad comunistas, en lo material como en lo moral.

Se nos da una autorización escrita, que debe permitir-

nos entrar en Samoilova por una puerta y con un objeto muy diferentes a los que he conocido durante un año de triunfales visitas a tantas fábricas, tantas instituciones, cuyas tragedias íntimas permanecían ocultas.

De Smolny nos trasladamos a casa, donde encontramos al viejo. Nos apuntamos un tanto: la apostilla de Kalinin ha servido, a lo menos, para impedir toda detención preventiva. La orden de detención ha sido anulada. ¡Adelante!

El corresponsal de la *Komsomolskaia Pravda*, de Moscú, viene a hacer una encuesta en el piso. Es un mozo alto y lleno de fe. Se le autoriza a que abra todas las puertas, a que interrogue a todos los inquilinos y a que nos diga si Russakov "especula", no ya con *nueve habitaciones*, sino con una sola (1).

El resultado de esta encuesta no ha llegado nunca a publicarse.

El comité de redacción del honorable *Leningradskaia Pravda* se reúne para oírme. Por fin, mi querido camarada Rafail, nos vemos cara a cara. Y aquí está Tour, un *dandy* con pantalones que me tiende la mano. Le pregunto:

"—¿Quién es usted?

—Tour.

—No acostumbro a dar la mano a los "Tour".

Y le dejo con la mano tendida. La impresión es penosa. Pero Rafail es todo azúcar caramelado, todo zalemas.

"¡Si no hubiera sido usted, camarada Istrati, quien ha escrito ese artículo, en Moscú, contra nuestro órgano! Tenemos "resoluciones de fábrica"...

—¡Alto! No he venido aquí a examinar sus "resolu-

---

(1) En realidad, Russakov nunca ha alquilado más que una sola habitación del piso, puesto a su disposición por el *Jakt*, y amueblado por él, por la cantidad de 15 rublos, cuando la ley le autorizaba a exigir un alquiler de 20 rublos.

ciones de fábrica", sino para escucharles y que me prueben que Russakov es: 1.°, *un espía francés;* 2.°, *un antisemita "cien-negro"*; 3.°, *un especulador*; 4.°, *un ex fabricante en Francia;* así como todo lo que han afirmado ustedes".

Tour se explica. Dice que escribió su artículo basándose en una "resolución" adoptada por el *Jakt*: *cuatro miembros del comité de casa.* Ha sido la Roitman quien lo ha movido todo.

Y esto basta, en la Unión Soviética, para poner en movimiento todo un monstruoso aparato político y judicial, para fusilar a un trabajador y obtener una habitación más.

Hago mi declaración ante el juez de instrucción. El procedimiento consiste, sobre todo, en averiguar si el testigo (o el inculpado) pertenece a los "nuestros" o a los "suyos":

"—¿Origen? —Obrero. —¿Padres? —Obreros. —¿Instrucción? —Ha aprendido a leer, y a escribir. —¿Ha estado usted en la cárcel bajo régimen burgués? —Sí." (Quizá haya de conocerla también bajo un régimen comunista).

Etcétera, etc. Papeles. Declaraciones que serán aplaudidas en el primer proceso y que ni siquiera serán leídas en el segundo, ya que, mientras tanto, ha llegado de arriba la orden: *hay que anular la imprudente absolución, y condenar, pues nosotros debemos tener razón siempre: por algo somos infalibles.* Así es la justicia comunista. La historia la juzgará.

En la fábrica Samoilova.

Para llegar a la oficina de la dirección, atravesamos, en pleno mediodía, la *stolavaia* (restaurante) e inmediatamente me siento ganado por la mejor impresión que jamás haya podido producirme una muchedumbre obrera, sorprendida en su medio de trabajo.

Una juventud aturdida, simpática—hombres y mujeres—, da fin a los restos de la comida y baila a los sones

de un gramófono. Todos gritan, embriagados, con rostros radiantes. Las huellas de la fatiga, que tan bien conozco, han sido borradas en los unos y permanecen visibles en los otros—, en la mayoría, según sean solos a mantenerse o tengan otras bocas que mantener en casa. Nada de servilletas. Cada cual lleva lo que quiere y el conjunto forma una especie de mezcolanza... Limpieza regular. Libertad total en el recreo.

Nuestra entrada llama la atención. Se alargan las caras. Abrense los ojos cuan grandes son. El ruido disminuye hasta el completo silencio, y todas las caras evidencian viva curiosidad. Nos siguen hasta el despacho del "camarada director".

Nos recibe el comité de fábrica, y todo cambia. Sin embargo, un mozo simpático, cogido de improviso por nuestras preguntas, deja escapar algunas verdades.

"¿Qué es lo que ha provocado la asamblea del 1.° de febrero y el despido de Russakov?

—El artículo de la *Pravda*, publicado la víspera; la intervención de los miembros del *Jakt;* la exclusión de Russakov de su sindicato, exclusión que se había producido el mismo día, ante la intervención de los mismos miembros del *Jakt*, después de la lectura de dicho artículo de la *Pravda*".

La ley es formal: *ningún obrero puede ser despedido más que por un crimen o delito cometido en la fábrica o por su incapacidad de trabajo* (art. 47).

"¿Era Russakov un mal obrero? —No es posible decir eso. —¿Había llegado alguna vez borracho a su trabajo? —Nunca. —¿Se ausentaba alguna vez? —No. —¿Se peleaba con sus camaradas? —No; pero gritaba constantemente contra la elevación de los alquileres y la disminución del salario del trabajo a destajo; nos trataba de "bandidos".

Era todo lo que yo quería saber.

El anuncio de las razones que nos han traído aquí han corrido como la pólvora durante este tiempo. Los obreros

se apretujan a la entrada del despacho, lleno ya. Entra, con gran trabajo, el director.

El tal director es un puerco, del cráneo al vientre. En torno suyo comienza a unirse todo lo que la "dictadura del proletariado" cuenta de más puerco y de más salvajemente estúpido.

He aquí de qué manera estaban informados sobre la familia Russakov:

"¿No está llena su casa de iconos y de lámparas?—¡Imbéciles; Russakov es judío: Josselevitch! ¡Vaya una documentación!"

(Y aun cuando llevara cuarenta mil "iconos y lámparas" colgados de la nariz, tendría derecho al trabajo y a la paz, brutos).

Antes de abandonar el despacho, tendemos un lazo al director. Cae en él con todo su peso:

"Esperamos probar la inocencia de Russakov. *En ese caso, habrá que devolverle su plaza.* —¿Aquí? ¡Nunca!

Gracias. Viniendo de semejante asno, esta coz asestada a las leyes más claras del sovietismo, cuando éstas abogan en favor del obrero, vale mucho.

Antes de pronunciar ese absoluto "¡nunca!", el "camarada" director no ha olvidado más que una cosa: que es preciso convocar a una asamblea de la fábrica, y hacer que ésta adopte una "resolución".

Salgo de la U. R. S. S. más miserable que en los tiempos en que yo mismo era uno de esos obreros oprimidos bajo todos los regímenes. Explotar a los hombres, permitirles que vivan con un pedazo de pan negro, negándoles hasta el pobre derecho a murmurar, y después fusilar al que grita un día—*nada más que gritar*—un poco más fuerte que de costumbre, *eso no se da en parte alguna en el mundo, ni siquiera en la tierra de Mussolini.*

Y he aquí la conclusión, el perfecto acuerdo entre el poder supremo y la última histérica del comunismo:

1.° Ocho meses de instrucción, durante los cuales los inculpados se mueren de hambre.

2.° Liuba Victor Serge deposita, el 31 de enero, una querella, con apoyo de un certificado médico, probando que ha sido víctima de una agresión en su propio domicilio. Contrariamente a la ley, no se tiene en cuenta para nada su queja.

3.° Primer proceso, del 12 al 15 de abril, en el Tribunal *Popular* del radio central: *lamentable hundimiento de toda la acusación. Un detalle que comunico a la Internacional: reducida al extremo, la acusación solicita el proceso a puerta cerrada, pues tiene que hacer una revelación. Se le concede, y, ¿qué es lo que declara? "ROITMAN HABIA SIDO PUESTO ALLI POR LA GUEPEU PARA ESPIAR A VICTOR SERGE". Estupefacción del Tribunal, que vuelve a declarar pública la sesión y absuelve a los acusados, entre los aplausos de una sala llena de obreros, lo cual prueba que Rusia puede disponer aún de buenos y verdaderos jueces.* Pero, esperad...

4.° La ley, ahora, no deja lugar a dudas: *daños y perjuicios que deben abonarse al hombre privado de trabajo desde el 1.° de febrero; reintegración; reparación pública por medio de la Prensa.*

¡Váyanse ustedes al diablo! Hay algo más importante que hacer:

5.° Fines de abril: ante la demanda del procurador municipal, el Tribunal Regional apela contra la absolución como "*contraria a los datos*", incitando así a la condena. Y, en efecto, del 10 al 12 de mayo, el Tribunal Regional permite a la acusación hacer cuanto quiera, llegando incluso a gritar en plena sesión: "*¡No tenemos ninguna necesidad de intelectuales en la U. R. S. S.!*" Se da de lado la deposición del Dr. Nikolaenko —que dice que la Sviertsiera está atacada de histerismo—, así como su veraz testimonio en favor de Russakov. Se niegan a leer mi deposición, *no obstante ser yo el único testigo que había vivido en casa de los Russakov, y de que los conocía a todos.* Se emplea el terror contra todos los testigos de la defensa.

¿Y cuáles son los castigos obtenidos a costa de tanta

violencia? Según los artículos del Código, correspondientes al presente caso, el acusado debería ser condenado a penas que oscilaban entre seis meses y tres años de prisión.

No se les condena más que a las siguientes penas: tres meses a Russakov, dos meses a su mujer, y un mes a Liuba Víctor-Serge (la que había recibido los golpes). ¿Meses de cárcel? No. El juez soviético es generoso, no quiere privar a la gente de su libertad, y los condena no más que a *trabajos obligatorios*."

Y ¿qué quiere decir en el lenguaje comunista *trabajos obligatorios*? La cosa es sencillísima: LOS CONDENADOS IRAN A LA CARCEL COMO A LA FABRICA, CON LA UNICA DIFERENCIA DE QUE NO SERAN NI PAGADOS NI MANTENIDOS. MAS AUN: TENDRAN QUE REALIZAR UN TRABAJO A DESTAJO, CUYA CANTIDAD DIARIA NO SE LES SEÑALA NUNCA, Y QUE LES ABONAN DE LA MANERA MAS ARBITRARIA QUE PUEDA IMAGINARSE, ATENDIENDO AL GRADO DE SUMISION Y A LA SOPLONERIA DE QUE SE MUESTREN CAPACES.

NO SE SACA A RELUCIR NINGUN REGLAMENTO. NO HAY QUIEN SE ATREVA A PEDIR QUE LE ENTEREN DEL CONTENIDO DEL QUE PODRIA EXISTIR. ES UN LUGAR INMUNDO, DONDE UNO PUEDE VOLVERSE LOCO O "APRENDER A VIVIR".

Tal es la cara de la "patria proletaria". Tal es su justicia.

Esta hiere despiadadamente a todos los Russakov que se atreven a salirse de la "línea" establecida. Hiere, inclusive, a los propios revolucionarios extranjeros que se han hecho condenar a muerte en sus países, por defender a la U. R. S. S., y a quienes la "patria proletaria" ha reclamado y recibido como a sus mejores hijos. Tal es el caso, por ejemplo, de ese Francesco Chezzi, a quien conozco bien, hombre de una fe irreprochable, y a quien la

Guepeú acaba de condenar a tres años de prisión, sin juicio y sin explicaciones.

De un extremo al otro del imperio, castigado por el látigo del fascismo comunista, las Siberias están llenas de Russakov, de Chezzi, *de otros hombres, a quienes el comunismo ha empleado primero para ciertos menesteres y ha arrojado después a la prisión.*

Ya no se trata del socialismo, sino de un terror que ve en la vida humana un material de guerra social, del cual se sirven para el triunfo de una nueva y monstruosa casta, apasionada de fordismo, de americanización, de productos Coty, de tocados parisienses; una casta cruel, ávida de dominio y belicosa, hasta el extremo de mostrarse dispuesta a saltar sobre esa China que se atreve a quitarse de encima esa concesión del tiempo del zarismo, una vergüenza en la que no tienen por qué intervenir los comunistas. (Oh, *Temps*: por fin estás al lado de los "comunistas" para acusar a China de "haber violado un contrato" semejante a todos esos contratos que los imperialismos quieren imponer al respeto!)

Esta casta, ignorante, vulgar, perversa, se compone, en su mayoría, de una juventud que ha llegado al mundo después del comienzo de nuestro siglo. Esta juventud ignora y quiere ignorar cuanto ha constituído la grandeza y la fuerza revolucionaria rusa de antaño, hoy objeto de museo, triste andrajo catalogado entre las cosas muertas. No conoce más que las consignas de un poder cuyo cemento y armazón constituye. Despliegue de banderas; la *Internacional* oída en pie; "rincones de Lenin"; Telegrafía sin Hilos; carteles cubiertos de frases, frases para juzgar la vida, frases hechas para sustituir con ellas las ideas; la Gepeú sustituyendo a los argumentos; la Censura para evitar la crítica: un vacío universal, que le permite asegurar su dominación.

No hemos dejado de recurrir a ningún medio para arrancarle de las manos algunas de sus victorias. Pero todas las gestiones realizadas por los interesados, con posterioridad a mi partida; mis telegramas y mis cartas a

Kalinin, a Rafail, al procurador Krilenko, han quedado sin efecto y sin respuesta.

He aquí el final de mi carta del 1.° de Julio al procurador de la U. S. F. S. R., Krilenko:

"...*He dicho que si esta familia es culpable, quiero que me condenen con ella, y compartir su suerte. Y he aquí que, después de haber sido brillantemente absueltos, en el pasado abril, tres de sus miembros, Russakov el primero, acaban de ser condenados de una manera tan injusta que me es imposible dejar de señalarle el escándalo y recordarle aquí que me solidarizo con los condenados: estoy dispuesto a trasladarme a Leningrado y sufrir la misma pena que ellos sufran.*

*Camarada Krilenko, no tome esta declaración por una frase huera: si el juicio llega a ser definitivo, le pediré que me permita compartir la suerte de aquellos con quienes me he solidarizado; y, si es necesario, se lo pediré públicamente, no sin haber sometido antes el asunto al juicio público de la Internacional comunista.*

El juicio se ha convertido en definitivo el 3 de junio. El 5 de junio, la humana *Pravda* comunista publica, de *esta vez*, el veredicto, calificando a los acusados de elementos antisociales y comparando de nuevo a Russakov con Kalganov.

¡Oh Kalganov, asesino que abriste el vientre a un presidente a lo Sviertsiéva y a quien han hecho pasar por las armas: permite que un enemigo de tu "clase" hunda sus ojos en tu sangre y se pregunte si no eras, en fin de cuentas, un Russakov empujado a la desesperación! Después de tu gesto, más de un obrero auténtico ha repetido tu acto por venganza, matando a presidentes semejantes a aquel cuyo terror armó tu brazo y te hizo cometer aquel crimen, *diez años después del día en que se llevó a cabo una expropiación que de sobra has tenido tiempo de olvidar*. Pero tú no encontraste a nadie, a nadie en el mundo, que interviniera en favor tuyo para importunar a los Kalinin, los Krilenko, los Komarov, los Chuov, los Rafail; no has encontrado más que el oscuro pasillo desde donde

"un comunista de la línea" dispara su bala, que reciben a bocajarro todos aquellos que se atreven a gritar: *¡socorro!*

En nombre de cuarenta años de sufrimiento, y de una vida que puedo someter al examen de cualquier hombre honrado, pido justicia para todos los Russakov y para todos los Kalganov que viven y mueren en la *Unión de las Repúblicas Socialistas Soviéticas de hoy.*

## Conclusión para combatientes

Sólo es un combatiente, a mis ojos, aquel que subordina sus intereses individuales a los intereses de la humanidad mejor que ha de venir.

Yo creo en esta humanidad. Existe hoy ya, como existe el sol durante la noche. Mi barro la ha rozado más de una vez. Y, más de una vez, en mis innumerables horas de angustia, su mano me ha alzado del suelo.

Cuanto he hecho de bueno y de hermoso a ella se lo debo. Y no sólo he hecho el bien y lo bello: he tenido mi parte de barro; la tengo todavía; la tendré siempre. Pero me siento desdichado cuando ese barro desborda de mí, y feliz hasta morir cuando logro apresar un rayo de luz de la hermosa humanidad.

Por eso, precisamente, quiero consagrarle todas mis fuerzas, ayudar a todos aquellos que combaten por ella.

Ya no creo en ningún "credo". No quiero escuchar lo que dicen los hombres, sino mirar tan sólo a lo que hacen.

—Decidme qué sois capaces de sacrificar de vuestra vida, y os diré el precio en que estimáis la vida de los demás.

Sólo escapamos al envilecimiento amalgamando nuestra existencia con aquello que vive. Sólo así podemos ser libres: sintiendo cuanto hace en torno nuestro el bien y el mal.

Una llama, después de otras mil, acaba de apagarse, en una vastísima tierra de esperanzas. Hoy, en esta tierra, no sopla más que el aire frío del egoísmo, que hiela la vida.

Pero sigue siendo la tierra de donde nacen las llamas más bellas que calientan a la humanidad. Por eso es sagrada y pletórica de porvenir.

Ayudémosle a abrir sus entrañas generosas a nuestra alma sedienta de bien y de belleza.

Vamos hacia la otra llama.